

# CHRÓNICA

DEL

# GRAN CAPITÁN

GÓNZALO HERNÁNDEZ DE CÓRDOBA Y AGUILAR

EN LA CUAL SE CONTIENEN LAS DOS CONQUISTAS DEL REINO DE NÁPOLES,  
CON LAS ESCLARECIDAS VICTORIAS QUE EN ELLAS ALCANZÓ Y LOS HECHOS ILLUSTRES  
DE DON DIEGO DE MENDOZA, DON HUGO DE CARDONA, EL CONDE PEDRO NAVARRO  
Y OTROS CABALLEROS Y CAPITANES DE AQUEL TIEMPO. CON LA VIDA DEL FAMOSO CABALLERO  
DIEGO GARCÍA DE PAREDES, NUEVAMENTE AÑADIDA Á ESTA HISTORIA.  
DIRIGIDA AL ILLUSTRÍSSIMO SEÑOR DON DIEGO DE CÓRDOBA,  
CABALLERIZO MAYOR DE SU MAJESTAD.

(Grabado en madera representando un guerrero á caballo, blandiendo la espada).

*Con licencia.—Impresso en Alcalá de Henares, en casa de Hernán Ramírez, impressor  
y mercader de libros. Año 1584.—A costa del impressor.*

DON PHELIPE, POR LA GRACIA DE DIOS REY DE CASTILLA, DE LEÓN, DE ARAGÓN,  
DE LAS DOS SECILIAS, DE HIERUSALEM, DE PORTUGAL, DE NAVARRA, DE GRANADA, DE  
TOLEDO, DE VALENCIA, DE GALICIA, DE MALLORCAS, DE SEVILLA, DE CERDENIA, DE CÓR-  
DOBA, DE CÓRCEGA, DE MURCIA, DE JAÉN, DE LOS ALGARBES, DE ALGECIRA, DE GIBRAL-  
TAR, DE LAS ISLAS DE CANARIA, DE LAS INDIAS ORIENTALES Y OCCIDENTALES, ISLAS Y  
TIERRA FIRME DEL MAR OCÉANO; ARCHIDUQUE DE AUSTRIA, DUQUE DE BORGÑO, BRA-  
BANTE Y MILÁN, CONDE DE HANSPURG, FLANDES, TIROL Y BARCELONA, SEÑOR DE VIZ-  
CAYA Y DE MOLINA, ETC.

POR CUANTO por parte de vos, Hernán Ramírez, librero, vecino de la villa de Alcalá  
de Henares, nos fué fecha relación diciendo que con licencia nuestra se había impresso otras  
veces un libro intitulado *Los hechos del Gran Capitán Gonzalo Hernández de Córdoba, con la  
vida del Capitán Diego Garcla de Paredes*, del cual había al presente mucha falta, y porque  
era obra muy útil y provechosa, nos pedistes y suplicastes vos mandásemos dar licencia para  
lo poder imprimir, ó como la nuestra merced fuese; lo cual visto por los de nuestro Consejo, y  
como por su mandado se hicieron las diligencias que la premática por nos nuevamente fecha  
sobre la impresión de los libros dispone, fué acordado que debíamos de mandar dar esta  
nuestra carta para vos en la dicha razón, é nos tuvimoslo por bien, y por la presente vos  
damos licencia y facultad para que por esta vez podáis imprimir el dicho libro, que de suso se  
hace mención, por el original que en el nuestro Consejo se vió, que va rubricado y firmado al  
cabo dél de Christóbal de León, nuestro escribano de cámara de los que residen en el nuestro  
Consejo, y con que antes que se venda le traigáis ante los del nuestro Consejo, juntamente  
con el dicho original, para que se vea si la dicha impresión está conforme al original. Y  
traigáis fee en pública forma en como por corrector nombrado por nuestro mandado se vió y  
copió la dicha impresión por el dicho original y se imprimió conforme á él, y que quedan así  
mismo impresas las erratas por él apuntadas para cada un libro de los que así fueren  
impresos y se os tase el precio que por cada volumen habéis de haber y llevar, so pena de

caer é incurrir en las penas contenidas en la dicha premática y leyes de nuestros reinos, de lo cual mandamos dar y dimos esta nuestra carta, sellada con nuestro sello y librada de los del nuestro Consejo, en la villa de Madrid á seis días del mes de Junio de mil y quinientos y ochenta y cuatro años.

*El licenciado Juan Thomás.—Chumicero de Sotomayor.—Francisco de Bera y Aragón.—El licenciado Rodrigo Vázquez de Arce.—El licenciado Núñez de Boorques.*

Yo Christóbal de León, escribano de cámara de Su Majestad, la fice escribir por su mandado con acuerdo de los del su Consejo.

ELOGIO DE PAULO JOVIO, OBISPO DE NOCHERA, AL RETRATO DE GONZALO FERNÁNDEZ DE CÓRDOBA, GRAN CAPITÁN.

Con este esclarecido y heroico rostro, dignísimo verdaderamente de un gran Capitán, se mostraba á los napolitanos Gonzalo Hernández cuando, habiendo ganado muchas victorias, acabó felicísimamente la guerra de Francia. Siendo, á juicio de los soldados y clamor del pueblo, tenido por digno de corona triumphal, si él con gran modestia no la rehusara. Escribole este breve *Elogio* porque su vida y hechos he escrito en un particular libro, no pudiendo justamente caber en poco papel este Capitán, que por mérito, sobrenombre y conformidad de casi todas las naciones es llamado Grande, y sin que en ello haya contradicción, excedió en grandeza de ánimo y valor de guerra y gloria de toda humanidad y prudencia política casi á todos los capitanes de nuestro tiempo, siendo tan excelente y de nombre tan sublime que el rey Luis de Francia (que aun en los enemigos estimaba el verdadero valor) dijo públicamente que se lo había envidiado al rey Fernando de España. Porque, comiendo ambos reyes juntos en Saona, Gonzalo Hernández fué por honra sentado á la mesa, donde el rey Luis, habiéndolo alabado infinito, se quitó una cadena de oro y se la echó al cuello.

DE GREGORIO SILVESTRE.

El Gran Capitán soy; si lo has oído,  
¿Qué te espantas de mí? ¿qué miras, hombre?  
De turcos y franceses fuí temido  
Y Gonzalo Hernández es mi nombre;  
A mi grandeza sólo fué debido  
Por capitán insigne el gran renombre;  
Si quieres saber más de mis victorias,  
Al Jovio lo pregunta en sus historias.

DE JORGE DE MONTEMAYOR.

Mis grandes hechos verán  
Los que no los han sabido  
En que sólo he merecido  
Nombre de Gran Capitán.  
Y tuve tan gran renombre  
En nuestras tierras y extrañas,  
Que se tienen mis hazañas  
Por mayores que mi nombre.

DEL LICENCIADO MACÍAS BRAVO.

El Gran Capitán soy, á quien Natura  
Dotó de sus virtudes largamente;  
Hízome liberal, manso, clemente,  
Y en todo me dió sobra de ventura.  
El talle de mi cuerpo y mi figura  
Muestra daban del ánimo excelente;  
Fuí grande en fortaleza y en valor  
Y de turcos y franceses gran terror.

DE PEDRO GRAVINA

*(traducido en castellano).*

Primero fuiste grande que la suerte  
Te renombrase grande y valeroso;  
No te hizo fortuna victorioso,  
Tú la hiciste á ella en bien valerte.

Sólo le debes que hasta la muerte  
Te acompañó con paso presuroso;  
Mas era por seguir un valeroso  
Y grande capitán, no por hacerte.

De ti solo proceden estos bienes,  
Valor, ardid, consejo y fortaleza,  
Y todas las virtudes grandes tienes.

Tu nombre es grande por tu gran proeza;  
Por ella es gran fortuna la que tienes  
Y es más ilustre tu naturaleza.

# CRÓNICA GENERAL

DE

# GONZALO FERNÁNDEZ DE CÓRDOBA

QUE POR SUS PROEZAS FUÉ LLAMADO

## GRAN CAPITÁN

### CAPÍTULO I

*De cómo la Reina doña Juana, siendo heredera en el reino de Nápoles, adoptó por hijo al Rey Don Alonso de Aragón y de las causas que á ello la movieron.*

Así es que Ladislao, hijo del Rey Carlos de Hungría, fué Rey de Nápoles; el cual, muriendo sin hijos, dejó por su heredera en el reino á doña Juana, su hermana mayor. La cual, con el nuevo señorío, comenzó á usar tan indiscretamente de la libertad, que en breve tiempo dió señales de sus malos deseos, cometiéndole toda la administración del reino á un Pandulfo Malatèsta, con quien ella tenía deshonesta conversación. De donde sucedió que su nuevo señorío, que por muy estable tenía, comenzase á vacilar, siendo como era fundado sobre tan mal cimiento, atreviéndose muchos á pedirle el reino; lo cual visto por ella, creyendo que esto le venía por estar tan sin sombra de marido, acordó de se casar con un caballero, Conde que era de la Marca, el cual, aunque pequeño estado tenía, venía de los Reyes de Francia. Con el cual se casó con tal pacto que con solo el título de Rey se contentase, llamándose Rey de Nápoles; pero que en todo lo demás que á la gobernación del reino tocase fuese como cualquiera otro privado de la ciudad, dejando en su cabeza el administración de todo. Estas condiciones hicieron más clara la voluntad de la Reina de seguir su apetito, teniendo en más la libertad á que se inclinaba, que no tenía la sujeción que era obligada al marido; aceptó las condiciones el nuevo Rey por alcanzar el reino,

pensando después de sujetar á él y á ella, y así lo comenzó de hacer como de primero lo había concebido, el cual quitó á la Reina el poder que usaba en el regimiento del reino y él le gobernaba y regía como Rey y señor dél; el cual mandó así mesmo matar á Pandulfo, con quien, según dicho es, la Reina vivía mal y á quien ella había dado mucho poder en el reino. Gravemente se sintió la Reina de este hecho, pero disimuló por algún tiempo la pena que de ello tenía, creyendo que la mala voluntad que los del reino tenían á su gobierno le causaría pesadumbre, para que él de su gana dejase la gobernación que por concierto ella para sí había recibido é reservado, é así fué que los de la ciudad, forzándoles más la naturaleza de su Reina y señora que su poca honestidad, no tuvieron por bueno que el Rey Jacobo, que así se llamaba, los mandase, ni que de su mano fuesen en justicia mantenidos; antes holgaban con el gobierno de su señora, cuya disolución no poca se la acarrea á asimismo á ellos, lo cual les abría el camino para muchos vicios que de cada día nascían en la ciudad. De esto sucedió que, levantándose civiles disensiones entre los franceses que el Rey consigo tenía y entre los ciudadanos de parte de la Reina, llevando un día en esto lo peor los franceses, no sólo la Reina fué restituida en su primero gobierno é señorío, pero el Rey fué puesto en peligro de muerte, la cual la Reina le buscaba por se pagar de la ingratitud que con ella había usado rompiendo las condiciones que con ella había asentado al tiempo que con ella se casó. Mucho daño rescibieron de esta vez los franceses, de los cuales muchos

fueron muertos y muchos metidos en prisión; pero en fin la Reina se tornó á reconciliar con el Rey su marido en la amistad pasada, quedando el Rey de cumplir las primeras condiciones. Pero como fuese hombre muy deseoso de mandar, no pudo sufrir mucho aquel concierto, antes comenzó como de primero á la gobernación del reino; pero la Reina doña Juana, no lo pudiendo disimular, procuró por algunas maneras de dar la muerte al Rey Jacobo. Lo cual ella solícitamente procura y él temiendo perder la vida según lo mal que la Reina le quería no lo pudiendo ya sufrir, se salió secretamente de Nápoles y fuese á Taranto temiendo que las fuerzas y poder de Francisco Esforcia, por quien á la sazón la Reina se regía, no le hiciesen algún daño en su persona, adonde aun no seguro de la Reina su mujer fué por ella cercado y puesto en grande estrecho hasta tanto que viéndose perdido y que no le quedaba otro remedio, salvo ausentarse del reino, procuró de lo hacer como más fuese á su salvo, y así que vendiendo la ciudad de Taranto á un Juan Vecino Ursino Romano él se fué huyendo á Francia, á donde acabó sus días santamente en religión. La Reina doña Juana viendo cómo no pudo hacer nada de lo que con toda diligencia procuró y quisiera, pareciéndole que tenía necesidad de favor procuró con toda diligencia de tener en gracia á los del reino y de les ganar la voluntad, por lo cual al sobredicho Juan Vecino cuyo estado á la sazón no tenía poco nombre declaró por príncipe de aquella ciudad de Taranto, con condición que en todo aquello que la Reina hubiese menester su ayuda le hallase bien aparejado. Era en este tiempo un caballero en Italia hombre de mucha fama en el arte de la guerra al cual llamaban Brachón; éste á la sazón tenía usurpadas algunas tierras de la Iglesia, en cuya defensión el Papa Martino quinto, que tenía en aquel tiempo el pontificado, no poco trabajaba en las quitar de poder de aquel capitán, mas faltándole la gente que para aquel hecho había menester dado caso que estuviese mal con las cosas de la Reina doña Juana confirmóla en el reino con condición que como feudatario suyo le enviase en su ayuda contra aquel capitán Brachón cuatro mil hombres de á caballo de los suyos. La Reina doña Juana viendo la voluntad del Pontífice y asimesmo la necesidad

que tenía dél en sus cosas que á la sazón estaban en no mucho sosiego, determinó de le enviar aquellos caballos con los cuales envió por capitán á Francisco Esforcia. El Pontífice rescibió muy bien esta gente y al capitán Francisco Esforcia hizo mucha honra y dióle cargo de todo el ejército de la Iglesia, el cual viniendo á manos con la gente de Brachón fué del dicho capitán con la gente de la Reina y del Pontífice desbaratado y vencido; lo cual sabido por la Reina doña Juana y viendo cómo las cosas del Pontífice iban muy de caída, determinó de se inclinar á la parte del capitán Brachón, con el cual confederó paz y juró de le favorecer con todo su poder quedando el capitán Brachón en la misma postura y obligado. Esto hizo la Reina doña Juana por consejo de un caballero que llamaban Caracholo, con quien, según se decía, la Reina vivía deshonestamente. El Papa Martino que á la sazón estaba en Florencia, descontento de la variedad é inconstancia de esta Reina doña Juana y pesándole en gran manera que tan noble reino estuviese tan mal empleado, determinó de la privar del reino por el poder que tenía como feudatario que era á la Iglesia Romana. Para lo cual el más expediente y breve camino fué hacer Rey de Sicilia á Ludovico, Duque de Anjo, que venía de la generación y estirpe de los reyes de Francia y era eso mesmo hijo del Rey D. Luís rey de Sicilia, y con este acuerdo, habiendo ya venido el Papa Martino á Roma, el Duque Ludovico fué declarado por el Pontífice con consentimiento del colegio de los Cardenales por Rey de Sicilia; el cual con el ayuda y favor de Esforcia, inducido por el Pontífice, se determinó de tomar á la Reina doña Juana el reino de Nápoles, y queriendo dar fin á esta empresa y ponerlo por obra según lo había pensado, ordenó de llevar su ejército contra ella; la cual viéndose sola y en necesidad, no teniendo poder para resistir á tantas fuerzas como las de Ludovico, no halló mejor remedio á su defensión que fué adoptar por hijo al Rey don Alonso de Aragón, cuyos hechos y fama eran en aquel tiempo grandes, el cual á la sazón era venido con su flota de Córcega á Sicilia de conquistar la ciudad de Bonifacio que se le había revelado por los ginoveses. Y pues éste fué el rey por quien el reino de Nápoles entró en la casa de Aragón y él fué tal que con su mucha virtud le adquirió y con inmen-

esos trabajos así por mar como por tierra le defendió, no debe gravar que aquí se diga algo de su genealogía.

## CAPÍTULO II

*Del origen y nacimiento del Rey D. Alonso y de la manera que tuvo en la adquisición del reino.*

Fué este noble Rey D. Alonso de la casa de Castilla descendiente, hijo del Rey D. Fernando de Aragón que llamaron Infante de Castilla, tío del Rey D. Juan el segundo y hermano del Rey D. Enrique el tercero. De manera que fué el Rey D. Alonso primo del Rey D. Juan el segundo y sobrino del Rey don Enrique el tercero; casó este noble Rey con doña María, prima suya, hija del Rey D. Enrique el tercero, su tío. Fué esta doña María muy excelente señora en toda manera de virtud; fué de muy buen seso y entendimiento, á lo cual da testimonio que estando el Rey D. Alonso, su marido, ausente de la conquista del reino de Nápoles por treinta años en veces, ella sola en este medio tiempo rigió y gobernó los reinos de Aragón y los mantuvo en más justicia que nunca hasta entonces habían sido mantenidos, y todo con muy gran saber y discreción; en esto no se detiene la historia por contar lo que más pertenece á su principal propósito. Y fué así que después que la Reina doña Juana adoptó á este Rey D. Alonso por hijo, según que dicho es, luego él se movió de Sicilia con toda su gente y vino á Nápoles á donde la Reina doña Juana estaba. En este tiempo el Duque de Anjo, electo Rey de Sicilia, aun no se había movido contra la Reina doña Juana, el cual á la sazón había venido á Roma á reseibir la investidura y título del reino de Nápoles á quien el Pontífice, porque con mayor brevedad quitase á la Reina doña Juana el reino de Nápoles con las requisitas solemnidades, le declaró por Rey de Sicilia y Nápoles. El Rey D. Alonso, que, según dicho es, estaba en Nápoles gustando de las costumbres no buenas de su madre la Reina doña Juana y viendo su vario vivir y inconstante condición, determinó de echar la Reina de la ciudad y procuró de traer á sí todo el poder de aquel reino, y así fué que fortificando primero con sus aragoneses las fuerzas y castillos de la ciudad,

especialmente los que caen sobre la mar, un día intentó de echar á la Reina de la ciudad de Nápoles, á lo cual forzada con el poder y gente de su hijo el Rey D. Alonso le convino retraerse al castillo de Capua que estaba en la misma ciudad, adonde se defendió entre tanto que fué socorrida, como adelante se dirá; y asimesmo metió en prisión aquel caballero de quien arriba se hizo mención que se llamaba Caraciolo, con el cual la Reina según erá vulgar fama menos honestamente usaba, el cual á la sazón regía y gobernaba el reino de su mano. Viendo la Reina doña Juana estos casos que muy conformes á su vivir de mal en peor cada día le sucedían, y que aun no estaba segura de aquel á quien había cometido su amparo adoptándole por hijo, por razón que la tenía estrechamente cercada en aquel castillo de Capua, determinó de demandar socorro á Esforcia, no obstante que hasta entonces se le había mostrado contrario teniendo la parte del Duque de Anjo, el electo Rey de Nápoles y Sicilia y del Pontífice que malamente quería á la Reina; pero Francisco Esforcia, que mucho deseo tenía de ver el fin de tanta variedad, no teniendo poca esperanza de haber su parte de aquel reino, determinó de la socorrer; de lo cual sucedió que viniendo á las manos con los aragoneses entre Nápoles y Capua hubieron una gran batalla, en la cual la gente del Rey D. Alonso fué vencida y desbaratada por la gente de Francisco Esforcia, el cual yendo á Nápoles sacó á la Reina doña Juana del castillo adonde el Rey la tenía cercada y púsola en su libertad en la ciudad de Aversa. En este medio sobrevino el armada de Aragón, con cuya venida el Rey se tornó á rehacer, el cual viniendo otra vez á las manos con los de Esforcia llevó él lo mejor, é á fuerza de armas cobró la ciudad de Nápoles y echó de ella á los de Esforcia con mucho daño suyo; y apoderado que fué en la ciudad mandó echar por el suelo todos los edificios que caen sobre la mar y fortaleció mucho todos los castillos de la ciudad, procurando de ahí adelante de la defender de la Reina doña Juana; y ella viendo cuán al contrario le sucedía todo y cuán al revés de lo que deseaba, y viendo asimesmo la voluntad de su adoptado hijo ser de la echar del reino, parecióle que el mejor remedio de su restitución era hacerse amiga de su enemigo, que era

el Duque de Anjo; y junto con esto con adoptarle por hijo, dar por ninguna la adopción del Rey D. Alonso de Aragón. Esto pareció también á Francisco Esforcia que convenia al remedio de la Reina, la cual luego hizo saber al Duque su voluntad en este caso. El Duque fué muy contento de esto, por pensar que aquello que deseaba alcanzar poniéndolo en aventura de guerra, lo alcanzaría con voluntad de la Reina; pero el Rey D. Alonso sabiendo la declaración que el Pontífice había hecho al Duque del reino de Nápoles y asimismo cómo la Reina doña Juana su madre le había adoptado por hijo dando por ninguna la adopción que dél primero había hecho, recibió mucho enojo y pena, por lo cual procuró de ahí adelante de hacer guerra en todas las tierras de la Iglesia y de ser contrario al Papa á todo su poder y á la Reina doña Juana por la injuria que le hizo adoptando segunda vez al Duque de Anjo. Todos los dias que ella vivió le dió guerra, haciéndose de ahí adelante ofensor y no defensor del reino, é por no me detener en contar particularmente estas cosas cada una según que acaeció. Dice la historia que el Duque llevó su gente contra el Rey D. Alonso siendo ya hijo y amigo de la Reina doña Juana, el cual de aquella vez cobró por la Reina la ciudad de Nápoles, é apoderóse en ella con toda su gente; pero el Rey D. Alonso le tuvo cercado bien dos años continuos, hasta tanto que no se pudiendo sufrir más estando cercado, é viendo cuán al revés sucedían las cosas de la Reina doña Juana, atribuyéndolo todo á los justos juicios de Dios que no daba lugar que la Reina sucediese ni poseyese el reino pacíficamente por sus pecados, dende á cuatro años que vino él á Italia, dejó el reino al Rey D. Alonso y fuese á Francia. Después de lo cual las cosas del reino tuvieron algún reposo hasta tanto que la Reina doña Juana murió, la cual, según se decia, había dejado por heredero en el reino de Nápoles á Renato, hermano del Duque de Anjo, que en aquel mismo año que la Reina doña Juana murió había fallecido en Francia. Y por esta causa, sabido por Renato la muerte de la Reina y cómo le había dejado por heredero del reino de Nápoles, pasó en Italia con gran ejército á cobrar el derecho que él tenía, por lo que el Rey don Alonso por una parte y Renato por la otra,

el reino rescibió división, porque la una parte del reino queria al Rey D. Alonso por su Rey por el derecho que tenia como primero adoptado, y la otra parte, juntamente con los albaceas y testamentarios de la Reina muerta, querían y defendían la parte de Renato por razón de la institución que decían la Reina haber hecho en su testamento, el cual querían cumplir en expresa forma según que en él se contenia. Finalmente, los ciudadanos y principales de Nápoles rescibieron á Renato en la ciudad sin le poder resistir el Rey don Alonso, al cual alzaron por Rey. Y el Rey D. Alonso, viendo apoderado á Renato en la ciudad, procuró de sostenerse en todas las otras ciudades del reino y de esta manera le tuvo cercado en Nápoles mucho tiempo, habiendo pasado muertes en este medio entre los unos y los otros; pero en fin de muchos dias del cerco, el Rey D. Alonso tomó la ciudad metiendo en ella su gente por un albañar ó acueducto que salia al campo fuera de la ciudad, y de esta manera el Rey D. Alonso cobró la ciudad en el año del Señor de 1441 años y Renato, dejando mucha parte de gente en guarnición de los castillos, se fué á Francia para traer de allá el socorro que convenia.

### CAPÍTULO III

*De la muerte de este noble Rey D. Alonso y de lo que después de su muerte sucedió.*

Habiendo el Rey D. Alonso cobrado la ciudad de Nápoles y echado de ella á Renato, el Papa Eugenio III, que entonces tenia la sede apostólica por muerte de Martino V, viendo el derecho que el Rey D. Alonso tenia en el reino de Nápoles y la voluntad de todos muy conforme para le rescebir por señor, parecióle ser justo que pues á él más que á otro le convenia de derecho, fuese declarado de su parte por Rey de Nápoles, y á esta causa el Rey D. Alonso fué confirmado por el Pontífice en el reino, el cual por aquel beneficio y merced que del Papa había rescebido siempre le ayudó y favoreció contra Francisco Esforcia; el cual en aquel tiempo después de la muerte de Philippo María, Duque de Milán, se metió por fuerza en Milán y fué de ahí adelante por los milaneses declarado por Duque de Milán en lugar de Philippo

María, en el año del Señor de 1452 años, y este Duque de Milán hacía guerras en algunas tierras de la Iglesia. Finalmente, después de muchas cosas que, no sólo en el reino, pero en toda Italia pasaron, el Rey D. Alonso de Aragón falleció de edad de sesenta y cuatro años, habiendo poseído el reino de Nápoles pacíficamente por diez y siete años y otros muchos que gastó en el adquirir con mucho trabajo de su persona. Dejó por su heredero en el reino á D. Fernando, su hijo bastardo, llamado en aquellas partes Fernandín. Murió este noble Rey en el año del Señor de 1458 años. Fué hombre de delgado cuerpo y gesto un poco amarillo, pero alegre; las narices aguileñas, los ojos grandes y claros, el cabello negro y largo, el cuerpo mediano. Bebía muy pocas veces vino. Era asimismo muy templado y reglado en el comer; era dulce y benigno en tanto grado que no se halló ninguno quejarse dél. Lo cual fué mucha parte para adtener el reino. Y si alguno le suplicaba por alguna cosa que no convenía otorgarla, nunca respondía de manera que fuese visto claramente querer negar la tal demanda. Antes lo que no quería conceder lo traía en dilación por no decir de no á persona alguna. Fué muy aplicado y estudioso en todo género de letras, especialmente en los historiadores y oradores y no menos en la poesía. Fué asimismo en la dialéctica muy docto: favoreció en gran manera á los religiosos. Fué gran defensor de la fe y aumentador de ella, y en la guerra era áspero y en la paz manso. Era asimismo de muy gran consejo y tenía otras muchas virtudes en las cuales no se detiene la crónica, porque su intento es de seguir brevedad en estos principios.

### CAPÍTULO III

*De cómo Juan Renato sabiendo la muerte del Rey D. Alonso vino con poder muy grande á cobrar el reino de Nápoles y de lo que le sucedió.*

Después de la muerte del Rey D. Alonso, el Papa Calixto que á la sazón tenía la Sede Apostólica por muerte de Nicolao quinto, procuró por muchas maneras de quitar el reino al Rey D. Fernando, alegando que como feudatario á la Iglesia Romana le pertenecía

el derecho. Y con esta voluntad que el Papa tenía se aderezó con gente para se lo quitar, y el Rey D. Fernando asimismo de su parte se aderezaba para defender su reino en todo su poder. Pero como en este medio sucediese la muerte del Pontífice, todo este movimiento se aseguró. Pero no dexó el Rey don Fernando por otra parte de gustar el negro xarope y amargo que en reinar en reinos pacíficos suelen los reyes gustar. Por razón que muerto el Rey D. Alonso su padre, muchos de los principales varones del reino de Nápoles enviaron á llamar á Juan Renato, hijo de Renato y sobrino de Ludovico Duque de Anjo, para le dar el reino y recibirle por su rey y señor; el cual sabida la muerte del Rey D. Alonso de Aragón y que D. Fernando su hijo había sucedido en el reino de Nápoles, teniendo en la memoria la institución que la Reina doña Juana había hecho en su padre y la voluntad con que los del reino le llamaban para le dar el reino, determinó de ir contra el Rey D. Fernando y de llevar mayor ejército que no llevó su padre cuando fué, según dicho es, contra el rey D. Alonso. El cual creyendo que de esta vez cobraría lo que su padre Renato no había podido cobrar, entró en el reino de Nápoles con muy gran poder y el Rey D. Fernando le salió al encuentro y junto á un río que llaman Sarno vinieron entrambos á las manos, adonde el Rey D. Fernando siendo menor en poder fué por Juan Renato vencido y le hizo con pérdida de mucha gente retraerse á Nápoles. Y Juan Renato con la victoria que de aquella vez alcanzó, trajo á su devoción casi todos los más del reino; pero como el fin y salida de la guerra sean dudosos, no estuvo mucho tiempo que Juan Renato no se revolviere otra vez con los fernandinos, los cuales hubieron entre sí una muy cruda batalla junto á un lugar que es en la Puglia que llaman Troya. Adonde llevando lo mejor el Rey D. Fernando, Juan Renato fué roto y casi toda su gente muerta y destruída, y al fin le fué forzado dejar el reino, quedando apoderado en él el Rey D. Fernando. El cual de ahí adelante pasó mucho en la conservación y defensión del reino porque aun no después de muchos dias el Papa Inocencio octavo tentó con todo su poder lo que algunos Pontífices sus predecesores procuraron intentar enviando sus gentes contra el Rey D. Fernando, con las cuales fué Ru-

berto de S. Severino por capitán general; pero al fin como el Pontífice no pudiese salir con su propósito, húbose de contentar con el tributo y reconocimiento que por el feudo se le daba. Y de esta manera el reino de Nápoles quedó en su poder de este Rey D. Fernando por mucho tiempo en mayor sosiego y paz que hasta allí había tenido. El cual fué poseído por estos dos reyes el Rey D. Alonso y el Rey D. Fernando, su hijo bastardo, casi sesenta años, muchos en guerra y pocos en paz. En este tiempo los turcos ocuparon la ciudad de Otranto con voluntad de someter debajo de su señorío á toda Italia, y cierto recibiera mucho daño si Nuestro Señor por su clemencia no lo atajara con la muerte del gran Turco, el cual en aquel medio falleció. Murió asimesmo en este tiempo Juan Renato, hijo de Renato, por cuya muerte se apagó mucho el estado del reino de Nápoles; quedó su padre de Renato muy viejo, el cual no vivió muchos dias después de la muerte de Juan Renato su hijo, y muriendo sin otro heredero descendiente ni ascendiente, Renato dejó por su heredero á Carlo, su sobrino hijo de su hermano Ludovico, Duque de Anjo, de la cual institución comenzó á tener nascimiento el derecho que los Reyes de Francia decían tener al reino de Nápoles, porque como el susodicho Carlo heredero de Renato muriese asimesmo sin hijos ni otro heredero, dejó por su universal heredero en todo su estado y bienes al Rey D. Luis de Francia, padre del Rey Carlo octavo; el Rey D. Luis sucedió en Francia. Y de esta manera computando la sucesión según que está dicho y viendo el Rey Carlos octavo el derecho que tenía por esta razón á los bienes que habían sido de Renato, así el reino de Nápoles como de fuera de él, después de haber reinado en Francia nueve años en mucha paz y sosiego, aderezóse de venir en Italia á cobrar el reino de Nápoles con todo aquello que había sido de Renato, el cual vino con muy gran poder según abajo se dirá. En este tiempo murió en Alemaña el Emperador Federico, murió de edad de noventa años; al cual sucedió Maximiliano hijo suyo y fué en lugar de su padre por Emperador electo. No mucho tiempo después de Federico murió el Rey D. Fernando en Italia, en el tiempo que más se divulgaba la fama de la venida del Rey Carlo octavo contra el reino de Nápoles, y suce-

dióle D. Alonso su hijo, el cual de común consentimiento de todos los de su reino fué declarado por Rey de Nápoles, y dando con lo que aquí está dicho fin en los principios de la crónica, los cuales con industria se han abreviado, de aquí adelante se escribirá su intento y fin principal.

## CAPITULO V

*De cómo el Rey D. Alonso sucediendo por muerte de su padre el Rey D. Fernando de Nápoles hizo gran aparejo en la defensión del reino temiendo la venida del Rey de Francia.*

Ya se ha dicho arriba cómo el Rey D. Fernando dejó por su heredero en el reino de Nápoles á D. Alonso, hijo suyo. Y pues es de saber que siendo escarmentado en los trabajos que sus pasados habían en la conservación y tutela de aquel reino padecido, procuró con diligencia de proveer en todo aquello que convenia á la munición y fuerza de aquel reino: principalmente que en toda Italia se extendía la fama de la venida del Rey Carlo octavo contra el reino de Nápoles. Y junto con esto para mayor seguridad de todo, procuró de se hacer muy amigo del Papa Alejandro sexto, que á la sazón tenía el Pontificado por muerte de Inocencio octavo. El cual por ser de nación español y natural de Valencia, de cuyo reino descenden los Reyes de Nápoles, en todos aquellos movimientos le favoreció con todo su poder según que abajo se dirá; asimesmo hizo mucho por se confederar con los venecianos, poniéndoles delante el daño que á toda Italia se seguía con la entrada de los franceses en aquella tierra y cuánto cumplía que por todos fuesen resistidos, principalmente aquellos que tenían principados y señoríos en Italia que guardar y defender. Pero no pudo atraellos á querer mostrarse claramente por enemigos de franceses, y así quedaron ni amigos ni enemigos. No se concertó con los florentinos por razón que antes de aquel tiempo los tenía por amigos y los había confederado consigo, y así lo eran entonces; solamente temía que le había de faltar el Duque de Milán por razón que se mostraba más inclinado á la parte francesa, y por esto y porque mejor camino llevasen sus negocios procuró

de se hablar personalmente con el Papa Alejandro, con el que tenía puesta mucha amistad, y fué tanta que dende á cuatro meses que el Rey D. Fernando, su padre, murió, el Papa Alejandro le envió con el Cardenal César Borja, su hijo, la corona con las otras insignias del reino de Nápoles según que era de costumbre, no obstante la contradicción que en esto ponían los embajadores del Rey de Francia que estaban á la sazón en Roma. Ya en este tiempo se publicaba más la venida del Rey Carlo octavo y el Duque de Milán se aderezaba con gente para ayudar al Rey de Francia. En la cual puso por capitán general al Conde Gayazo y mandóle que fuese á asentar real en el Parmesano para salir de allí al encuentro á la gente del Pontífice y de los aragoneses, los cuales, según se decía, habían de venir á asentar su real á la Romaña para desde allí salir á resistir el paso á los franceses. Pues pasando estas cosas en esta manera, el Rey D. Alonso salió de Nápoles y fué la via de Vicobaro adonde á la sazón estaba el Pontífice, y allegando en aquel lugar fué el Rey D. Alonso del Papa Alejandro amorosamente recibido. Y un día estando el Papa en consistorio entró en él el Rey D. Alonso, adonde dió á entender á todos en general y en especial al Pontífice la causa de su venida no haber sido á otro efecto más de hacerles saber el daño universal que por toda Italia se aparejaba con la venida del Rey Carlo, diciéndoles asimismo que pues el daño era no suyo particularmente, mas de toda Italia, que cada uno debería juntamente con él defender su parte y no esperar la experiencia probando primero el yugo de franceses, que era más cierto que no su amigable rescibimiento, pues de otras muchas veces deberían estar escarmentados. Dijoles asimismo que mirasen la cautelosa demanda que delante de sí traían, diciendo que su principal venida en Italia era pasar por ella para conquistar el reino del turco y tierras por aquella parte de Lepanto y de la Morea, pues muy pocas veces ó ningunas los Reyes de Francia fueron movidos con tan santo y justo celo como aquél que decían. De donde se veía claramente su venida no ser á otro fin sino á le tomar el reino, según que sus pasados con semejante voluntad habían otras muchas veces venido á cosas de esta ca-

lidad. El Rey D. Alonso comunicó en aquel consistorio adonde estaban algunos Cardenales y embajadores de algunas Señorías de Italia, á los cuales en general exortó y demandó su favor, ofreciendo él asimismo el suyo todas las veces que le fuese demandado de ellos, diciéndoles que considerasen muy bien que favoreciéndole á él hacían dos cosas, la una ganarle por amigo y la otra que quedando él vencedor en el reino y pacífico en su estado, lo quedarían asimismo todas las demás tierras de Italia, y que si por el contrario sucedía, que viéndole á él echado de su reino, procurarían por el semejante danificar todas las demás tierras de aquella región, y que pues tan claramente esto se conocía no deberían consentir servidumbre en tierra de tanta libertad. Antes unánimes todos de un parecer se debrian oponer á resistirle la entrada, para lo cual él enviaría á su hijo el Infante D. Fernando con alguna parte de su gente en la Romaña en los términos de Cesena, para que estando en aquel lugar y juntamente con el favor de ellos se opusiesen á los primeros movimientos de los franceses si quisiesen intentar de pasar adelante. Estas y otras cosas les dixo atrayéndolos á todos á su amor, y pareciéndole bien al Papa Alejandro lo que el Rey D. Alonso decía, le respondió con mucho amor y voluntad inclinado su parecer en todo ello; por lo cual le dixo que tuviese buena esperanza de manera que él haría que ni los bienes de la Iglesia, ni el trabajo que de su persona ofrescía, no serían necesarios, porque él pondría diligencia de manera que ni la fe de los compañeros viejos ni de los nuevamente atraídos á su amistad, en manera ninguna faltarían; y porque mejor fundamento llevasen aquellos negocios, luego mandó á los embajadores que de muchos Príncipes y Señorías de Italia estaban presentes, que lo escribiesen á sus señores conforme como en aquel consistorio se había propuesto y determinado, y no contento con esto, él mesmo les escribió en particular y en general á todas las provincias de Italia, amonestando que todos estuviesen aparejados y muy sobre aviso á rescibir á los franceses que tanto se extendía la fama de su venida en Italia, porque no les tomasen incautos sin ser primero avisados para que aderezasen lo que fuese á la defensión menester de toda

Italia, y así fué generalmente publicada guerra contra franceses. Los cuales sin perder tiempo á muy gran prisa se entraban por los términos del Piamonte. Determinados ya pues en la forma dicha estos dos Príncipes, el Rey D. Alonso tuvo mejor esperanza en sus hechos y el Pontífice después de esto se tornó á Roma y el Rey á las partes más cercanas de su reino.

## CAPÍTULO VI

*De como los Coloneses tomaron á Ostia y del edicto que el Rey de Francia hizo promulgar en la ciudad de Roma.*

No después de muchos días que el Papa Alejandro fué en Roma, los Coloneses, familia muy señalada y de mucho nombre y autoridad en la ciudad, viendo estos movimientos en Italia que á causa de la venida de los franceses se habían levantado, tomaron acuerdo entre sí de ocupar la ciudad de Ostia. Fué fama que se movieron á hacer aquella fuerza por inducimiento del Cardenal Ascanio Esforcia, hermano que era del Duque de Milán Ludovico Esforcia, el cual viendo tanto desasosiego y alboroto como se aparejaba en Italia, temiendo no le fuese hecha alguna fuerza de parte de los franceses, se pasó á la parte y bando de los Coloneses, que en aquel tiempo muy abiertamente tenían la parte de Francia, y de esta manera, movidos con pensar que servían en aquello al Rey de Francia, muy secretamente se metieron en la ciudad de Ostia y la ocuparon por Francia. En este mismo tiempo el armada aragonesa estaba á la boca del río Arno en la mar, en la cual estaba el Cardenal Fregoso y Uguetto Fiesco, caballero principal de Génova. Hizo estar en aquel lugar su armada el Rey D. Alonso por razón que viendo los ginoveses estar esta armada tan cerca de sí por ventura se levantarían contra el armada francesa que á la sazón se aderezaba en aquel puerto de Génova, cuyo capitán general era el Príncipe de Salerno. Después de esto no pasaron muchos días que el Rey de Francia mandó promulgar un edicto en Roma en el cual se contenía que cualquiera de la clerecía, ora tuviese beneficios eclesiásticos, ora no los tuviese, siendo naturales de Francia, aunque fuesen oficiales apostólicos, dentro de quince días siguientes

después de la publicación de su edicto se saliesen de Roma y se recogiesen adonde su gente estaba, los cuales siendo rebeldes en este su mandamiento del Rey no queriendo ir allá fuesen ciertos que caían é incurrían en pena de lese Magestad y por el mismo caso perderían todos sus bienes. Muchos fueron los que obedecieron el mandamiento real y muchos que no quisieron y quedaron en Roma sirviendo al Papa en sus oficios, á los cuales no dejó de ejecutar la pena ya dicha. Todo aquel verano pasó sin hacer otra cosa más de lo que dicho está, que vino el invierno que se comenzó á sentir la venida de los franceses.

## CAPÍTULO VII

*De cómo el Rey Carlo octavo cautelosamente se confederó con los Reyes de España porque no le estorbasen la pasada, y de lo que sucedió.*

El Rey Carlo octavo de Francia determinó de dar fin en esta empresa del reino de Nápoles que tan concebida y asentada tenía en su entendimiento, á lo cual se había puesto no tanto por el título que decían tener, cuanto por codicia de le haber debajo de su corona tenía, por ser tan rico y una de las más fértiles provincias de Italia, de cuya causa fué de muchos principales codiciado y puesto en conquista. Después que el Rey D. Alonso, hijo del Rey D. Fernando de Aragón, según dicho es, fué por la Reina doña Juana adoptado por hijo por esta razón, siendo el Rey Carlo octavo de muy grande ánimo y no menos acompañado de saber y gran discreción, antes que partiese de Francia miró muy bien todos los inconvenientes que para poner en efecto aquella empresa del reino le podían suceder, porque no falleciese él en lo que todos sus pasados por menos consejo habían fallecido, y por esto hubo temor que el Rey D. Fernando, Rey de Castilla, le estorbaría su propósito por razón que otras muchas veces que algún movimiento preparatorio de guerra se ordenaba en Francia contra Nápoles, siempre eran de los Reyes de España impedidos; en especial viendo que entonces gozaba de tanta paz y sosiego el Rey D. Fernando de Aragón, hijo del Rey D. Juan de Aragón, después que casó con doña Isabel, Reina de Castilla, de donde le vino con el señorío mayores fuerzas y

poder; también que los Reyes de Nápoles eran sus parientes; lo cual todo considerado por el Rey Carlo octavo, que aunque disforme en sus miembros de ánimo era grande y de entendimiento según dicho es era bien cumplido, y porque su deseo hubiese buen efecto en aquel caso hizose muy amigo con los Reyes Católicos, á los cuales restituyó el condado de Ruisellón, Uzardan y Cerdania, las cuales tierras habían sido empeñadas por el Rey D. Juan de Aragón, padre del Rey don Fernando, al Rey D. Luis de Francia, padre de este Carlo octavo, por los gastos que hizo el Rey D. Luis por el Rey de Aragón en la rebelión de Cataluña. Junto con esto se conformó con el Emperador Maximiliano, temiéndose también no fuese en esto impedido de su parte, y de esta manera habiéndose confederado en amistad el Rey de España con el de Francia, no dejó el Rey Carlos de buscar otra calor en aquel hecho; porque dado caso que fuese temida su venida en Italia, no se sabía de cierto el fin de su movimiento, aunque se decía ser contra el reino de Nápoles, y como en los ánimos dudosos qualquiera opinión divulgada sea tenida por cierta, echó fama que su venida en Italia no era otro fin sino por pasar por ella á conquistar á Jerusalem, y también lo hizo porque el Rey de España no rescibiese alguna turbación ó alteración sabiendo que entraba por Italia con su ejército no sabiendo el fin que llevaba; y para desarraigar del todo la opinión verdadera que estaba derramada en Italia, que era ser su venida contra el reino de Nápoles, envió á demandar por sus dineros paso de vituallas al Duque de Milán y al Papa Alejandro y á todas las señorías de Italia, haciéndoles saber cómo él quería ir á conquistar á Jerusalem y asimismo á visitar con su poder y fuerzas el señorío de la Morea con otras tierras del turco, diciendo que no recibiesen alteración, que aquella era la verdad. Los de Italia dando crédito á su cautelosa intención, que muy diversa era de lo que por de fuera mostraba, tuvieron por muy bueno de le dar paso libre y desembargado y de le dar asimismo vituallas todas las que fuesen necesarias á su ejército, en el cual venía entre gente de á pie y de caballo treinta mil hombres y mucha artillería sin la armada de mar, donde venian ocho mil hombres de guerra, y por sus jornadas allegaron en el

Piamonte, donde fué necesario detenerse algunos días en la ciudad de Aste como abajo se dirá.

## CAPÍTULO VIII

*Cómo la Duquesa de Milán salió á recibir al Rey de Francia y del aparejo que el Rey don Alonso hizo de guerra.*

Sabido por la Duquesa de Milán la venida del Rey de Francia, para mejor atraerle á su amistad y también porque con la nueva venida de franceses no rescibiese algún daño su estado, no obstante que el Duque era de su parte, siendo el Rey de Francia junto á la ciudad de Aste le salió á recibir acompañada de gran número de señoras muy suntuosamente ataviadas, y cierto si el Rey de Francia hubo placer de su visitación y recibimiento en su estado no es cosa de duda. Viendo por aquella vía muy más libre la entrada que no pensó tenerla, si no hallara inclinado á su parte uno de los mayores príncipes de Italia como era el Duque de Milán, y esto le hizo tener más cierta la esperanza de alcanzar el fin de lo que deseaba. De esta manera el Rey de Francia entró en la ciudad de Aste, adonde estuvo con unas calenturas, por lo cual le convino detenerse algunos días en la ciudad de Aste hasta que convaleció. En este tiempo el Rey D. Alonso no dejaba de estar solícito, viendo que el Rey de Francia estaba ya en Italia y que no se sabía de cierto el fin de su venida en aquellas tierras, el cual siempre estaba con temor no viniese á le quitar el reino de Nápoles, y por esta razón no dejaba de se fortalecer lo mejor y más secreto que podía; y deseando saber más por extenso el fin de aquel hecho del Rey de Francia, envió al Infante D. Fernando, su hijo, y al Conde Pitiliano, capitán del ejército del Pontífice, con la más gente que pudo para que se alojasen con ella en la Romaña, por donde se decía que los franceses habían de pasar, los cuales con esta orden se partieron del reino y se vinieron por la Romaña y por las tierras de Rímino y asentaron su real junto á un rio que llaman Ceruja, que nace de los Apeninos y corre entre Cesena y Rávena y viene á se meter en el Adriático. Esto hecho en esta manera, no pasaron muchos días que la gente que el Duque de Milán tenía, que estaba, según dicho es, en el

Parmesano aposentada, se allegó más á aquel lugar do estaba la gente del Rey don Alonso en el mismo término del rio Ceruja. Vinieron con la gente del Duque de Milán cuatro mil caballos franceses y tres mil infantes, con la cual gente el ejército del Duque pareció más pujante que no lo era el de D. Fernando. En esta manera estuvieron los dos ejércitos muchos dias sin se mover el uno contra el otro ni hacer cosa que digna sea de contar. En este medio aún no estando el Rey de Francia sano de sus calenturas, en aquella ciudad de Aste, un caballero principal de Génova, del cual la historia ha hecho mención, dicho por nombre Ogueto Fiesco, que estaba con el armada de Aragón en el rio Corno, saltó en tierra junto á un lugar que está no muy lejos de Génova, que llaman Rapalo. El cual siendo visto de los naturales de aquella tierra, que á la sazón estaban con la venida de franceses alborotados, salieron á él y antes que se pudiese aprovechar de su gente cargaron sobre él y le mataron mucha de su gente y él con la demás apenas se pudieron salvar en las galeras. Estaban tan sobre el aviso todos con la venida de franceses, que cada uno tenía en Italia delante de sí ó la muerte ó su defensión. Y con esto los venecianos, temiendo también su peligro, porque el uso de la mar no saliese de su poder, determinaron de aderezar una muy buena armada en guarda de la mar, en la cual pusieron por general á un caballero dicho por nombre Antonio Grimano; el cual con el armada veneciana corría toda la costa y no dejaba correr la mar á otra persona que fuese sospechosa á la parte de la señoría Veneciana. Y de esta manera la cautela del Rey de Francia de que quiso usar publicando que iba á Jerusalem no hubo tan buen efecto como quisiera por razón que cada cual procuraba, según está dicho, su salud y no se descuidaban en lo que cumplía al bien común de Italia.

#### CAPÍTULO IX

*De lo que se hizo en la guerra de la Romaña, entre la gente del Duque de Milán y del Infante Don Fernando y de lo que Colonese quisieron hacer en Roma.*

Pasando las cosas de Italia en la forma ya dicha, el Infante D. Fernando y la gente del

Duque de Milán, los cuales estaban en campo en la Romaña, en todo el tiempo que estuvieron los unos contra los otros nunca vinieron á las manos, ni hicieron entre sí cosa que de contar sea; porque el Infante D. Fernando viendo que el ejército del Duque era mucho mayor que no lo era el suyo y que si daba de su parte causa de guerra ponía en aventura su gente, se detuvo con los del Duque más con industria y arte que con armas, las cuales poco pensaba poderle aprovechar por la gran desigualdad que, como dicho es, había del un ejército al otro. Pero no pudo estar tanto la diferente y contraria voluntad de los unos y los otros, casi en un mismo lugar, que no diesen á sentir lo que cada cual concebía en su corazón. Porque revolviéndose con algunas escaramuzas, más por voluntad de los del Duque que no por la del Infante D. Fernando, en ambas partes se hizo daño en la gente y cada día se acometían los unos con los otros de muchas maneras. En este tiempo los Colonese, que, como dijo la crónica, habían ocupado la ciudad de Ostia, de cada día crecían en gente y fuerzas, los cuales procurando de mudar su estado y condición de bueno en mejor, en especial siendo como eran amigos de novedades, salían muchas veces de Ostia y tomaban todas las provisiones y viandas que llevaban por el Tibre arriba á la ciudad de Roma. De lo cual causaba muy gran daño en Roma por la falta de los mantenimientos que por esta razón había en ella. Era esta familia de Colonese una de las más principales familias de Roma, de los cuales gran parte estaban á la sazón dentro en Roma no menos aparejados para acometer cualquiera género de insulto que á la ciudad se hiciese que los de fuera. El Papa Alejandro conociendo este peligro que podía venir á Roma por la grande carestía de los mantenimientos, y asimismo viendo el daño que tan eminente estaba á la Sede Apostólica y viendo la poca gente que tenía consigo para la defensión de la ciudad, aunque de parte del Rey D. Alonso de Aragón había venido el capitán Virgino Ursino con una buena parte de caballos y gente de armas en su socorro, no por eso dejó de enviar á la Romaña para que con la más gente que pudiese el Conde Pitilano viniese á Roma. El cual con la gente del Pontífice estaba en compañía de D. Fernando como dicho está. Esto fué causa á que cum-

pliendo el mandamiento del Papa, este capitán Nicolás Ursino, que así se llamaba, llevando consigo mucha de la gente que estaba en la Romaña, las fuerzas y poder del Infante D. Fernando fuesen de ahí adelante muy menores. Y por el consiguiente de cada día recibían mayores daños de los enemigos, siendo como eran en número desiguales. Adonde se detuvo con gran virtud, aunque no con poco trabajo, hasta que el Rey de Francia se partió de la ciudad de Aste.

### CAPÍTULO X

*De cómo el Rey de Francia vino á Pavía á ver á Juan Galeazo que estaba enfermo y de lo que después sucedió.*

En este tiempo que esto pasaba en la Romaña, el Rey de Francia con voluntad de irse, ya que convalenció de su enfermedad, se partió de la ciudad de Aste con seis mil hombres de caballo. Y pasando por el Placentino, vino á Pavía, ciudad de Lombardía del Duque de Milán, con propósito de ver á Juan Galeazo, el cual á la sazón estaba enfermo de una grave enfermedad de que dende á pocos días que el Rey de Francia llegó á Pavía murió. Por la enfermedad de este caballero, no menos grave que no conocida por razón de muchas opiniones que hubo diversas en el conocimiento de ella, siendo así que unos afirmaban haber sido su muerte con hechizos, otros de una enfermedad incurable de que los médicos no pudieron alcanzar noticias, y para saber la verdad de aquesta variación, el Duque de Milán Ludovico Esforcia hizo llevar su cuerpo á Milán, adonde puesto en un rico lecho en un lugar público que de todos podía ser visto, quiso en aquella manera conocer su muerte, esperando en aquel medio algún argumento ó señal de ello. Finalmente, no se hallando en el cuerpo muestra alguna por donde parecía haber sido aquel caballero muerto con veneno, después de dos días que estuvo en aquel lugar le dieron sepulcro conveniente á su persona y estado. Fué este Galeazo hijo de Galeazo, un caballero que fué muerto por manos de otro noble caballero llamado Micer Andrea Lanpugnano, y era nieto de Francisco Esforcia y sobrino del que á esta sazón era Duque de Milán Ludovico Esforcia, que fué hermano de Galeazo, que

mataron según dicho es, y era yerno del Rey D. Alonso, casado con hija suya. Ha hecho la crónica mención de su genealogía y linaje, porque quien la leyere no intente á querer reprender al cronista arguyendo que un Rey de tanto valor como era el Rey de Francia no parecía verisímil ir á una ciudad no á otro efecto más de ver á un caballero, no se sabiendo su linaje como agora se sabe por lo arriba dicho. El Rey de Francia después de haber hecho las obsequias de Juan Galeazo y viendo el ofrecimiento del Duque de Milán de su persona y estado, para le conservar más en su amistad le dió el título y la señoría de Milán; el cual dado caso que á la sazón se llamase Duque de Milán, no tenía el título ni investidura de él, y de esta manera y no embargante que desde entonces podría llamarse Duque, pero nunca quiso usar dél en sus cartas ni edictos hasta tanto que del Emperador Maximiliano rescibió las insignias del Ducado, por razón que era feudatario al Imperio, y de esta manera Ludovico Esforcia obtuvo el estado de Milán en nombre y título.

### CAPÍTULO XI

*De lo que el Infante D. Fernando hizo en la Romaña y el Rey D. Alonso su padre en el reino.*

Estando las cosas en este estado los del Duque de Milán con los franceses que consigo tenían, se comenzaron á hacer sentir en todas las partes de la Romaña, haciendo cada día cosas nuevas. Y así tomaron un lugar en la Romaña que llaman Mudano, en el cual hicieron mucho daño, así en la villa como en los moradores de ella. De cuya causa muchas fueron las tierras que de la Romaña se dieron á los franceses. El Infante D. Fernando viendo la gran turbación de la Romaña y cómo de todos eran temidos los franceses, y viendo asimismo la ausencia de sus compañeros á causa del movimiento que en Roma había, determinó de alzar su real y lo mejor que pudo se levantó de las tierras de Francia, adonde hasta allí había estado aposentado y fuese con su gente á aposentar á Cesena á sus casares. En esto el Rey D. Alonso su padre que estaba en el reino de Nápoles no dejaba un punto de proveer en todo aquello que le parecía que cumplía á la defensión del reino. Y de esta

causa juntó consigo toda la más gente que pudo haber y fuese la vía de Terrazina con propósito de cercar un lugar de coloneses que llaman Maunetuno, y asimismo para de allí estorbar el armada de Francia que venía á se meter en aquel lugar. Pues estando el Rey D. Alonso sobre Maunetuno vino allí en su ayuda el capitán Virginio Ursino y el Cardenal Leonelo Regato, á los cuales envió el Pontífice al Rey D. Alonso por razón que las cosas de Roma estaban ya en más sosiego y porque el Rey fuese de ellos ayudado en consejo y obra y con todo lo que necesario fuese. Algunos días estuvo el Rey D. Alonso en cerco sobre aquel lugar de coloneses, mediante los cuales acaesció que estandò una noche el Rey D. Alonso con todo su ejército en sus tiendas, crecieron tanto las aguas de un río que corre por aquel lugar, que saliendo, de madre cubrió todo el campo y se entró por las tiendas, tanto que llegaba el agua hasta la media pierna, y por esta razón convino al Rey mudar el ejército á un otero alto no muy apartado de aquel lugar de coloneses, de adonde el Rey mandó batir la tierra con el artillería, la cual fué batida con mucha fortaleza y después allegó la gente del ejército á la combatir, adonde se pasó mucho trabajo y no menor peligro por tomar la tierra, pero en fin fué de los de dentro con muy mayor fuerza defendida. Murieron en aquel combate algunos hombres de ambas partes y muchos fueron heridos, de cuya causa el Rey mandó retirar su gente desconfiando poder tomar aquel lugar. Dejándole se partió con su ejército á Terracina, á donde no muchos días después de esto le vinieron nuevas de la muerte de su yerno Juan Galeazo, y asimismo de la poca resistencia que los franceses hallaban en los florentines por razón que ya casi toda la Toscana se les había dado. Muy pesante fué de esto el Rey D. Alonso, en especial cuando supo que los florentines ya le eran contrarios y que habían rescebido al Rey de Francia en sus tierras, porque conocía ser aquello principio de su perdición, y que por el semejante todas las demás tierras de Italia le darían libre entrada y sin ninguna contradicción, y por este recelo determinó de se recoger más adentro de su reino para que de más cerca ordenase lo que cumplía á su defensión. Desde allí envió al capitán Virginio Ursino con toda su gente de caballo á la ciudad de Roma

para que estuviesen allí en su socorro si menester fuese contra los coloneses, de los cuales la ciudad se temía, y toda la otra gente que le quedó, hizo pasar de la otra parte del río que llaman el Garellano junto con San Germán, para que desde aquel lugar estorbasen la pasada de los franceses en el reino de Nápoles. Ya en este tiempo en la Romaña se habían dado muchas tierras á los franceses, de las cuales eran Faenza y Forli, y los de Cesena ya estaban para se dar, forzados por un caballero que decían Guido Guerra, el cual era de voluntad que los de Cesena se diesen á los franceses sin ningún detenimiento, porque temió no les sucediese algún daño por aquella porfia que tenían de no se querer dar, y al fin lo hubieran de hacer, si no por el Infante D. Fernando que estaba en Bertonorio con su gente, un lugar que es cerca de Cesena, el cual desde allí envió socorro de gente á los de Cesena, y con este favor no quisieron por entonces darse á los franceses; pero no pasó mucho tiempo después de esto que el Infante D. Fernando, como supo que los florentines ya seguían la parte de Francia, se partió de la Romaña la vía de Roma, por cuya partida no quedó cosa en la Romaña que no se diese á franceses, los cuales luego se comenzaron á meter por las tierras de Rabena haciendo todo el daño que podían en aquella tierra por culpa de los villanos de ella, por razón que en una revuelta que entre ellos y los franceses locamente hubo, mataron los villanos dos franceses, lo cual fué causa que encendidos todos los demás en ira, se metieron por las tierras de Rabena matando é hiriendo toda la gente que podían haber y asolando todas las tierras que hallaron, y de esta manera los franceses vengaron la muerte de aquellos dos soldados, con muy mayor daño é injuria de los villanos de aquella tierra.

## CAPÍTULO XII

*De cómo el Rey de Francia vino á las tierras de Florencia y del asiento que los florentines hicieron con él.*

En este tiempo el Rey Carlo octavo de Francia ya se había partido de Pavia y era ido camino de la Toscana, el cual fué á estar con su gente en un lugar grueso que está no muy lejos de Pisa, el cual llaman Sarzana, por cuya

venida en Florencia se comenzaron á mudar todas las cosas, porque la una parte de la ciudad tenía que pues sus mismas tierras habían rescebido al Rey de Francia, que no era bien que ellos se mostrasen sus enemigos dejándole de rescibir en Florencia. Muy contraria de esta opinión era la familia de los Médicis, que muy inclinada estaba á la parte del Pontífice y del Rey D. Alonso. Los cuales eran de voluntad que los de Florencia resistiesen al Rey de Francia y que no le diesen paso por sus tierras. Por cuya contrariedad la otra parte de Florencia que tenía contrario parecer, por evitar sediciones en la ciudad, echaron de ella á Pedro de Médicis y á sus hermanos, y ellos quedando libres en la ciudad entraron en su consistorio, adonde se determinó de enviar al Rey de Francia sus embajadores con comisión de confederar paz. Como Pedro de Médicis supo lo que se había ordenado con los florentines, siendo como era el más antiguo en aquella familia, la cual en autoridad y valor era una de las antiguas familias y mayores de Italia, en cuya mano está el gobierno y administración de la ciudad de Florencia, tomó muy gran pesar de aquel hecho. Pero como viese tan obstinada la voluntad de los florentines de recibir al Rey de Francia y como aprovechaba poco ir contra aquel parecer que tan asentado tenían en su voluntad los de Florencia, en aquel caso procuró disimular la pena que tenía de ello é ir con aquella embajada al Rey de Francia. Y por esta razón envió á decir á los de Florencia que bien sabía ser su voluntad rescebir al Rey de Francia en sus tierras y de no le contradecir la pasada, para ir do era su determinada voluntad, y pues así lo querían, que él era de ello mucho alegre y se ofrecía de ir él mismo al Rey de Francia de parte de ellos con aquella embajada y de confederar paz con él. Y junto con esto les envió á decir que tuviesen memoria cómo su padre Laurencio de Médicis hubo otra vez cumplido mucho á su honra y autoridad de la ciudad otra semejante embajada que ésta, cuando fué al Rey don Alonso, padre del Rey D. Fernando de Nápoles, que era agora, y que por esta razón no debían quitarle á él aquel oficio, del cual con mucha fidelidad había su padre usado, prometiendo su fe de no poner él menor fidelidad en aquella embajada de la que su padre había puesto. Mucho plugo de esto á los florenti-

nes, creyendo que Pedro de Médicis estaba ya del todo inclinado á su opinión y parecer de ellos y así que por esto tendría verdad en sus palabras, de cuya causa se determinó que él mismo fuese con sus poderes á confederar la paz entre ellos y el Rey de Francia. Y de esta manera habiendo Pedro de Médicis los poderes y comisión en aquel caso de los florentines, se fué al Rey de Francia, con el cual concertó de le dar á Pisa y á Sarzana con otros lugares comarcanos, poniéndolos todos debajo de su señorío. Todo esto fué hecho en muy gran daño y perjuicio de la república de Florencia, como quiera que no se entendiesen los poderes y comisión que llevaba á más de hacer confederación de paces y declarar á Florencia de su parte, quedando salva su libertad. Después que los florentines despacharon á Pedro de Médicis para que fuese con aquella embajada al Rey de Francia, sospechando lo que después sucedió, quisieron luego quitarle la comisión que de ello tenía; pero ya como Pedro de Médicis fuese partido con aquella demanda adonde el Rey Carlo estaba, no pudo haber efecto su voluntad y por esta razón con mucha diligencia criaron otro embajador de nuevo, dándole nuevos poderes y haciendo por esta última comisión de ningún valor todo aquello que Pedro de Médicis, por virtud de los primeros poderes, había apuntado con el Rey de Francia. Fué con esta última alegación un fraile dominico, dicho por nombre fray Hierónimo, que era de mucha autoridad, el cual en aquellos movimientos que á la sazón eran en Italia, se mezcló más que convenía á hombre de su religión y hábito. En este medio vino Pedro de Médicis con la contradicción á Florencia que hizo, según que dicho ha la historia, de lo cual rescibió tanto agravio la república de Florencia, que indignados por este hecho contra Pedro de Médicis, siendo como era tan perjudicial al estado de la libertad que ellos demandaban, quisieron matar á él y á sus hermanos, á los cuales por esta razón fué forzado salir de la ciudad con todos los de aquella familia y fuéronles confiscados y publicados todos sus bienes y juzgados por traidores y enemigos de la república, y de esta manera, siendo la familia de los Médicis en poder, riquezas y autoridad una de las mayores y más principales de Italia, cayó en esta desventura por culpa de Pedro de Médicis, siendo en tanto grado como dicho

es sublimada esta familia, desde Cosme de Médicis, bisabuelo de este Pedro de Médicis, el cual fué principio de tanto nombre como este linage tiene hasta hoy día en Italia, y pues viene á propósito, no debe causar pesadumbre que se diga aquí la causa que hizo subir tanto este linage de los Médicis. Debemos saber que, según se halla en las crónicas de Italia, hubo en Florencia un caballero que se decía Cosme de Médicis, el cual á la sazón no era muy hacendado, porque otros más ricos había en Florencia que no lo era él. Fué este Cosme de Médicis muy amigo de Baltasar Casso, que fué Papa y llamáronle Juan veinticuatro, el cual en el Concilio de Constancia fué privado del Pontificado y detenido en prisión mucho tiempo por muchas causas criminales que le opusieron de que le hallaron culpado. Finalmente fué en su lugar elegido por Pontífice después de aquel Concilio Martino quinto, de quien la crónica ha hecho mención, el cual estando en Florencia libró á Baltasar Casso de la prisión en que estaba, y viniendo á Florencia ya puesto en su libertad, con mucha humildad echado á los pies del Pontífice demandó perdón de sus culpas; al cual el Pontífice no sólo perdonó, pero restituyóle en el lugar de los Cardenales, haciéndole del número de ellos; pero no muchos días después de esto el Baltasar Casso falleció de tristeza, en que siempre mientras vivió estuvo, y como fué tan amigo de este Cosme de Médicis, por razón del buen tratamiento que en su casa había hallado, no recibió daño de la buena obra y servicio que le había hecho porque le dejó heredero en todos sus bienes y tesoro. El cual fué tanto, que fué juzgado el dicho Cosme de Médicis por el más rico hombre de toda Italia y fuera de ella, y de aquí vino á se extender tanto esta familia de los Médicis, que en riqueza no había quien les fuese igual. Y de esta manera siendo, según dicho es, de tanta calidad, dió tan gran caída por razón de este Pedro de Médicis. Fray Hierónimo, que según dicho es fué con los segundos poderes al Rey de Francia, hizo tanto con el Rey, que antes que tornase á Florencia dejó apuntada la paz con él, debajo de ciertas condiciones, sobre todo quedando la república de Florencia debajo de su libertad con todos sus anejos; lo cual hecho fué el Rey de Francia á la ciudad de Florencia con todo su ejército y pasando por Pissa la dejó en su misma libertad,

haciendo lo mismo en todos los pueblos de Florencia por donde pasó, y los florentinos no teniendo en nada la fe que habían dado al Rey D. Alonso de Aragón, quebrantando las posturas que entre ellos habían puesto, rescibieron al Rey de Francia en Florencia, haciendo por su entrada muchas fiestas en la ciudad, lo cual todo dió mejor esperanza al Rey de Francia de cobrar el reino de Nápoles.

### CAPÍTULO XIII

*De cómo el Papa Alejandro envió al Rey de Francia sus Embajadores y de cómo el Rey de Francia se partió la vía de Roma.*

Pues estando el Rey de Francia en Florencia, según dicho es, el Papa Alejandro le envió un legado á hablar con él de su parte sobre cosas tocantes al estado universal de Italia, el cual era el Cardenal de Sena y era el primero en el colegio de los Cardenales, que se llama Decano, hombre de mucha prudencia y consejo, el cual había sido muy amigo del Papa Pío segundo, con quien el Rey de Francia estaba muy mal, como lo habían estado sus pasados, por razón que en el tiempo que Juan Renato, hijo de Renato, vino contra el Rey D. Fernando, según esta historia lo ha contado, este Pontífice Pío segundo hizo mucho por defender el reino de Nápoles al Rey D. Fernando y mostróse muy enemigo de los franceses, y por esta razón los Reyes de Francia fueron no sólo enemigos de aquel Pontífice, pero de sus amigos, de los cuales había sido uno este Cardenal, á quien el Rey de Francia, como supo que venía á él con embajada del Pontífice Alejandro sexto, quiso oírle, no como á embajador del Pontífice, sino como á Cardenal de Sena. Pero el Cardenal, temiéndose del Rey de Francia, viendo que no le había querido dar audiencia como á legado y embajador del Pontífice según lo era, dejando la embajada imperfecta, se partió de Luca, adonde hasta entonces había estado y fuese á Roma. En este tiempo, el Rey de Francia estando en la ciudad de Florencia y viendo cuán divulgada estaba su venida y que ya el color que trajo su entrada, que era no venir contra el reino de Nápoles, sino pasar por él á Jerusalem por le conquistar, era ya á todos manifiesto ser lo contrario, porque con este temor el Rey D. Alonso de Aragón se fortale-

ciese en su reino de Nápoles y que todos tenían por muy cierto ser su venida contra aquel reino, mandó que luego fuese promulgado un edicto el cual era declarando su venida no haber sido á otro efecto en Italia sino por tomar el reino de Nápoles al Rey D. Alonso, el cual era muy cierto pertenecerle más que no á él, siguiendo todo derecho, y que por esta razón protestaba que siéndole embargado el paso al reino, y siéndole asimismo contradicho en este derecho que tenía, dejando la paz, la cual ofrescía dándole libremente el reino de Nápoles, él prometía de le dar muy cruel guerra en él hasta tanto que por fuerza de armas le sacase del poder del Rey D. Alonso de Aragón, que á la sazón le poseía. Pero que si en paz le dejase libre aquel reino de Nápoles, él le prometía á Dios de pasar todo su ejército contra turcos y enemigos de nuestra santa fe católica, aumentando la religión cristiana. Este edicto mandó el Rey de Francia promulgar por toda Italia, procurando de ahí adelante de hacer sus hechos más abiertamente que hasta allí lo había hecho. Después de esto en este mismo tiempo, estando todavía el Rey en Florencia, los venecianos le enviaron dos embajadores de su parte, y entrambos eran hombres de mucha calidad: al uno llamaban Micer Ludovico de Treviso y al otro Micer Antonio Loredano. Estos fueron con comisión y mandado del Senado Veneciano para que acompañasen al Rey hasta dentro en Roma, adonde se decía que el Rey de Francia se quería ver con el Papa Alejandro, el cual porque más á su sabor y del Pontífice hiciese sus hechos, envió desde la ciudad de Florencia sus letras y embajada al Papa Alejandro, suplicándole por ellas tuviese por bien de dalle licencia para entrar en Roma y se ver y hablar con Su Santidad, por razón que tenía muchas cosas que comunicar de su persona á la suya. Pero el Papa Alejandro, que no le plugo mucho con aquella embajada, temiéndose de su entrada en Roma, y también no siendo su voluntad hablar ni verse con el Rey de Francia, procuró por muchas maneras de le desviar de aquel propósito. Y por esta razón el Papa Alejandro le respondió diciendo cuán alterada estaba la ciudad de Roma con su venida, y las discordias y sediciones que habla causado en ella, y que si él viniese á Roma, rescibiría la ciudad muy mayor alteración y daño que hasta allí había tenido, y así-

mismo que en Roma había muy gran carestía de provisiones, y que para tanta gente como la que él traía con su ejército, no había cumplimiento ni se podría sustentar dos días, por lo cual la ciudad rescibiría muy gran perjuicio y daño con su venida. Pero que si todavía deseaba mucho venir á Roma á se ver con él, que dexase su ejército en Florencia ó adonde fuese más su voluntad y que se viniese él solo á Roma con algunas de sus compañías y que de esta manera él era contento de le rescibir y oír. El Rey de Francia como supo la voluntad del Pontífice no se curó de la obedecer, antes procuró de se partir luego de Florencia é irse con todo su ejército á Roma, lo cual hizo según que la crónica lo dirá y contará.

### CAPÍTULO XIII

*De cómo el Rey de Francia entró en Roma y del espanto que por su entrada mostró la ciudad y lo que sucedió después.*

El Rey de Francia, como supo la voluntad del Pontífice y que mostraba por su respuesta no ser su voluntad que el Rey viniese á Roma, luego se partió de Florencia con todo su ejército y vino á Sena, de ahí pasó á Viterbo y de ahí vino á un lugar fuerte, cerca de Roma, que se dice Braciano, donde se detuvo algunos días. En aquel tiempo el capitán Virgino Ursino, que estaba en Roma en compañía del Infante D. Fernando, ambos á dos con sus ejércitos, viendo la poca resistencia que á los franceses se les hacía en toda Italia y que antes todos los pueblos se les daban sin ninguna contradicción, aconsejó á sus hijos que recibiesen en sus tierras al dicho Rey de Francia, y que no mostrasen serle contrarios, porque el Rey de Francia tenía ya gran parte en Italia, y que lo mismo se esperaba tener en el reino de Nápoles, y que más valía entregarle las tierras, teniendo al enemigo pacífico, que no estando airado, y que aquello les cumplía hacer, si las querían sacar después de su poder más fácilmente y más á su salvo. Eran de una condición algunos y los más señores de Italia, que procuraban seguir la parte del vencedor y no aquella que eran tenidos seguir. El Papa Alejandro como vido al Rey de Francia estar tan cerca de Roma y que todos á una voz le daban lugar y paso por sus tierras,

perdió el ánimo que había mostrado siempre muy constante por el Rey D. Alonso, y haciendo salir de Roma al Infante D. Fernando, su hijo, con todo su ejército, y al capitán Virginio Ursino, que estaba según dicho es en su compañía, aconsejóles diesen lugar al tiempo y que se fuesen á Nápoles ó adonde más voluntad tuviesen, porque él quería saber qué era lo que quería aquél francés, diciendo asimismo cuánto le pesaba por la entrada del Rey de Francia en la ciudad, pero que no podía menos hacer por el daño, como ellos vían que vendría á Roma, si le quisiesen resistir con tan poca gente como ellos eran y él tenía. Luego el Infante D. Fernando y el capitán Virginio Ursino, con toda la gente que tenían en Roma, se salieron de la ciudad. Y el Papa, salidos que fueron estos capitanes, envió á decir al Rey de Francia que se viniese á Roma cuando más le pluguiese, mostrando que se holgaba con su venida. Lo cual sabido por el Rey Carlos, salió de aquel castillo de Bracciano á la sazón estaba y se fué con su ejército á Roma. Entraron con el Rey en la ciudad el Cardenal Ascanio Esforcia, hermano de Ludovico Esforcia, Duque de Milán, al cual antes poco tiempo de la venida del Rey Carlos en Roma el Pontífice había tenido en prisión juntamente con Próspero Colona, por razón del levantamiento que á su causa, según ha dicho la historia, los coloneses hicieron de la ciudad de Ostia; asimismo entraron con él el Cardenal Juan Bautista Sabello y el Cardenal Juliano Ostiense, que después fué Papa y le llamaron Julio segundo. Entró el Rey de Francia en Roma á tres horas de noche pasadas y entró con toda su gente en ordenanza, los cuales serían por todos cuarenta mil hombres de pie y de caballo, adonde había mucha gente italiana de aventureros que pensaban de aquella vez había de ser Roma saqueada. Mucho espanto puso el Rey de Francia por esta entrada en Roma, por razón que entró á oscuras sin ninguna luminaria y duró siete horas continuas, que no dejó en este medio tiempo de entrar gente, los cuales con el tropel de los caballos y con el ruido de las armas en sosiego de la noche causaban muy mucho espanto y admiración en los romanos, porque no parecía sino que todo el mundo junto fuese en armas. Entró de esta manera que ha contado la historia el Rey Carlos octavo en Roma, en el año del Señor de mil y cua-

trocientos y noventa y cinco años, último día del mes de Diciembre. Cuál fuese la razón por que él quiso entrar así de noche no se sabe, mas de que se cree que si entrara de día y los romanos vieran la poca gente que traía, por ventura todos se metieran en armas y la ciudad se levantara contra él y recibiera daño en su gente. Otros dijeron haber entrado de noche por razón que como no estuviese en mucha gracia con el Pontífice, y que aquella entrada en Roma antes había sido contra su voluntad y de todos los romanos que no de su grado, podría ser que alguno con demasiado atrevimiento, por servir al Pontífice, se atrevería á pensar desde alguna ventana de herirle ó matarle; pero más verisímil cosa es creer que su entrada de noche fué por poner mayor espanto ó admiración en los romanos, por razón que el sentido del oír es muy más terrible que no el de la vista, y á esta causa por poca gente que fuese parecería mucha. Finalmente, como quiera que ello fuese, no dejó de meter gran espanto en los romanos. Aquella noche se aposentó el Rey de Francia en San Marcos y toda la gente del ejército fué aposentada por las casas de la ciudad, según se acostumbra aposentar los ejércitos cuando así entran en alguna ciudad. No dejó de haber en Roma algún desasosiego particular entre los romanos y la gente francesa, de cuya causa alguna gente murió de la del ejército en diversos lugares de la ciudad. Algunos días estuvo el Pontífice que no vió al Rey de Francia, el cual en todo aquel tiempo que el Rey Carlos estuvo en Roma nunca salió del palacio Sacro adonde se había fortalecido con mucha y muy buena gente que tenía en su guarda, y estaban con él todos los demás de los Cardenales, entre los cuales el que más se mostró en su servicio del Pontífice fué el Cardenal Bautista Ursino, que en todo aquel tiempo que el Rey de Francia estuvo en Roma nunca se quitó del lado del Pontífice ni visitó al Rey, como lo hicieron los otros Cardenales, antes le tuvo por enemigo por razón que había entrado en Roma contra la voluntad de todos. Dijose que en aquel tiempo se había hablado entre los Cardenales y el Rey de Francia cómo privasen del Pontificado al Papa Alejandro y en especial se habló por aquellos Cardenales que más odio y enemistad tenían con el Pontífice. Finalmente, contra la voluntad y opinión de todos, no sólo el Rey

de Francia no hizo fuerza en Roma, la cual tenía amenazada diciendo que había de tomar por fuerza el castillo de San Angel, donde estaba el Pontífice; pero antes se concertó de se ver con el Papa en mucha amistad, el cual yendo al palacio Sacro do él estaba, con mucha reverencia le visitó. En este tiempo salió de Roma gran copia de gente francesa y se fueron la vía de Nápoles, y en el camino tomaron en su devoción y amistad á los de la ciudad del Águila. En este mismo tiempo el Príncipe de Salerno y el Conde de Claramonte, que se habían partido de Génova con la flota del Rey de Francia, cuya gobernación ellos tenían, con voluntad de entrar en el reino de Nápoles por la parte de la mar, cayeron en tan gran tormenta que les convino tomar tierra, por lo cual dejando el camino que llevaban por la mar se fueron por tierra á Roma, adonde estaba el Rey de Francia.

#### CAPÍTULO XV

*De las capitulaciones que se hicieron en Roma entre el Pontífice y el Rey de Francia, y de cómo el embajador del Rey de España le rasgó los capítulos y escrituras y posturas delante que entre él y los Reyes de España habian sido asentadas.*

Como el Rey de Francia vino en pláticas con el Pontífice, deseando su amistad por poder acabar aquel hecho que comenzado tenía, confederó la paz entre sí y el Pontífice en esta manera y debajo de estas condiciones. La primera fué que la ciudad de Ostia fuese entregada al Cardenal Juliano Ostiense, la cual según dicho es habían usurpado los coloneses. Asimismo que el Cardenal Valentino, hijo del Pontífice, dicho por otro nombre César Borja, sirviese al Rey con su gente cuatro meses y que todo el estado del Pontífice obedeciese al Rey sin ninguna contradicción. Item que el Pontífice perdonase todas las ofensas que había recibido de los coloneses. Item que el Rey de Francia, de su parte, perdonase á los Ursinos, no les inquietando ni tomando sus tierras ni ninguna de ellas. Item que el Pontífice perdonase á todos los Cardenales que se le habían mostrado enemigos y les conservase en sus dignidades, según que de antes estaban. Estas y otras muchas cosas se capitularon entre el Rey de Francia y el Pontífice,

quedando de ahí adelante antes amigos que enemigos. Y en este tiempo que el Rey de Francia estuvo en Roma el Embajador de los Reyes Católicos de España que á la sazón estaba en Roma, viendo la voluntad del Rey Carlos octavo ser de ir á tomar el reino de Nápoles al Rey D. Alonso, procuró por muchas maneras desviar al Rey Carlos de aquel propósito, poniéndole delante los capítulos que entre él y el Rey de España fueron puestos y asentados entre ellos pocos días antes que él pasase en Italia; lo cual todo no aprovechó cosa ninguna, porque el Rey Carlos estaba tan determinado de seguir aquel hecho, que no miraba apostura que le impidiese ni estorbaba á seguir su voluntad. Y por esta razón sin perder tiempo el Rey de Francia se partió luego de Roma con todo su ejército y se fué la vía del reino de Nápoles derecho á Capua. El Embajador D. Antonio de Fonseca, viendo que no habían hecho ningún fruto sus requerimientos para que por ellos dejase el Rey Carlos de hacer aquello que tenía determinado, siendo como era contra el servicio de sus Reyes y señores, salió de Roma en seguimiento del Rey de Francia, al cual alcanzó en un lugar de esta parte de Roma que dicen Belitri y allí en presencia de todo su ejército le tornó segunda vez á requerir de parte de los Reyes de España para que dejase aquel hecho y guardase los capítulos y confederaciones que entre él y sus Reyes y señores fueron puestos y asentados; pero el Rey de Francia nunca quiso venir en ello ni obedecer aquellos capítulos con que le requerían, y por esta razón D. Antonio de Fonseca, viendo al Rey de Francia tan obstinado y endurecido en aquel propósito, tomando á Dios por juez, después de haber protestado contra él, le rasgó los capítulos delante y con muy gran celeridad se partió delante del Rey. Muy gran peligro recibió D. Antonio de Fonseca en su persona, por razón que la gente que á la sazón estaba con el Rey, teniendo aquello que el Embajador del Rey de España hizo á muy gran desacato en la persona del Rey, le quisieron matar, y el Rey de Francia, viendo la celeridad y diligencia que aquel caballero había puesto en servir á sus señores, ofreciendo por esta causa á peligro de muerte su persona, le tomó á las ancas de su caballo y le puso en salvo, y el Embajador después de esto se fué á España, adonde á

la sazón estaban los Reyes Católicos, á los cuales dió entera cuenta de todas las cosas del reino de Nápoles.

### CAPÍTULO XVI

*De cómo el Rey D. Alonso se fué á Sicilia y dejó en su lugar en el reino de Nápoles á su hijo el Infante D. Fernando.*

Después que el Embajador de los Reyes Católicos se partió de la presencia del Rey Carlos octavo adonde estaban en Belitri, luego el Rey de Francia se partió de aquel lugar la vía de Capua, que es yendo de Roma la primera ciudad de Nápoles. Mucho había trabajado el Rey D. Alonso en fortificar el reino, así en gente como en todo lo demás que á la fuerza de aquel reino cumplía, teniendo confianza en la ayuda y favor de todos los Príncipes de Italia, que se lo habían prometido; pero como ya viese las cosas de Italia ir de caída y que los florentines y el Papa Alejandro, en quien hasta entonces tenía que le habían de ayudar, ya se le mostraban contrarios, dando lugar al Rey de Francia para que pasasen por sus tierras, perdió la esperanza y no halló manera cómo se poder defender en el reino con su gente, por ser poca, y por esta razón quiso apartarse de tantas guerras y desasosiegos como se esperaban, y dejado el reino de Nápoles á su hijo el Infante don Fernando, el cual á la sazón era de edad de veinte y seis años, él se pasó á Sicilia creyendo que de aquella manera alguno de los Príncipes del reino que habían tomado la parte del Rey de Francia, así siendo el Infante D. Fernando Rey de Nápoles se tornarían á reconciliar en su amistad y dexarían á la parte del Rey de Francia que habían tomado. Era el Rey D. Alonso padre del dicho Infante D. Fernando algo desabrido en lo que tocaba á la gobernación del reino, por lo cual muchos de los principales del reino de Nápoles le dexaron de seguir y se mostraron por el Rey de Francia, y en esto el Infante D. Fernando era muy diferente al padre, por razón que él era muy más manso y benigno de ingenio, era más humano y afable con todos los que trataba, así con los grandes del reino como con los soldados de su ejército, y de esta manera el Infante D. Fernando halló más gracia en todos que no halló el Rey don

Alonso su padre. Finalmente, el Rey D. Alonso, haciendo embarcar en cinco galeras todo su mueble y tesoro, dejó al reino de Nápoles y se fué á Sicilia. Fué fama haber sido su partida de muy gran desesperación, viendo que le habían faltado aquellos en quien la seguridad de su persona y reino tenía puesta; basta que la razón cierta no se sabe, porque otros quisieron decir que tenía hecho voto de religión y que había dejado el reino por le cumplir; finalmente, la causa de esto sea la que quisieren, virisimile cosa es no haber sido por miedo de los franceses, pues que en otras cosas de mayor peligro que no lo era aquella este Rey D. Alonso fué siempre muy fuerte de ánimo y de todas salió mucho á su honra.

### CAPÍTULO XVII

*De lo que hizo el Rey D. Fernando después que comenzó á reinar, y de cómo habló con los de Nápoles.*

Después que el Rey D. Alonso fué partido de Nápoles, según dicho es, el Infante D. Fernando su hijo, que á la sazón ya era Rey de Nápoles, como supo que el Rey de Francia venía largas jornadas la vía del reino de Nápoles, y viendo que el cargo y gobernación de aquel reino le había sido dejado y cometido por su padre, y por consiguiente á él convenía defenderle de las fuerzas de sus enemigos, luego sin ningún detenimiento recogió toda su gente en un lugar que se dice San Germán, y haciendo muestra de ella halló que tenía cinco mil hombres de armas y quinientos caballos ligeros y cuatro mil infantes, toda muy buena gente. Estuvo algunos días el Rey D. Fernando en San Germán con su ejército, pero como ya venía el Rey de Francia cerca del reino, mudó su ejército de aquel lugar de San Germán y retrájose á la ribera de un río que está cerca de la ciudad de Capua que llaman Balturno, por donde había de pasar el Rey de Francia. Esto hizo el Rey D. Fernando por razón que estando junto á Capua más presto pudiese socorrer aquella ciudad, y asimismo porque aquel era el camino para la ciudad de Nápoles, y que estando en aquel lugar podría venir á las manos con el Rey de Francia y probar sus fuerzas antes que se apoderase mucho en el rei-

no. Estando, pues, el Rey D. Fernando en aquel lugar de las riberas de Balthurno, fué sabidor de la poca seguridad que había en la fe de los napolitanos, por razón que muchos eran en la ciudad de parecer que se diesen á los franceses y que no era bueno esperar, y que por fuerza ó de necesidad se hubiesen de dar viniendo los franceses á poner cerco sobre Nápoles; otros tenían lo contrario, proponiendo sus vidas y estados por la defensión del reino. Finalmente, cuando el Rey don Fernando supo este movimiento de la ciudad y cuán levantados estaban los de Nápoles, dejando con la gente del ejército al Conde Pitiliano Nicolás Ursino y al capitán Virgino Ursino y á Micer Jacobo Tribulcio, que estuviesen en aquel lugar entretanto que él venia, él con pocos de los suyos se partió la vía de Nápoles, y como llegó á la ciudad halló muy mayor alteración en los ciudadanos de ella que le habían hecho saber qué había; y por esta razón el Rey D. Fernando hizo juntar de todos los principales de Nápoles por les quitar esta turbación, y por les dejar algo más asosegados en su servicio hizo una larga y graciosa habla, encargándoles mucho la lealtad que á su propio Rey y señor es debida, diciéndoles asimismo mirasen muy bien cómo la misma defensión de aquel reino por ellos hecha no sólo obraba á sostener á su Rey en él por la obligación que tenían, pero asimismo defendían sus personas propias y sus mujeres y hijos, sus haciendas y lo que más era la libertad en que vivían, lo cual verdaderamente del todo perderían si con sus fuerzas no pugnasen de echar de sí aquel advenedizo y forastero señor que los quería por fuerza sujetar. Díjoles asimismo que mirasen y tuviesen memoria de la crianza que desde su niñez en él hicieron y que conociesen el amor que les tenía, no sólo por ser natural suyo, pero por el conocimiento que desde su crianza, por larga conversación y familiaridad con ellos, había tratado y comunicado, teniéndolos no en lugar de vasallos del Rey D. Alonso su padre, más en lugar de hermanos, también por el amor que verdaderamente conocía ellos tenerle á su persona, conjurándoles asimismo por la Majestad real que acerca de los napolitanos tan guardada y honrada es la majestad de su Rey, porque el mayor vínculo con que ellos se obligaban era jurando por la Majestad real. Así que el Rey D. Fernando

debajo de tan solemne juramento les rogó con mucha instancia que mirasen cómo el Rey su padre, desesperado de tanta variedad, deseando toda paz y sosiego, le había causado moverse del reino y dejarle del todo, confiando en la fe y amor suyo, por lo cual no consentiría ningún agravio en el reino, antes no mirando ser Rey les guardaría la libertad que siempre tuvieron. Díjoles otras muchas cosas y concluyó diciéndoles que, pues el Rey su padre había á él cometido y dejado aquél reino, que á él le convenia ó morir en la demanda ó defenderle con todas sus fuerzas y poder, procurando no ser él de menor condición que los pasados lo habían sido, y que pues tantos años había que el reino de Nápoles siendo ofendido de muy continuas guerras, según que ellos habían gustado, y de todas ellas por su fuerza y brazo habían los enemigos habido lo peor, siendo con mucho daño suyo echados del reino, que les rogaba juntamente con él defendiesen aquella vez su libertad contra la cual eran acometidos. Finalmente los napolitanos le respondieron mostrando mucha voluntad á su servicio y muy gran deseo de conservar el estado de la ciudad de Nápoles, de tal manera que sin detrimento de sus personas y haciendas pudiesen hacer que él fuese su Rey y señor como verdaderamente lo era y ellos así lo tenían y conocían; pero junto con esto le dijeron mirase mucho en lo que tocaba á la defensión de aquella ciudad, porque bien veía la gran falta de mantenimientos y de todas las otras provisiones de guerra, sin las cuales no sabían cómo se poder oponer á los enemigos, pero con todas estas necesidades que la ciudad de Nápoles tenía, ellos prometían de se sustentar muy fielmente si la ciudad de Capua, que estaba en el camino á la entrada del reino, se sustentaba sin se dar á los franceses, por razón que dándose aquella ciudad, siendo como era puerta del reino de Nápoles, ellos no veían manera cómo pudiesen defender su ciudad. A esto les respondió el Rey D. Fernando diciendo que él tenía tan buena gente y tan fuertes capitanes en aquella tierra, que por demás era á los franceses querer entrar en el reino por aquella parte, y que en aquello que ellos tenían solamente les rogaba que se defendiesen de la gente francesa que estaba en la Puglia, que en la que venía por el Capuano él haría de manera que no pasase ade-

lante. Estas cosas y muchas más pasó el Rey D. Fernando con los napolitanos, hasta tanto que los dejó bien instrutos en lo que se había de hacer y más asesegados de lo que estaban antes que él fuese á la ciudad; dejando todo esto en la orden que dicha es, con mucha diligencia se partió de Nápoles para su ejército, que estaba á la ribera del río Balturmo junto á Capua.

## CAPÍTULO XVIII

*Del gran movimiento que hubo en la gente del ejército del Rey Fernando siendo en poder de franceses la ciudad de Capua y de lo que el Rey D. Fernando hizo sobre esto.*

Partido que fué el Rey D. Fernando de Nápoles para ir al lugar adonde había dejado su ejército, yendo por el camino junto á la ciudad de Aversa que está entre Nápoles y Capua, le vino nueva cómo los de Capua habían recibido en la ciudad á los franceses y asimismo de cómo toda su gente, que había dejado á las riberas del río de Balturmo, se había amotinado yéndose por una parte los unos y los otros por otra, de lo cual había sido causa uno de los capitanes del ejército que se decía Jacobo Tribulcio, el cual como viesse á los franceses entrados en Capua fué á ellos con embajada del Rey D. Fernando para hacer y concertar entre ambos los Reyes algún buen apuntamiento de paz: lo cual el Rey D. Fernando le había dejado encargado antes que se fuese á Nápoles; pero como los otros capitanes del ejército lo viesen, alteráronse todos de tal manera, que creyeron que aquella no era embajada de apuntamiento de paz, antes temían que era de desistir y desamparar la guerra, atribuyéndolo todo á menos esfuerzo del Rey, y por esta razón el tesoro que tenía el Rey don Fernando, de que pagaba su gente, lo distribuyeron los soldados entre sí y se fueron cada cual por su parte, no aguardando á querer servir más al Rey D. Fernando. El Conde de Pitiliano y el capitán Virginio Ursino que más se tuvieron en aquel hecho, viéndose desamparados de la ayuda de su gente y de los otros capitanes sus compañeros, recogieron toda su gente de caballo que allí tenían y saliendo del medio de aquel peligro se fueron á una tierra que dicen Nola; pero no pu-

dieron tener mucho tiempo de seguridad en sus personas, por razón que los franceses los siguieron hasta los meter y cercar en la villa, adonde les convino de fuerza darse á los franceses debajo de su fe que en sus personas no recibirían daño alguno. Pero como los franceses no tengan en tanto cumplir lo que prometen cuanto tengan (yendo contra su fe) cumplir su voluntad, luego que aquellos caballeros se les dieron, los tomaron y metieron en prisión, de los cuales los Ursinos capitanes no poco enojo hubieron de sí mismos, porque tuvieran por mejor morir en el campo á manos de sus enemigos que no quedar presos y burlados de aquella manera. El Rey D. Fernando, que, como dicho es, recibió esta nueva en la ciudad de Aversa, rescibió de ello mucha pena, viendo ya claramente la parte que los franceses tenían en su reino por ser tomada la ciudad de Capua y que por esta razón los napolitanos no podrian dejar de se dar asimismo ellos, ni que él tampoco tenía color ninguna para los poder persuadir en su servicio, porque como se dijo más arriba la fe de los napolitanos era mantenida mientras los capuanos no se daban á los franceses, pero habiéndose ya dado no sabía manera alguna cómo los sustentar en su amor. Estando, pues, el Rey D. Fernando medido en esta perplejidad y viendo tan evidente el daño que en su reino se aparejaba, procuró de proveer en aquel caso sabiamente todo lo que convenia, y con este acuerdo, con alguna poca de gente que pudo recoger de aquella que se había desbaratado de su ejército que él había dejado, según dicho es, en las riberas de Balturmo, se tornó la vía de Nápoles. Ya en este tiempo los napolitanos habían sabido cómo los de Capua habían recibido á los franceses y de cómo la gente del Rey D. Fernando se había del todo amotinada, por lo cual, como sea gente amiga de novedades y no sean muy constantes en la fe que una vez admiten, todos los de Nápoles por esta razón se comenzaron de nuevo á alborotar teniendo por sí de inclinarse á la parte del vencedor, por lo cual determinaron de recibir al Rey de Francia en Nápoles y de seguir su parte en tanto que durase su mejoría. Y con esta voluntad, como el Rey don Fernando se tornase á la ciudad, los napolitanos no le quisieron recibir dentro, antes le cerraron las puertas, por lo cual le convino

meterse en el castillo Nuevo, lo cual pudo hacer con sus galeras por razón que este castillo caía sobre la mar. Había asimismo dejado gente en guarnición de los castillos temiendo aquello que le había sucedido y metido dentro toda la otra gente de guerra, la cual aposentó junto al castillo alrededor de sí, y desde aquel lugar trabajó mucho el Rey D. Fernando cómo pudiese tornar á reconciliar en su amistad á los de Nápoles, que muy abiertamente tenían y seguían la parte de Francia, á lo cual todo hubo muy poco ó ningún efecto, y por esta razón dentro de tres días que tuvo lugar de trabajar en esto el Rey D. Fernando, viendo la contumacia y rebelde voluntad de los de Nápoles y cuán inclinados estaban á Francia, mandó embarcar con toda diligencia en sus galeras algunas cosas, las que más fácilmente pudieron recoger y así las tuvo á punto para desque viese del todo perdida su esperanza se fuese á Yscla, una isla que está no muy lejos de Nápoles, pues estando el estado del reino en la forma ya dicha, siendo el Rey D. Fernando de muy grande esfuerzo y ánimo, por mucho que veía su estado abatido é ir tan de caída, no perdía por eso aquel real corazón que del señorear sobre los suyos tenía, ni pensaba que del todo en aquellos movimientos perdía el poder y señorío de su reino. Por lo cual acaeció que un día estando parado á una ventana de las del castillo por ver las cosas que en la ciudad pensaban, vido cómo los ciudadanos de Nápoles le derrocaban sus caballerizas que tenían mucha gente de armas en su guarda; de lo cual el Rey fué movido á toda ira, y con este enojo y encendimiento que llevaba se abajó del castillo con solos cuatro ó cinco soldados que más á mano halló y fuese derecho á aquel lugar do las caballerizas se derribaban, y los napolitanos como le vieron venir le dejaron pasar, no le haciendo fuerza alguna de resistencia, antes dieron lugar á su voluntad ni más ni menos como la dieron siendo Rey pacífico en el reino, y así dejaron por su venida la obra comenzada. Cosa es digna de toda memoria que aquel contra quien se habían mostrado claramente por enemigos, inclinándose á la parte de sus contrarios, por su grande humanidad le honraron dándole lugar por do fuese y con la obra le sirvieron apartándose de su comenzado propósito.

## CAPÍTULO XIX

*De cómo el Rey D. Fernando se partió al castillo del Ovo para desde allí irse á Iscla y del gran recibimiento que los de Nápoles hicieron al Rey de Francia.*

Pasando estas cosas en Nápoles, no esperando el Rey D. Fernando otra cosa de aquel hecho, salvo la pérdida de su reino, determinó, no se hallando muy seguro en el castillo Nuevo, pasarse al castillo del Ovo, porque aquel castillo está más en la mar y todas las veces que quisiese irse á Iscla lo podía hacer sin trabajo ni peligro de su persona, y también porque el castillo del Ovo es cosa muy fuerte y desde aquel lugar, dado caso que el Rey de Francia entrase en Nápoles, según que era fama que le querían recibir los napolitanos, en aquel castillo podía defender su persona y gente mejor que no lo hiciera desde el castillo Nuevo. Y con esta determinación hizo derrocar muchos edificios que pensó le podrían dañar, queriendo según dicho es defenderse en aquel castillo. Pero como todo el senado de Nápoles juntamente con el común tuviesen en voluntad de recibir al Rey de Francia en la ciudad, muy poco le aprovecharon sus apercibimientos, por razón que dende á cuatro días que estuvo el Rey D. Fernando en el castillo del Ovo, el Rey de Francia entró en Nápoles y fué de los napolitanos con mucha solemnidad y conformidad recibido, haciendo para su entrada derribar gran parte del muro por donde los suyos entraron. De esta manera fué el Rey de Francia llevado por las calles más principales de Nápoles, siendo de todos por Rey obedecido y acatado, diciendo grandes y pequeños todos á una voz y apellido, Francia. El Rey D. Fernando que en este medio estaba en el castillo del Ovo, desesperado de su remedio, en veinte y dos galeras que á la sazón estaban aparejadas en el puerto se salió del castillo con su gente y se fué á Iscla, dejando alguna buena gente en guarnición de los castillos Nuevo y del Ovo para esperar desde allí el socorro de los Reyes de España, á los cuales ya había enviado su embajada demandándoles ayuda y favor en defensa de su reino, y asimismo se fué á Iscla por razón que estando en aquella isla muy mejor y muy más presto sabrían lo que pasaba en

Nápoles. Pues acaeció que en llegando el Rey D. Fernando á Iscla y queriéndose meter en el castillo, el castellano, como había sabido el gran movimiento del reino, no teniendo en nada la debida obediencia á su Rey y señor, no le quiso recibir dentro, por lo cual el Rey D. Fernando, dado caso que de ello le pesase, con mucho sufrimiento y disimulación le rogó le diese lugar para que entrase con su gente y no le quisiese en aquel menester en que puesto estaba de negarle la entrada. El castellano movido de alguna piedad y constriéndole la naturaleza de su Rey y señor, tuvo por bien de le rescibir en el castillo, con condición que no entrase más de su persona y sin armas. Desto fué contento el Rey D. Fernando, pensando que estando él una vez dentro en el castillo, por mal ó por bien él metería su gente dentro, la cual estaba en las galeras. Y así fué que entrando el Rey en el castillo, yendo familiarmente con el castellano, con un cuchillo que encubiertamente llevaba consigo le mató, de lo cual le avino no poco peligro en su persona, sino que con su grande humanidad venció todo el rigor y fortaleza de la gente que estaba en el castillo, los cuales viendo á su alcaide muerto intentaron de se alzar contra el Rey y poner las manos en él; pero como él les hablase y les atrajese con sus humanas palabras á su amor, no sólo le recibieron sin le hacer daño, pero tuvieron por muy bueno el castigo que hizo en el desobediente castellano. Y de esta manera siendo reconocido por señor y Rey suyo, mandó subir toda su gente de las galeras, y allí se refrescaron algunos días, hasta tanto que el tiempo dió acuerdo al Rey D. Fernando de lo que había de hacer.

## CAPÍTULO XX

*Cómo el Rey D. Fernando se partió de Iscla la vía de Sicilia, y de la liga que entre venecianos y Duque de Milán juntamente con el Pontífice y el Emperador Maximiliano y Reyes de España se concertó.*

Estando el Rey D. Fernando en Iscla desde á pocos días de la entrada del Rey de Francia en Nápoles, todos los castillos que había dejado fortalecidos en la ciudad, así de gente como de todo lo que convenia á su defensión,

se dieron al Rey de Francia, y los Pontífices del reino, viendo cómo todas las ciudades de Italia y las más del reino estaban por Francia y que no había cosa en él que no fuese de franceses, acordaron cada uno por su parte de le enviar sus Embajadores á le entregar y ofrecer de su parte sus tierras y señoríos; lo cual todo hecho según que el Rey de Francia deseaba, todo el reino de Nápoles quedó muy pacífico en su defensión y devoción. Y así habiendo sido este reino de Nápoles por espacio de sesenta y tres años, desde el Rey Don Alonso bisuabuelo de este Rey D. Fernando hasta agora, debajo del señorío é imperio de Aragón, dió consigo esta tan breve caída en el tiempo de este Rey D. Fernando hijo del Rey D. Alonso, que se pasó á Sicilia según dicho es; el cual viendo cómo de común consentimiento de todos los del reino el Rey de Francia poseía el reino de Nápoles, determinó de partirse de Iscla la vía de Sicilia adonde estaba el Rey D. Alonso su padre, para que juntamente con él ordenase lo que debía hacerse acerca de la recuperación del reino de Nápoles; por lo cual habiendo salido de Iscla se fué á Sicilia, adonde estuvo algunos días entendiendo con el Rey su padre en lo que tocaba á su restitución en el reino de Nápoles. En este medio tiempo el Rey de Francia, no poco alegre y contento por ver cuán bien y prósperamente le había sucedido en la conquista de aquel reino de Nápoles, y creyendo que de ahí adelante le ternía seguro, según la conformidad que hallaba de todos en su servicio, determinó de se tornar en Francia, dejando primero proveído el reino de todo lo que convenia para la seguridad y conservación dél, y junto con esto pareció que la llave de todo era tener enteramente la amistad del Papa Alejandro, para que quedando conforme con él no tuviese tanto temor ni recelo de le perder, por razón que el reino de Nápoles era feudatario, según que la crónica ha dicho, á la Sede Apostólica, y en todos sus movimientos siempre seguía la voluntad del Pontífice, al cual por sus Embajadores hizo saber el deseo grande que tenía de se tornar en Francia, pues ya Nuestro Señor con mayor paz que él pensó y menos muertes de gentes había sido servido de darle el señorío del reino de Nápoles, y que para haber de tener y poner por obra su viaje tenía en voluntad antes de comunicar con él muchas cosas

por donde quedase del todo la paz en Italia, y que para esto le enviaba á suplicar fuese contento darle licencia para ir á Roma, lo cual haría yéndose de camino á Francia. El Papa Alejandro, que grande odio y enemistad tenía con el Rey de Francia, no estuvo en aquel parecer, antes por todas las vías y maneras que pudo le procuró su daño. Y fué así que como los venecianos en aquel tiempo no habían hecho muestra de enemistad ni amor con el Rey de Francia, pensó que fácilmente los atraería á que viniesen en lo que fuese su voluntad. Y por esta razón les envió sus Embajadores diciéndoles cuánta voluntad tenía que los señores de Italia estuviesen conservados en toda libertad, y que le parecía que á la sazón estaban puestos en toda servidumbre y que los que no lo estaban tenían aparejado el peligro, considerada la avara naturaleza de franceses, que era de extender su señorío por cualquier manera que pueden, lo cual veía muy á las manos estando como estaba el Rey de Francia tan metido y apoderado en el reino de Nápoles, de lo cual tenía temor no intentase á hacer lo mismo de todo lo restante de Italia, y que allende de esto su parecer era que se hermanasen haciendo confederación y liga entre sí, para que juntamente cada uno favoreciendo á sus amigos estuviesen sus señoríos en mayor seguridad puestos, y que asimismo le parecía que de su parte debrían de enviar á juntar en esta amistad al Duque de Milán, pues él más que otro ninguno había menester ayuda para se defender de tan avara vecindad como eran los franceses, y que él de su parte enviaría á los Reyes Católicos de España y al Emperador Maximiliano, para que todos juntamente los que algún dominio y señorío tenían en Italia defendiesen su parte siendo ayuntados en esta liga, lo cual no harían si cada uno por sí quisiesen ponerse á cualquier defensa contra el Rey de Francia y su poder. Esta voluntad del Pontífice pareció muy bien al Senado veneciano, y así como el Pontífice lo dijo fué luego puesto por obra, encomendando el tenor de este negocio cada cual á sus Embajadores, porque lo mismo hizo el Pontífice en despachar los suyos para los Reyes Católicos y para el Emperador Maximiliano, los cuales con maduro consejo y todas las cosas bien miradas vinieron en el concierto y liga que el Papa demandó, el cual fué apuntado entre ellos en la forma siguiente y

debajo de estos capitulos: Primeramente, que ellos juraban en la forma más debida de ser en uno amigos. Item que se favorecerían con todo su poder todas las veces que cualquiera de los confederados hubiese menester ayuda y socorro, y que cada uno contribuiría de sus mismos propios para ayudar á cada uno que de los de la liga hubiese menester con diez mil infantes y cuatro mil hombres de caballo. Item que había de durar esta confederación y liga entre ellos por espacio de veinticinco años. Mucho holgó el Pontífice de aquesta hermandad, por razón que pensó que siendo el Rey de Francia privado de las fuerzas y ayuda de estas partes confederadas, no le sucederían sus hechos tanto á su salvo como hasta allí le habían sucedido. De esto plugo asimismo mucho al turco, el cual hasta entonces no había estado con poco temor pensando, según que el rey de Francia había publicado, que le había de pasar á dar guerra, y como supo que en la liga de aquellos Príncipes no había entrado el Rey de Francia, aseosegóse más del temor que tenía. Pero después sucedió de otra manera, por razón que no pareciendo ser cosa justa la división entre los Príncipes cristianos, y porque el estado de la cristiana religión estuviese en mayor tranquilidad y sosiego, y también por ser cosa mucho contra el servicio de Dios haber entre los Príncipes cristianos discordias y enemistades, de cuya causa siempre había guerras y mortandades, y por el consiguiente hambres, pestilencias y otras semejantes adversidades que á esta causa se siguen, determinóse entre ellos en esta liga de meter al Rey de Francia, y de pasar la guerra contra los infieles enemigos de nuestra santa fe católica con tal que fuese nueva concordia entre él y el Rey don Fernando sobre lo del reino de Nápoles. Y todos los de la liga siendo unánimes en este parecer, lo hicieron saber al Rey de Francia, el cual muy ajeno de aquella voluntad estaba y con mucho enojo que de este ayuntamiento recibió, dió esta respuesta: Que él procuraría con todo su poder romper aquella cadena aunque fuese más fuerte que diamante, y que no esperasen otra respuesta de concordia en lo que tocase en el reino de Nápoles. Y por esta razón el Rey de Francia antes quedó enemigo que no amigo de los de la liga, y lo que después sucedió abajo se dirá.

## CAPÍTULO XXI

*Cómo el Rey de Francia se partió de Nápoles con voluntad de hablar al Pontífice, y de lo que el Papa Alejandro hizo para no le querer hablar ni ver.*

Arriba se dijo cómo el Papa y venecianos y todos los demás de la liga enviaron á hablar al Rey de Francia para dar algún asiento entre él y el Rey D. Fernando sobre lo del reino de Nápoles, y asimismo la respuesta que el Rey dió sobre ello. Pues dice agora la crónica que el Rey de Francia, luego que hubo admitido el reino de Nápoles en su devoción, determinó de se partir del reino la vía de Francia, y para hacer esto dejó primero el reino puesto en toda orden y debajo de toda seguridad, porque en la ciudad de Nápoles puso por su lugarteniente á mosiur de Mompensier, y dejó asimismo las fuerzas de la ciudad bien reparadas de gente y provisiones todas las que eran menester para su defensa. En la provincia de Calabria dejó por gobernador á mosiur de Aubegni; asimismo dejó tomados pleitos homenajes á todos los Príncipes del reino, para que en su nombre tuviesen sus señoríos y estados y los defendiesen de toda otra persona que contra su servicio intentase meterse en el reino. Y después de esto, saliendo de Nápoles para se ir á Francia, envió otra vez sus Embajadores al Papa Alejandro, haciéndole saber cómo él tenía determinado de se tornar en Francia, pues ya dejaba todas las cosas del reino de Nápoles pacíficas y debajo de su corona, y que por esta razón y porque quería con Su Santidad comunicar muchas cosas importantes al estado del reino y de toda Italia, le suplicaba fuese contento de le recibir en Roma. El Papa Alejandro, que ya otra vez había recibido del Rey esta embajada, según que la historia lo ha contado, y doliéndole aún la fresca y reciente llaga de la injuria por él recibida, siendo de ella la causa la entrada que el Rey de Francia hizo en Roma, y en las otras cosas y tierras de Italia contra su voluntad y de la de todos, y asimismo viendo los levantamientos de los Príncipes del reino por su causa contra su debido Rey y señor, asimismo pensando que si le recibía en Roma enojaba á sus amigos y compañeros confederados por la sospecha que de le hablar podían hacer entre ellos, determinó de no le dar audiencia, y asimismo de le des-

viar su venida en Roma con todo su poder. Y con esta determinación envió á decir que si algo tenía que comunicar con su persona, que por letras y embajadas lo podía comunicar y hacérselo saber, que á todo respondería lo que conviniese, y que si era tal el negocio que ni á letras ni embajadores no se debía cometer, y mucho deseo tenía de le hablar personalmente, que si viniese á Roma sola su persona y sin ejército, que de aquella manera él era contento de le oír, pero si quisiese entrar con su ejército supiese de cierto que no le esperaba en Roma, porque parecía ser su entrada más con voluntad de guerra que no de paz y sosiego, y que sin seguir otro parecer era aquella su voluntad. El Rey de Francia sabida la respuesta del Pontífice sin le hacer más saber cosa alguna se fué la vía de Roma con todo su ejército. El Papa Alejandro como supo la venida del Rey de Francia á la ciudad, sin más detenerse salió de Roma y se fué á Civitá Vieja. Mucha gente fué la que de todos estados salió á la sazón con el Pontífice, no se teniendo por seguros de esperar allí al Rey de Francia estando ausente el Pontífice. Los de la liga Esforcia y y venecianos, como supieron que el Papa era salido de Roma, acudieron á él todos muy aderezados de gente para saber de él qué era lo que determinaba hacer en su ausencia, al cual hallaron en Civitá Vieja, que como es dicho se había retraído en aquella ciudad por no se ver él y el Rey de Francia. En esta sazón el Rey llegó á Roma acompañado de toda la más gente de su ejército, porque todo lo demás había dejado en guarnición en el reino de Nápoles. Estuvo en Roma cuatro días haciendo su gente no poco daño en la nación española de mucha gente que de ellos se habían quedado en Roma, y los que salieron con el Pontífice y dejaron bienes en Roma no dejaron de sentir el mismo daño en los bienes que dejaron que sintieran en las personas si allí se hallaran. En este medio, como el Rey de Francia vido que el Papa se había ausentado por no le hablar, hubo de ello mucho enojo, pero no le dejó de enviar á decir á la ciudad de Civitá Vieja, adonde supo que estaba, el deseo que tenía de le ver y hablar, y que le suplicaba fuese contento de le dar audiencia, diciendo cuánto le cumplía verse y hablarse sobre cosas que no le pesaría haberlas comunicado con él. El Pontífice, que muy determinado es-

taba de no se ver con el Rey de Francia, pensando que si abiertamente le negaba su audiencia podría venir á tomarle seguro en aquella ciudad, acordó para quitar este inconveniente darle semejante respuesta, diciendo cómo él era contento de cumplir su voluntad, y que pues tanto deseo tenía de verle y comunicar aquello que decía con él, que él estaría y le esperaría en Civitá Vieja, que viniese cuando quisiese, que él no se iría de aquel lugar. Los Embajadores del Rey de Francia se tornaron á Roma con esta respuesta del Pontífice, y el Rey creyendo ser así y que no habría ningún color en las palabras del Pontífice, se partió de Roma la vía de Civitá Vieja. Pero el Papa Alexandro, como vido los Embajadores del Rey idos, lo más secretamente que pudo y con mucha diligencia se partió de Civitá Vieja la vía de Perusa, con intención que si el Rey de Francia procurase de le querer hablar, embarcándose en el puerto de Ancona se partiría á Venecia, para lo cual el Pontífice escribió al Senado veneciano haciéndole saber cómo el Rey de Francia trabajaba por le ver y hablar, y que estaba muy fuera de aquel propósito, que por esta razón él se había salido de Roma, y que fuesen ciertos que si todavía porfiase á le querer hablar, él estaba determinado por mar verse muy presto con ellos; que se lo hacía saber porque estuviesen apercebidos á le recibir si aquel efecto viniese, porque él en ninguna manera quería venir en plática con el Rey de Francia. El Rey de Francia, que, según dicho es, supo por sus Embajadores que el Pontífice le esperaba en Civitá Vieja, creyendo ser así como se lo había enviado á decir, se partió de Roma y se fué la vía de Civitá Vieja, el cual como llegó á la ciudad no hallando en ella al Pontífice, hubo muy grande enojo y pena, agraviándose mucho de aquella burla que el Pontífice le había hecho. Y desesperando ya del todo poderle hablar, se salió de Civitá Vieja y se fué la vía de Sena haciendo muy gran daño en todas las tierras por do iba, especialmente en un lugar que dicen Toscana, que era del Papa, le hizo asolar y destruir todo por el enojo que con el Pontífice tenía por la burla que le hizo, según dicho es. Y bien es verdad que echaron fama que si habían destruído aquel lugar no había sido por otra cosa sino porque la gente de aquel lugar no les habían querido dar provisiones para la gente. Finalmente, de cualquier

cosa que sea, los franceses hicieron en el Senés todo el daño que pudieron, yéndose muy sin temor la vía de su reino.

## CAPÍTULO XXII

*De cómo yendo el Rey de Francia camino de su reino fué en el camino de los de la liga salteado, y de lo que después sucedió.*

Viendo los venecianos y Pontífice el daño que, según dicho es, el Rey de Francia había hecho en el Senés y en algunas tierras de la Iglesia, no contento con haber echado del reino al Rey D. Alonso y al Rey D. Fernando, su hijo, tan injustamente como se conocía, y viendo asimismo cuán á su salvo había entrado por las tierras de Italia y se salía haciendo todo el daño que era su voluntad, sin temor ninguno de ser resistido, recibieron de esto muy gran vergüenza; por lo cual muy indignados acordaron de le saltear y de le dar alguna mala cena y rebate antes que se tornase á su reino. Y para este efecto llegaron mucha y muy buena gente y hicieron un muy bueno y grueso ejército de los de la liga y dieron el cargo de toda la gente á Francisco Gonzaga, Marqués de Mantua, por razón que era uno de los varones más discretos y sagaces en el arte militar de todos los de Italia. El cual, procurando de dar buen fin en aquello que le había sido encomendado, y viendo que por sus jornadas los franceses se acercaban á más andar á su reino y que ya entraban en Lombardia por aquella parte del Placentino, con mucha presteza y saber se aderezó para los esperar á un paso junto á un río que llaman el Tarro. El Duque de Milán Ludovico Esforcia, como supo lo que los compañeros de la liga habían acordado de hacer, luego, según que era obligado por lo capitulado entre ellos, vino con una muy buena parte de gente á se juntar con ellos. Y el Rey de Francia, viniendo seguro de esto, fué avisado por las espías que siempre llevaba delante su ejército de lo que los venecianos hacían y de cómo no podía pasar por la vía que llevaba sin venir á las manos con ellos, por razón que ya le tenían tomado el paso por donde había de pasar á su reino. Pero el Rey de Francia, que de gran ánimo era, no por eso dejó de seguir su camino hasta que, llegando en aquel lugar, fueron por los venecianos vistas las banderas de los franceses abajar por los Apeninos al llano

de Lombardia adonde ellos los estaban esperando. El Rey de Francia, como vido presente la batalla y que no se podía excusar de se rencontrer con ellos, con muy grande esfuerzo, no mostrando punto de mudamiento en su persona, comenzó á hablar con su gente, animándolos en gran manera y trayéndoles á la memoria el final intento de su venida, el cual habían cumplido mucho á su honra, que era haber ganado el reino de Nápoles, diciéndoles asimismo cómo la mayor gloria que los hombres pueden ganar era no sólo saber adquirir y ganar honra para sus personas, pero saberla conservar, la cual ellos en aquel camino habían ganado perpetuamente, y que si agora la perdían en aquel pequeño trance que estaban, todo se encubría con la pérdida de lo presente, por lo cual les rogaba que hiciesen en aquel hecho lo que los buenos y leales vasallos deben siempre hacer por su Rey y señor, en especial donde ellos no sólo aventuraban la pérdida de sus vidas, pero la de su propio Rey; y lo que más les encomendaba era tener presente la gloria ganada y de cómo se perdía con la pérdida que podía sucederles en el presente peligro si no pugnasen defenderla como supieron ganarla y adquirirla. Estas y muchas más cosas les dijo el Rey de Francia sólo para les acrecentar fuerzas y ánimo contra los venecianos. Al cual su gente oído el razonamiento de su Rey y señor y el ánimo que mostraba, no teniendo en nada á sus enemigos, cobraron dobladas fuerzas y no deseaban otra cosa salvo la hora cuando se viesen en el campo con los enemigos; todos á una voz dijeron al Rey que tuviese buena esperanza en aquel hecho, que ellos harían de manera de los vencer, y así se lo prometieron de le tornar en Francia tan á su salvo y honra como había pasado en Italia, y que su tornada sería por encima de los cuerpos muertos de sus enemigos, quedando llenos los campos, y que si por el contrario les sucediese, siéndoles contraria la fortuna, ellos harían de manera que les costase más caro la victoria que de ellos habrían que no les costaría la pérdida de ella. En esto ya los venecianos venían aderezados para la batalla, poniendo la orden de la gente el capitán Francisco Gonzaga con la mayor diligencia que pudo, y venían de esta parte del río Tarro á la mano izquierda, y los franceses á la otra parte hacia la mano derecha; y el capitán Fran-

cisco Gonzaga, según dicho es, no era en aquel menester perezoso, pues que con mucho saber é ingenio bien ordenados los suyos, deseoso de se ver trabado con los franceses quería darles á entender cómo las fuerzas de Italia aún no estaban del todo confundidas ni acabadas como ellos pensaban, sino antes muy más vivas y fuertes que nunca estuvieron. Luego mandó á Melchior de Treviso, capitán de venecianos, que tomase la delantera, el cual con la gente de vanguardia comenzó á vadear el río y tras él toda la otra gente del ejército; pero como de todo vadear, en especial en ríos caudalosos, suceden comúnmente muchos peligros, con el encendimiento y ceguedad que llevaban á dar en los enemigos, no mirando bien el paso del río, por lo cual y porque en él había muchas simas y regolfos del agua, fué causa que se ahogaron en el río algunos soldados de la vanguardia, y ciertamente no sin mucha culpa de los capitanes, los cuales sin experimentar vado y sin el consejo que en semejantes casos se requiere se metieron tan libremente por el río, y podemos por esto decir que aquel día pelearon los venecianos más con ánimo y fortaleza de españoles que no con consejo y prudencia de venecianos; pero en fin, aunque perdidos muchos en el agua, los que se escaparon y salieron á la otra parte, que fué toda la más gente de caballo, todos se comenzaron á trabar con los franceses, que traían asimismo la vanguardia hasta que toda la gente de pie acabó de pasar, que ya habían hallado buen vado en el río. Los franceses que tenían la delantera, no pudiendo sufrir la priesa de los venecianos, se comenzaron á retraer á do estaba el cuerpo de todo el ejército, lo cual visto por el Rey de Francia, que estaba en medio de todo su campo, que los suyos hacían muestra de retraerse, echó de sí una divisa real que traía en el yelmo porque no fuese de los enemigos conocido, y animando y esforzando su gente volvió sobre los venecianos, adonde se igualaron ambas las partes, é hiriéndose con mucha fuerza cayeron de los unos y de los otros muchos muertos y heridos. Fué esta batalla bien reñida de los unos y de los otros, pero al fin, después de haber peleado bien una hora no conociéndose victoria de ninguna parte, muertos muchos de los franceses y muchos más de los de la liga, se retiraron á fuera. Murieron en esta batalla muchas personas de calidad, de una

parte y de otra, entre los cuales murió de los de la liga Rodulfo Gonzaga, tío de Francisco Gonzaga, Marqués de Mantua, y murió asimismo Ranusio Frenesio, caballero natural de Roma; y de la parte de Francia, allende de muchos nobles que murieron, fué preso mosiur de Borbón, capitán general del ejército francés. Aquella noche los franceses, después de se haber retirado de la batalla, no les pareciendo que les iría bien si esperasen segunda batalla, estando todos los del ejército reposando en sus tiendas, en el mayor silencio de la noche alzaron su campo, dejando encendidos muchos fuegos y luminarias, porque no fuesen sentidos de los venecianos y con mucho secreto se fueron la vía de Pavía. Fué esta batalla entre venecianos y franceses en el año del Señor de mil y cuatrocientos y noventa y cinco años y seis días del mes de Julio. Pues como los venecianos tuvieron voluntad de tornar á la batalla, creyendo que los franceses asimismo se aderezaban para se defender, vieron cómo el campo francés se había levantado y que las luminarias que la noche antes habían visto eran cautelosamente encendidas, por lo cual los venecianos, que muy ganosos estaban de tornar otra vez á las manos é viendo cuán á su salvo se habían ido, comenzaron á se armar y tomando el rastro que llevaban los franceses los siguieron hasta que no los pudiendo alcanzar se tornaron sin más procurar de aquella vez molestar los franceses. Después de esto, ya que al Rey le pareció tiempo conveniente, se partió de Pavía la vía de Aste adonde más seguro estuvo con su ejército muchos días. Acaeció asimismo en este tiempo que los ginoveses, que á la sazón habían hecho una buena armada en nombre de los venecianos, viniendo la armada francesa por la mar con muchas naves cargadas de lo que habían habido en el despojo de Nápoles, vinieron á las manos de los ginoveses, lo cual todo les fué quitado, que no gozaron cosa ninguna de ello. Los venecianos, aun no contentos de lo hecho, procuraron quitar todos los agravios que los franceses hacían, pues no á otro efecto se había hecho aquella liga y congregación de aquellos Príncipes. Y fueron todos con toda la misma gente que había quedado de la del Tarro á cercar una villa del Duque de Milán que la tenían ocupada los franceses, y asimismo el Duque allegó mucha más gente, en que puso sobre Novara, que así se

decía la villa, bien cuarenta mil hombres entre gente de pie y de caballo, los cuales con mucha fortaleza cada día la combatían; pero como la villa era fuerte y la gente francesa que en ella estaba fuese de muy gran virtud y regida por el Duque de Orlens, varón de mucho ánimo y fortaleza y de no menor discreción y consejo en el arte de la guerra, por mucho que los de la villa trabajaron no la pudieron sacar del poder de los franceses. El Rey de Francia, que estaba en Aste, como supo que los de la liga estaban en cerco sobre Novara, envió á decir á los de dentro que se estuviesen fuertes y que no se diesen en ninguna manera, que él sería presto con ellos con toda la gente que consigo tenía y haría de manera cómo los enemigos los descercasen. Esto hizo publicar el Rey de Francia por meter temor en los contrarios y también para que ellos con este medio se levantasen de aquel lugar, pero mucho mayor fué la constancia y firmeza de los de la liga que no fué la falsa ayuda y socorro que publicó que quería hacer en los suyos. Finalmente, el Rey de Francia, viendo cómo del todo perdería aquel lugar si no lo socorriese por alguna vía y arte, acordó de se hacer amigo del Duque, y así fué, que restituyéndole el Rey de Francia la villa de Novara, el Duque de Milán fué su amigo, pero los venecianos no por eso dejaron de mantener lo jurado y capitulado en la liga con el Pontífice y los otros Príncipes. Después de esto el Rey Carlo se fué á Francia, no tan á su salvo como pensó, y el lugarteniente que había dejado en Nápoles, que se decía monsiur de Mompensier, luego como se partió el Rey de Francia se apoderó en todas las fuerzas del reino, no quedando otra cosa por el Rey D. Fernando sino Regioles, Turpia y Lomancia; y lo que después sucedió, la crónica lo irá contando.

#### CAPÍTULO XXIII

*Cómo el Rey D. Alonso y el Rey D. Fernando, su hijo, enviaron á demandar socorro al Rey de España, y de cómo lo envió muy cumplido.*

Ya se dijo arriba de cómo el Rey D. Fernando se partió de Iscla la vía de Sicilia para entender con el Rey D. Alonso su padre lo que convenia á la restitución del reino de Nápoles. Pues dice agora la crónica que vienen ambos los Reyes la poca fuerza que por

su parte tenían para tornar á cobrar el reino de Nápoles, que enviaron sus embajadores al Rey D. Fernando de España, en que le hicieron saber el estado en que el reino de Nápoles estaba y de cómo ambos á dos estaban en Sicilia retraídos esperando su ayuda y favor contra el Rey Carlo octavo de Francia, que no á otro efecto había pasado en Italia con muy grande ejército, sino por les tomar el reino y echarlos dél como lo había hecho, no mirando lo que entre el Rey de Francia y el Rey de España había sido asentado antes que en Italia pasase. Antes con muy gran menosprecio siendo requerido por sus Embajadores de los Reyes de España, no teniendo en nada sus requerimientos, vino á Nápoles tomando primero la ciudad de Capua y Aversa. Por lo cual le suplicaban que pues á él, que era de la casa de Aragón, tocaba la defensión del reino de Nápoles tanto como á el que lo poseía, siendo como era de la familia y linage de los Reyes de Aragón tanto tiempo poseído con tan justo y verdadero título como era notorio tener, tuviese por bien ayudarles con gente para que con su favor fuese quitado el agravio de tan injusto despojo y su hijo el Rey D. Fernando, á quien había dejado el reino cuando él se retrajo á Sicilia, fuese restituído en su pristino estado y señorío. Con aquesta embajada, que dicho ha la historia, llegaron los Embajadores del Rey de Nápoles á Castilla adonde el Rey D. Fernando estaba, al cual propusieron su embajada conforme como de sus Reyes y señores venían instructos, y de esta manera, siendo oída por los Reyes Católicos la embajada del Rey D. Alonso y del Rey de Nápoles, movidos de la una parte á compasión que de los desterrados Reyes hubieron y de la otra considerando la obligación que de favorecer su sangre tenían, por ser asimismo el heredero de Aragón, su hijo el Rey D. Juan de Aragón, á quien pertenecía el reino de Nápoles, no habiendo heredero en él que de derecho le perteneciese, y por esta razón y por ver el menosprecio que de su corona el Rey de Francia había hecho, siendo por su Embajador requerido, como dicho es, determinó de tomar aquel hecho por suyo propio. De cuya causa el Rey D. Fernando de Castilla y de Aragón mandó hacer muy buena gente para ir contra el reino de Nápoles y restituírle á sus debidos Reyes y señores. Y así se hizo

un ejército de dos mil infantes y trescientos caballos ligeros, en el cual dió cargo de capitán general á Gonzalo Fernández de Aguilar, natural de Córdoba, descendiente de la casa de Aguilar, caballero de mucha virtud y fortaleza, al cual por su muy crecida virtud y bondad mereció dársele nombre de Gran Capitán. Después que este Capitán hubo llegado toda la gente que había de llevar, se partió de España tomando la vía de Sicilia. Y llegando en aquella isla fué sabidor de cómo el Rey D. Alonso, padre del Rey D. Fernando, Rey de Nápoles, era pocos días antes que llegase á Sicilia fallecido y que el Rey D. Fernando no estaba en Sicilia porque después de la muerte del padre se había pasado en Calabria, y que estaba en uno de aquellos lugares que le habían quedado en el reino de Nápoles que se decía Regioles para esperar desde allí el socorro de los Serenísimos Reyes Católicos de España. Murió el Rey don Alonso en aquel mismo año que dejó el reino, aun no cumplido, y lo que después de esto sucedió, abajo en la prosecución de la historia se contará.

#### CAPÍTULO XXIII

*De cómo el Gran Capitán pasó en Calabria y tomó una villa que estaba por Francia que decían Regio, y de lo que el Rey D. Fernando hizo viniendo á las manos con monsiur de Aubegni junto á Semenara.*

Después que la gente del Gran Capitán D. Gonzalo Fernández de Aguilar hubo refrescado algunos días en Sicilia del trabajo de la mar, determinóse que pues el Rey don Alonso era muerto y que el Rey D. Fernando Rey de Nápoles estaba en Regioles, uno de los lugares que le habían quedado, que eran, según dicho es, Regioles, Turpia y Lomancia, que con mucha diligencia partiesen de Sicilia, pues el intento principal había sido por cobrar el reino de Nápoles, á lo cual era venido, y restituírle al Rey D. Fernando Rey de Nápoles, derecho heredero de aquel reino. Con esta determinación el Capitán D. Gonzalo Fernández de Aguilar mandó embarcar en las galeras que habían traído de España, á las cuales proveyó de todo lo necesario para aquel hecho que entre manos tenía. Y con esto se partieron de Mecina y se fueron la vía de la Calabria, provincia que está no muy lejos de Sicilia, y llegaron á desembarcar

sobre una villa que se tenía por Francia que se dice Regio. Esta villa está á la costa de Calabria en frontera de Sicilia, quiero decir del faro de Mecina, y como llegaron en aquel lugar luego el Capitán D. Gonzalo Fernández de Córdoba hizo saltar en tierra con mucha presteza toda su gente, y como aquella cosa fuese la primera que hacían en aquel hecho, pugnaban cada cual salir con grande honra ó del todo perder las vidas en la demanda, y con esto el Capitán D. Gonzalo Fernández de Córdoba ordenó su gente para darla batería, la cual se batió con muy mucha fortaleza, y después de metidos en armas toda la gente, se dió la batalla, en la cual claramente se puede conocer haber los españoles aquel día peleado no con ánimo de soldados noveles, mas con destreza desigual y con corazones etóreos, por razón que de la primera batalla que se dió tomaron la villa, la cual es bien fuerte y había dentro mucha y muy buena gente francesa y de la villa. Mucho daño recibió en aquel día la gente española y mucho mayor los franceses y gente de la villa, por razón que todos los más fueron muertos, heridos y presos. Finalmente, después de haber tomado aquella villa y puesto debajo de la corona del Rey D. Fernando de Nápoles, el Gran Capitán D. Gonzalo Fernández de Córdoba dejó parte de su gente en guarnición de aquella villa y con toda la demás se fué la vía de Semenara, que es una buena villa adonde á la sazón estaba monsiur de Aubegni, gobernador de la provincia de Calabria por el Rey de Francia. El Rey D. Fernando, que estaba, según dicho es, en Regioles, y supo el buen socorro que del Rey de España le había llegado, desechó de sí todo temor y duda que de tomar el reino de Nápoles tenía, en especial sabiendo el muy buen principio que había hecho con la presa de Regio, que era una de las principales villas de aquella costa. En esto el Gran Capitán Gonzalo Fernández, que mucho deseo tenía de mostrarse en los principios para dar buena esperanza de sí en los fines, dejando, según dicho es, la villa de Regio á buen recaudo de gente y de otras provisiones de guerra, determinó, primero que otra cosa hiciese, de se ver con el Rey D. Fernando para saber más por entero lo que era su voluntad, y dejando de ir el camino de Seminara se fué á Regioles, metiendo debajo de la corona real del Rey

D. Fernando todas las villas y castillos que en el camino hallaba que estaban por Francia; y como allegó á Regioles fué recibido del Rey D. Fernando como convenía á persona que en tanta necesidad como él estaba le había venido á ayudar. En esto el Rey D. Fernando, que ya con el favor no tenía en nada sus enemigos, dejando al Gran Capitán en Regioles con toda la gente que allí tenía, se fué á aposentarse á unas caserías que estaban junto á Seminara, deseoso de venir á manos con los franceses que estaban en aquella villa. Monsiur de Aubegni, gobernador de la Calabria, como vido que los españoles ya se habían metido en aquella provincia mucho á su salvo y el daño que en su gente habían hecho en la presa de Regio y de cómo muchos lugares y castillos otros forzados de este temor respondían á la parte del Rey D. Fernando de Nápoles, determinó de juntar toda su gente juntamente con la de muchos varones y Príncipes de aquella provincia que tenían la voz y parcialidad de Francia, allende de muchos villanos rústicos, que por ser toda la más parte de aquella provincia parcial de Francia y gente en sí movable y codiciosos de cosas nuevas, se habían juntado con él. Y puso en campo bien cuatro mil hombres de guerra, esperando lo que haría el Rey D. Fernando. Y acaeció que un día corriendo algunos caballos ligeros de los del Rey D. Fernando á Seminara, adonde monsiur de Aubegni estaba aposentado con gente suya, é sintiendo los franceses la gente, lo hicieron saber á monsiur de Aubegni, el cual luego con mucha presteza con toda la gente de pie y de caballo que pudo recoger se fué muy secretamente hacia aquellos casares adonde el Rey D. Fernando estaba aposentado con toda su gente; el cual como fué avisado por sus centinelas que monsiur de Aubegni con su gente venía aderezado de guerra contra él, metió su gente en armas y salióle al encuentro junto á aquellas caserías, los cuales como se vieron corrieron los unos contra los otros con muy gran ligereza y muy denodadamente; pero como los franceses eran muchos y todos muy buena gente, mezcláronse entre la gente del Rey D. Fernando, haciendo tanto de sus personas que sin ser resistidos se iban tras la gente del Rey D. Fernando llevándolos delante como ovejas ante el lobo, especialmente la gente de caballo siciliana, la cual viendo la gente

de armas francesa venir contra ellos, sin mostrar contradicción alguna, volvieron las espaldas, por lo cual toda la otra gente asimismo se metió en rota, si no fueron los trescientos caballeros españoles y alguna poca gente de infantería española, que serían hasta quinientos hombres, que juntándose con el Rey D. Fernando afrontaron la gente de armas francesa, y los quinientos infantes se afrontaron con los suizos franceses, que eran muchos; adonde los españoles hicieron tanto, que sin tornar el pie atrás con mucha honra suya peleando muy animosamente contra los enemigos, que muy desiguales eran en número, murieron casi los quinientos infantes; y por otra parte el Rey D. Fernando con los trescientos caballeros ligeros hizo tanto de su persona contra la gente de armas, que le mataron dos caballos antes que desesperase de su salud. Finalmente, hallándose á pie peleando muy animosamente, mostrando bien en aquel estrecho en que estaba la gran fortaleza de su corazón, y viendo del todo perdida su gente y el poco remedio que había de resistir á los franceses por ser muchos, cabalgó en un caballo que le dió un su criado, que á la sazón le había la fortuna por allí guiado. Partiósse de aquel peligro y fuese á Regioles adonde había quedado el Gran Capitán, y toda la gente que se escapó se fué á Regio, adonde estuvieron hasta tanto que el Gran Capitán los hizo recoger en Regioles y repararlos de armas y de todo lo necesario. Y el Rey D. Fernando, con gran desesperación que de aquel desbarato hubo, se partió á Sicilia para traer de allá más gente, dejando encargado al Gran Capitán todo aquel hecho, el cual después de pasado el Rey don Fernando á Sicilia hizo muy señaladas cosas, según que en el proceso de esta crónica más largamente se dirá.

## CAPÍTULO XXV

*Cómo el Capitán Gonzalo Fernández se fué á invernar con su gente á Castro Villar, y de cómo los de Nápoles tornaron á recibir al Rey D. Fernando.*

Como fueron, según dicho es, vencidos y rotos los aragoneses junto á los casares de Seminara, el capitán Gonzalo Fernández, dejando á Regioles bien provelda de gente y otra munición de guerra, no siendo aquella

tierra aparejada para sostener de invierno mucha gente en ella, se salió y fuese con todo su ejército á tener el invierno en un lugar que dicen Castro Villar, adonde estuvo hasta tanto que fué necesario partirse de allí como abajo se dirá. En este tiempo el Rey D. Fernando estando en Sicilia muy penado de aquel caso tan contrario como le había sucedido y no menos solícito en aquello que más le cumplía, que era cobrar el reino que había perdido, acaeciós que los napolitanos, no les pareciendo bien sufrir aquel yugo tan pesado de franceses que cada un día recibían mil agravios de ellos, y acordándose de la humana conversación de su Rey y señor y de lo mal que lo habían hecho en no le querer recibir en la ciudad cuando se tornó de Aversa, según que la crónica lo ha contado, determinaron que muy secretamente le avisasen en cómo ellos estaban con voluntad de le recibir en la ciudad, y que así por esta razón, como porque sabían que el reino de Nápoles le pertenecía de derecho más que á otro alguno que lo demandase, le hacían saber que viniendo con mucho secreto sin ser sentido por monsiur de Mompensier, teniente del Rey de Francia, ni de los franceses que estaban dentro, ellos le abrirían las puertas y alzarían sus banderas por los muros de la ciudad, avisándole asimismo fuese muy presta su venida, antes que aquel concierto viniese á oídos de los franceses. Con esta embajada se partieron de Nápoles los Embajadores de los napolitanos, los cuales allegando á Sicilia le hicieron saber al Rey D. Fernando el intento de su venida. Vista la embajada, no poco alegre fué el Rey D. Fernando, viendo de aquella manera muy más breve y fácil su restitución en el reino de Nápoles que no pensaba él; porque de su parte no dejase de haber efecto aquella embajada, luego con mucha diligencia y no menos secreto hizo aderezar su gente, y embarcándose en las galeras que tenía en el puerto de Mecina se fué la vía de Nápoles. En este medio los napolitanos avisaron por otra parte á los de Capua y Aversa, los cuales asimismo estaban de aquella voluntad y holgaron de la venida del Rey D. Fernando. Y todos de un ánimo y voluntad estaban aparejados de recibirle. Ya en este tiempo, por la buena diligencia que el Rey D. Fernando se había dado, llegó una noche á Nápoles, y haciéndolo saber á los napolitanos, con mucho secreto le salieron é

recibir con mucho placer y alegría y conformidad de todos, le metieron en la ciudad y llevaron á su aposento. Luego se comenzó á alborotar la ciudad por razón que los napolitanos alzaron las banderas del Rey D. Fernando por los muros, y los franceses sintiendo la cosa todos juntamente con el gobernador se retrujeron á los castillos de la ciudad por se sostener en ellos entre tanto que lo hacían saber á monsiur de Aubegni que estaba en Calabria, que les enviase socorro. Estando, pues, el Rey D. Fernando apoderado en la ciudad, aunque no en los castillos, los de la ciudad de Capua y los de la ciudad de Aversa luego alzaron las banderas del Rey don Fernando por los muros y echaron de ellas á sus gobernadores, é hicieron mucho daño en todos los franceses que dentro estaban en guarnición de estas ciudades, y todos mostraban mucho placer por la nueva asunción del reino de Nápoles por el Rey D. Fernando, habiendo ya gustado el duro imperio de franceses, estando como estaban usados á libertad, y asimismo por razón que todos amaban mucho al Rey D. Fernando por ser uno de los más afables y humanos señores que nunca trataron. En este tiempo un capitán de armada veneciano, que se decía por nombre Antonio Grinano, por razón de la liga que entre ellos y los Reyes de España en favor del Rey D. Fernando había, se movió con su armada de Venecia y fué sobre una tierra que llaman Manopoli, en la costa de la provincia de Pulla, la cual combatió muy fuertemente hasta tanto que con mucho daño de los franceses que estaban en la villa y de los vecinos de ella la tomó y la puso casi por el suelo. Y de allí pasó adelante y fué sobre otra villa que dicen Puligrano, que asimismo estaba por Francia, y la tomó, dejándola tan mal parada como la otra villa de Manopoli, y de esta manera tomó otros lugares de aquella costa que se tenían por el Rey de Francia, reduciéndolos todos debajo de la corona del Rey D. Fernando.

## CAPÍTULO XXVI

*De lo que hizo el Capitán Gonzalo Fernández de Córdoba en la provincia de Calabria, y del socorro que vino á Nápoles en ayuda de los castillos y de lo que acaesció.*

Después que hubo pasado aquel invierno, el cual según dicho es tuvo el Gran Capitán en

la villa de Castro Villar, luego á la punta del verano aderezó su gente para salir de aquel lugar contra Seminara, adonde monsiur de Aubegni tenía recogida toda su gente; el cual como fuese deseoso de honra y considerando que no holgando, mas con trabajo se ganaba, en especial los que se ejercitaban en aquel menester de la guerra, y viendo asimismo que aquello era lo primero que le había sido cometido por sus Reyes y que en aquello había de mostrarse para que le fuesen cometidos otros mayores cargos, procuró con mucha diligencia de dar buen fin en todo lo comenzado, y con este presupuesto, con mucha diligencia y orden que en su gente puso, salió de Castro Villar y enderezó su camino la vía de Seminara; y como allegase sobre ella, toda la gente francesa que muy sobre el aviso estaba se pusieron á la defensa de la villa. El Gran Capitán, que poco temía á la fuerza de los franceses, que ya los había probado en otros lugares que había tomado, con mucha osadía hizo llegar todos los ingenios y artillería que traía, y mandó batir la villa con mucha fortaleza, y después de bien batida, cuando le pareció ser tiempo, metió su gente en armas y con muy buen concierto allegándose al muro se comenzó la batalla, que fué muy reñida por razón que aquella villa era muy buena y era fuerte y estaba en ella mucha gente francesa muy escogida, por lo cual era de ellos defendida con mucha fortaleza; pero al fin dado caso que los españoles recibiesen harto daño de aquel combate, los franceses lo recibieron muy mayor, por razón que no pudiendo más resistir las fuerzas de los españoles, desampararon el muro y cada cual se procuraba defender, y viéndose tan apremiados se van la vía de Terranova, y así fué que los que se pudieron escapar de las manos de los españoles se fueron á guarecer á aquella villa que estaba no muy lejos de Seminara. Los españoles, después de haber saqueado aquella villa, siguieron la otra gente que dicho habemos hasta las puertas de Terranova, adonde el Gran Capitán mandó traer el artillería y batióla muy fuertemente; pero como los enemigos fuesen ya de vencida, con poca fuerza se dieron juntamente con la villa, en la cual se hizo lo mismo que en Seminara. Después de esto el Gran Capitán, que no cansaba de extender su nombre y fama, procuraba de llevar siempre los enemigos delante y no les dar

lugar para hacer cosa ninguna de defensa que por obra quisiesen poner, de cuya causa después de haber tomado la villa de Terranova llegó su gente contra otro lugar que llaman Isquilaco, que asimismo estaba por Francia, el cual tomó por fuerza como hizo todos los otros. Después fué sobre Crotón, otra villa que está á la costa del mar Jonio, junto á Taranto, y tomola con otros muy muchos lugares y fuerzas del Calabrés. Así que en muy poco tiempo, por su muy buen ingenio y sagacidad, repartiendo de las sobras de su muy crecido corazón y esfuerzo por su gente, puso casi todo el Calabrés debajo de la corona del serenísimo Rey D. Fernando, si no fué la ciudad de Taranto, la cual trató de tomar, pero como fuese tierra grande y fuerte y tuviese mucha y muy buena gente en toda su defensa, aprovechó muy poco de aquella vez quererla tomar estando las cosas de la provincia de la Calabria en este estado que ha dicho la historia. El Rey D. Fernando, que ya había sido metido en Nápoles, y viendo la poca gente que tenía y la mucha que había menester por razón del socorro que cada día esperaban los franceses de los castillos, considerando que si aquella ciudad perdía otra vez, que ya era del todo perdido el reino de Nápoles, dado caso que se le hiciese grave romper los principios que el Gran Capitán llevaba tan prósperos en el Calabrés; pero por otra parte pensó que si se perdía la cabeza, que era la ciudad de Nápoles, por el mismo caso perdería el reino, principalmente siendo tanto menester su ayuda en aquel caso. Finalmente, todas las cosas bien miradas por el Rey D. Fernando, parecióle que debía enviar á llamar al Gran Capitán para que con toda su gente le viniese á favorecer en aquel caso en que estaba, y envióle su Embajador, que decían micer Bernardo Calabrés, hombre de mucha estima, virtud é ingenio, y quien había tenido el mismo oficio de Embajador con el Rey D. Alonso, su padre, rogándole que visto lo que por su Embajador le sería dicho, viendo la legítima razón y causa que tenía de demandarle favor, sin más diferir su voluntad y venida, dejando lo mejor que pudiese proveído lo de aquella provincia, se viniese á Nápoles con toda su gente; porque de otra manera él tenía muy grande temor de perder todo el reino perdiendo la ciudad de Nápoles, y que con su venida se podría todo restaurar. Mucho pesó de esto al Gran

Capitán por razón que las cosas de la Calabria las tenía á la sazón en muy buenos términos, y temíase que si él se fuese que todas las tierras que había ganado se le tornarían á levantar por Francia, y por esta razón, como tenía de costumbre, quiso tomar el parecer de los capitanes y gente principal de su ejército, á los cuales les hizo saber lo que el Rey don Fernando le había enviado á decir, rogándoles dijesen en aquel caso lo que á ellos les parecía que debía hacer, teniendo delante aquello que más fuese servicio de sus Reyes y señores y más cumpliese á la restitución del Rey D. Fernando en el reino de Nápoles. Muchos pareceres y opiniones diversas hubo entre ellos, por razón que los unos decían no ser cosa justa ni razonable dejar de acabar aquello que tenían comenzado, quedando su trabajo del todo sin fruto por el levantamiento que de todas las tierras ganadas se esperaba partiéndose la gente de aquella provincia. A otros les parecía, siguiendo la opinión del Gran Capitán, que debían de ir á socorrer al Rey D. Fernando, pues no á otro efecto habían pasado en Italia sino á éste. Lo que más les atraía á querer seguir aquel parecer era considerar que bien le había sucedido al Rey D. Fernando en haber ganado en gracia la ciudad de Nápoles, la cual no sin mucho trabajo podía tener á su poder, y que pues aquello era lo principal, no debían de hacer caso de lo demás, pues veían claramente que todas las villas y lugares del reino de Nápoles no hacían más de aquello que veían hacer á su cabeza, y con esto este último parecer como por mejor se tuvo y aprobó. Y así dejando el Gran Capitán todas las tierras ganadas debajo del mejor seguro que pudo, tomando pleitos homenajes á los gobernadores de ellas de no hacer ni cometer aleve ni traición, y las ternían y manternían en nombre y voz del Rey D. Fernando de Nápoles, él se partió á muy gran prisa de aquella provincia de Calabria y se fué con su gente la vía de Nápoles, como por el Rey D. Fernando le había sido rogado. Ya en este tiempo los franceses que estaban en la provincia de Puglia, y los demás que estaban divididos por todas las partes del reino, siendo avisados en cómo la ciudad de Nápoles estaba ya por el Rey don Fernando, y de cómo los suyos estaban retraídos en los castillos esperando favor y ayuda, todos se juntaron con gran diligencia

para los socorrer, y así con este prosupuesto marchaban la vía de Nápoles esperando de tornar á tomar por fuerza la ciudad, ó á lo menos por otra cualquiera buena manera ó mala que pudiesen, á lo cual les daba ánimo pensar que tenían en Nápoles mucha parte de los principales que los favorecían. Pero el Rey D. Fernando, que siempre entendía en mirar todo aquello que le podía dañar, no se hallando bien seguro en Nápoles por aquella razón, procuró de quitar aquellos inconvenientes que mucho le estorbaban su propósito de alimpiar la ciudad de toda aquella cizaña que había en ella, por razón de la discordia de los unos y de los otros. Y con este acuerdo, siendo avisado de aquellos nobles que estaban en la ciudad por Francia, de los cuales se podía temer cualquiera traición ó engaño de que gran perjuicio se le podía recrecer, determinó de poner luego el remedio que más le cumplía, y con esto echó fuera de la ciudad todos los ciudadanos principales y nobles que, según dicho es, le eran contrarios y que tenían y seguían la parte francesa; á unos desterró perpetuamente del reino, y á otros, según las aficiones é inclinaciones que tenían, los desterró por el tiempo que fuese su voluntad; y de esta manera dejó la ciudad el Rey D. Fernando limpia de todos aquellos que le habían sido y eran contrarios de su Corona. En esto ya los franceses que venían en ayuda de los castillos allegaron á Nápoles y asentaron sus reales fuera de la ciudad, junto á una iglesia que dicen la Magdalena, adonde estuvieron muchos días peleando con los de la ciudad cerca de los jardines del Rey; pero en todos sus acometimientos fueron tan bien recibidos de los de la ciudad, que cada vez se tornaban á sus estancias con pérdida de su gente sin que pudiesen sacar ningún fruto de su trabajo. Bien es verdad que los que estaban en los castillos por la parte de dentro hacían algún daño con el artillería, pero no era tanto que por él dejasen los de la ciudad de se defender de los de fuera con mucho ánimo y fortaleza. Finalmente, después de haber estado los franceses muchos días sobre la ciudad, y viendo la poca ayuda que tenían de los de dentro de los castillos, de lo cual era causa la buena guarda que el Rey tenía puesta en todos ellos por que no dejasen salir gente de ellos en favor de los franceses de fuera, determinaron de alzar su real de aquel lugar y se retraer más

fuera un poco de la ciudad, porque allí esperasen el campo de monsiur de Aubegni, que ya era partido de la Calabria en ayuda de los castillos; y lo que después sucedió abajo se dirá.

## CAPÍTULO XXVII

*Del espanto que metió en Italia una prodigiosa piedra que cayó en los términos de Sena, y de lo que hizo el Gran Capitán, llevando su camino derecho á Nápoles.*

Todas cometas y prodigiosas influencias, así de las cosas superiores como de las de acá inferiores, traen espanto en las gentes, no se sabiendo el fin determinado de las semejantes cosas, en especial acaeciendo en tiempos que verisimilmente se debe creer que la Majestad Divina está descontenta de nuestras obras. Pero como sea Nuestro Señor servido y más amigo de perdonar que no de condenar, envíanos mensajeros para que por ellos nos enmendemos, apartándonos de lo comenzado ó del todo seamos confundidos no le siendo obedientes. Esto se muestra por el asna de Balán, animal mudo que habló siendo castigada del profeta, según se lee en el Testamento Viejo, contra el cual Dios estaba airado. Esto se muestra asimismo en la muerte de Julio César, dictador de Roma, de aquellas dos aves que en el Capitolio hizo la una á la otra pedazos. De esta manera ha acaecido en estos tiempos ver cometas en el cielo de extraña grandeza; ver asimismo prodigios y monstruosos nacimientos de criaturas de dos cabezas, de cuatro manos y pies y de otras maravillosas maneras, lo cual sin duda no viene sin falta de misterios divinos, los cuales nuestro rudo ingenio no puede alcanzar. Así en este tiempo, á cinco días del mes de Febrero, año del Señor de mil y cuatrocientos y noventa y seis años, estando, según tiene la crónica, toda Italia llena de guerras y mortandades, todos los Príncipes divididos en partes unos contra otros, finalmente, no habiendo lugar que no hubiese en él guerras y sediciones, entre la ciudad de Cesena, en un lugar que dicen Bertonorio, del cual habemos en esta crónica hecho mención, cayeron tres piedras de gran cantidad, de color tostado; cayeron á las tres horas del día; algunos dijeron no haber sido más de una, mas que con el grande ímpetu que de caída tan alta traía se hizo tres

pedazos. Como quiera que fuese, fué cosa de grande admiración y de mayor espanto que en Italia puso, estando, según dicho es, las cosas de aquella tierra tan levantadas y metidas en toda confusión, lo cual se dejará para los juicios de los astronómicos que de los tiempos y sucesiones tienen algún conocimiento. Pues tornando á la crónica, el Gran Capitán, que determinado estaba de obedecer en el mandamiento del Rey D. Fernando, el cual era que en todo caso le socorriese, luego se movió con su ejército la vía de Nápoles, y verdaderamente no pensó en se detener tanto en el camino como las cosas que le sucedieron le estorbaron su viaje, por razón que allende que él se detuviese en la conquista de la ciudad de Cosencio algunos días, muchos fueron los inconvenientes de enemigos que al marchar de su gente le recrecieron, como abajo se dirá, y también como hubiese de pasar muchas tierras de los enemigos, no le dejaban el paso tan libre y desembargado como él quisiera. Pero como en todas las cosas el Gran Capitán fuese de gran prudencia y saber, no se le ponía delante el peligro que luego no hallase el remedio para le quitar, y de esta manera determinado á cumplir su viaje, que muy necesario era, sin perder tiempo entendió en apartarse y desembarazar la tierra de aquellos inconvenientes, y de antes llevar los enemigos delante que no dejellos atrás. Bien es verdad que del ejército francés no temían, por razón que ya iba adelante, marchando la vía de Nápoles en ayuda del otro ejército y de los castillos, con el cual iba monsiur de Aubegni, pero temíanse de la gente de las villas que se apellidaban unas á otras y hacían junta de sí para ir contra él, que aunque buena fuese la gente que traía, era poca. Pero como él fuese de gran corazón, quiso de camino dejar señalado el rastro de sus pisadas. Y con esta voluntad se vino por los términos de Cosencio, adonde muchas villas y lugares junto con la misma ciudad estaban por Francia. En aquellos lugares que eran de poco momento no se detenían, por razón que sin mucha fuerza se le dieron, los cuales puestos debajo de la corona real del Rey don Fernando pasó adelante á la ciudad de Cosencio, sobre la cual puso su campo, y tanto hizo en la expugnación de ella, que le dió tres combates en un día, por lo cual viendo los de dentro la gran priesa que en pelear la gente

del Gran Capitán ponían, no acostumbrados á sentir tan duras fuerzas como las de españoles, y viendo que en el último combate las fuerzas de ellos doblaban y que de todo el trabajo de aquel día no se les había disminuído un punto, acordaron no esperar otro combate, y no pudiendo ya sufrir á los de fuera, se dieron juntamente con la ciudad, no de voluntad, pero de fuerza, porque desamparando el muro cada uno se retraía á aquel lugar do mejor pudiese guardar su vida de aquel presente peligro. Y los españoles viendo desocupados los muros de la ciudad se metieron dentro, donde hicieron mucho daño en todo lo que pudieron. Finalmente, después de tomada la ciudad de Cosencio, el Gran Capitán dejó en ella alguna gente de la suya en guarnición, por razón que no quedase del todo desnuda de españoles, á quien ellos más temían, y con toda la demás se salió de Cosencio y fué á Castro Villar, adonde dejó otra parte de su gente en guarnición, porque pensó que ya que él se partía de aquella provincia, viendo los moradores de ella quedar alguna gente de guarnición en los lugares, no se atreverían así livianamente á se levantar contra el Rey don Fernando, á quien por fuerza habían confesado por su Rey y señor. El Gran Capitán, que no el número de la gente le causaba vencer sus enemigos, sino la virtud y fortaleza suya, con aquella poca gente que le quedó, que era toda muy escogida, se partió de Castro Villar, con voluntad de no se detener más en el camino en conquista de alguna tierra, y marchando con su ejército la vía de Nápoles, como el Gran Capitán fuese varón de mucha prudencia y ardid, en especial en el oficio de la guerra, miraba bien todas las cosas que le podían dañar é impedir su camino, por lo cual llevando siempre sus espías delante y reposando de noche debajo de la guarda de sus centinelas, fué avisado cómo de una tierra que se decía Murano y de otras de aquella comarca habían salido gran copia de gente rústica de la gente de las villas y lugares de aquella comarca, y que los habían tomado un paso por donde necesariamente habían de pasar para saltearlos en el camino y aprovecharse de la gente del ejército que bien segura de este engaño estaba é iría mal apercebida y sin ninguna orden. En este aviso el Gran Capitán, como hombre de muy prudente consejo, puso el remedio que más convenía en aquel caso. Y

fué así que como la gente de aquella villa de Murano y de otros lugares comarcanos hubiesen salido para aquel hecho, quedaron la villa y los lugares muy solos y desnudos de gente. Y por esta razón, considerado esto por el Gran Capitán, dejó el camino derecho que llevaba y muy secretamente, encerrándose por caminos y senderos muy extraordinarios porque no fuesen vistos ni sentidos, se fueron á meter dentro de aquella villa que se dice Murano, la cual, según dicho es, estaba sin gente, y con mucha facilidad la tomaron. Adonde estuvo el Gran Capitán algunos días, aunque pocos. Después de esto, como algunos hombres de aquella villa se saliesen con temor de la venida de los españoles, fuéronse á aquel lugar do la gente estaba aparejada para saltar el ejército del Gran Capitán y avisáronlos cómo los españoles habían tomado la villa de Murano y otros lugares y del daño que en aquella villa habían hecho. En esto el Gran Capitán, muy solícito en todas sus cosas, no dejaba cada hora de revolver en su corazón lo que en un camino tan peligroso y lleno de enemigos debía hacer. Porque consideraba que dado caso que de aquella gente rústica se librase, de la cual bien pensó ser libre con aquel trato doble que les hizo; pero lo que más le ponía duda de acabar aquel viaje era que le habían dicho cómo el campo de monsiur de Aubegni estaba en una ciudad que llaman Laurino, y temíase, según la poca gente que tenía, poder pasar sin venir á las manos con los franceses, que según eran muchos dudaba la victoria de su parte, y asimismo pensó algunas veces de tornar á su conquista de la provincia de Calabria, aunque esto hallaba serle mayor vergüenza, lo uno porque no cumplía el mandamiento del Rey D. Fernando su señor, que le había enviado á llamar, habiéndolo él enviado á aquella empresa tan importante y escogido á él entre otros muy valerosos. Lo segundo, volver atrás era mostrar un ánimo menor del que él tenía é importaba á su cargo, que era muy ajeno de su condición. Finalmente, estando en esta perplejidad, el Embajador micer Bernardo Brucio, por otro nombre llamado el Calabrés (el cual así por su fidelidad como por ser de muy buen consejo fué dél oído), le dijo cuán contrario fuese á la nación española retraerse de su propósito en aquello que una vez habían concebido en el ánimo, especialmente donde se

aventuraba las honras y fama, las cuales después del ánimo á todo se habían de anteponer, como verdaderamente en aquel caso las posponían, dejando su comenzado propósito sin fruto ninguno, mayormente volviendo las espaldas á los peligros que se les mostraban, los cuales eran premio de sus honras, y que muy grande vergüenza les sería no hacer su deber, mayormente no habiendo causa legítima ni aun colorada por donde dejasen de seguir su camino y designio, no teniendo tan cierta la perdición como algunos pusilánimes publicaban. Y dado caso que viniesen á las manos con los franceses, tenían la victoria de su parte, y por esta razón, no movidos por el deseo de ser ayudados y favorecidos de su Rey, tanto como por proveer en aquello que podría causarles muy grande menoscabo á sus honras, les animaba diciéndoles que para salvedad de todo ello era su parecer (desechado todo temor) llegasen al fin su designio, el cual tenía por muy cierto acabarían y muy á su honra, considerando que á la muchedumbre de los enemigos flacos é inhábiles se satisfaría con la fortaleza de los pocos animosos y valientes y experimentados que allí tenían. Muy bien pareció al Gran Capitán este consejo de micer Bernardo Brucio, Embajador, el cual por ser en sí muy bueno y dado por persona tan experimentada en la guerra y de tanto crédito fué de todos aprobado y ejecutado. Y así luego el Gran Capitán partió de Murano, dejando aquella villa debajo de la corona del Rey D. Fernando de Nápoles, y muy amigo de los vecinos de ella mandó marchar su ejército por los caminos más escondidos que le pareció ser más convenientes para apartarse de venir á las manos con el enemigo, el cual muy cerca de donde había de pasar estaba, lo cual no hizo tanto por temor como por no se detener en su viaje, considerando la necesidad que el Rey D. Fernando tenía y lo que obligado le estaba por su afable conversación y grande magnificencia. Y como siempre el invicto Gran Capitán procurase la destrucción de sus enemigos y la fidelidad y próspero suceso y honra de sus señores y aliados, y no le estando bien llevar el ejército de corrida y apriesa, que más daba demostración de huida que de retirarse, según su opinión, determinó lo más secreto que pudo emboscarse de día y de noche, llevando caminos inciertos y secretos como no fuese

de las espías del enemigo sentido ni entendido y así dar sobre el campo de Aubegni, tomándolo seguro y sin pensamiento que de ellos tuviesen; los cuales estaban, como dicho es, en la ciudad de Laurino, que es entre las provincias de Pulla y Abruzo, que es el derecho camino de Nápoles. Pues determinado esto por el Gran Capitán, queriendo ponerlo en obra, llamó á todos los capitanes y señores principales que le seguían y otras personas de quien tenía confianza, y á todos en general dicha su opinión y voluntad y cómo quería tentar la fortuna en el caso que les había propuesto antes que fuese á Nápoles, trayéndoles á la memoria la honra que ganaban si de aquella vez con un solo acometimiento venciesen y desbaratasen al enemigo, de donde resultaban muchos provechos. Lo primero la honra que para sí perpetuamente ganaban, siendo tan pocos en número aunque muchos en fortaleza y viendo tan grande copia de franceses. Lo segundo, que vencidos aquellos se rendirían los que estaban en los castillos y desmayarían los que estaban sobre Nápoles, pues no aguardaban sino la gente de monsiur Aubegni para combatir la ciudad, como en verdad estaba en aventura de ser entrada según la gente que el Rey D. Fernando tenía. Lo tercero, era ganar aquella ciudad de Laurino donde ellos estaban, que no poco provecho les sería. Asimismo les dijo y acordó la satisfacción de su trabajo que no sería menor de lo que su esfuerzo y corazón merecía. Y asimismo les encomendó mirasen cómo en aquella jornada se acrecentaba ó menoscababa el nombre de la nación española, no poniendo la fortaleza que en semejante trance se requería para perpetua memoria de sus hazañas y loor de su nación y sucesores. Y para esto les dijo estas palabras:

#### ORACIÓN DEL GRAN CAPITÁN Á SU GENTE

«Por cierto, caballeros, si como sois pocos en número no fuédes muchos en fortaleza, yo ternía alguna duda en nuestro hecho. Pero como sea más estimada la virtud que la muchedumbre, visto ser vosotros tan pocos en respecto del enemigo, antes tengo necesidad de ventura que de caballeros y soldados. Y con esta consideración, después de Dios, en solos vosotros tengo confianza, pues está puesta en nuestras manos nuestra salud y

gloria, y así tanto por sustentación de vida como por gloria de fama, nos conviene pelear. Agora se nos ofrece causa para dejar la bondad que heredamos á los que nos han de suceder, que malaventurados seríamos si por flaqueza en nosotros se acabase la honra de nuestros progenitores. Así, señores, pelead que libréis de vergüenza nuestra nación y mi sangre. En esta jornada se acaba ó confirma nuestra honra y la de nuestro Rey, que por los más escogidos aquí nos ha enviado y esta empresa cometido. Sepamos emplearnos bien y no avergonzarnos, que mayores galardones esperamos de la victoria que peligro se nos puede ofrecer en la honesta muerte. Esta vida penosa en que vivimos no sé por qué la debemos mucho querer, pues es breve en los días y larga en los trabajos, la cual ni por temor se acrecienta ni por osar se acerca, pues cuando nacimos se limita su tiempo, por donde es excusado el miedo y debida la osadía. No nos pudo, oh caballeros y compañeros míos, nuestra fortuna poner en mayor estado que en esperanza de honrada muerte ó victoria muy señalada como la espero y gloriosa fama, codicia de alabanza y avaricia de honra, que cualquiera cosa de estas acaba otros hechos mayores que el nuestro. No temamos las otras compañías allegadas del francés, que en las grandes afrentas los menos pelean y á los simples espanta la multitud de los muchos y á los sabios esfuerza la virtud de los pocos. Grandes aparejos tenemos para osar: la bondad nos obliga, la justicia que está de nuestra parte nos esfuerza, la necesidad de socorrer este noble Rey y reino y el mandamiento del nuestro nos apremia. No hay cosa por que debemos temer y hay mil para que debemos osar. Todo lo que he dicho, oh caballeros, era excusado para creceros fortaleza, pues con ella nacisteis, mas quiselas hablar porque en todo tiempo el corazón se debe ocupar en nobleza, en el hecho con las manos, en la soledad con los pensamientos y en la compañía con la conversación buena, como agora hacemos, y no menos porque recibo igual gloria con la voluntad amorosa que mostráis como con los hechos fuertes que hacéis».

Estas y otras muchas cosas dijo el Gran Capitán á sus capitanes y caballeros, con las cuales siendo ellas de sí animosas y pronun-

ciadas por un tan valeroso y acreditado capitán y señor tan bien reputado, todos unánimes con una muy alegre y aparejada voluntad se ofrecieron aparejados de seguirle. Y así tomaron el camino de la ciudad de Laurino, marchando por los más secretos y ásperos apartamientos que se hallaban y los espías, que fidelísimos eran, los enseñaban. Finalmente, un día bien de mañana, que sería una hora antes que amaneciese, llegó todo el ejército á vista de la ciudad de Laurino, adonde el francés, como dicho es, estaba aposentado, y metiendo el Gran Capitán Gonzalo Fernández su gente en orden, con mucho sosiego y quietud llegó hasta dar en los enemigos, los cuales estaban muy seguros y descuidados del sobresalto que les vino, porque tenían por muy cierto el enemigo estar muy alejado de ellos, que por su poca posibilidad no osaría emprender una cosa tan importante é imposible como aquella que á su parecer era. Y como los españoles llegasen con muy grande ánimo y fortaleza, allende de la que ellos de su natural tienen y la que el señor Gran Capitán con su tan abundante oración les había puesto, y hallando que les sucedía como creían y el Gran Capitán les había dicho, y viendo la honra y provecho que se les ofrecía, los unos cargaron sobre el campo del francés con la presteza y fortaleza que se requería, y los otros, dividiéndose por consejo de los capitanes, fueron á ponerse en las puertas de la ciudad con dos intenciones: la una, que los de la ciudad no saliesen á socorrer á los franceses del campo, y la otra, que si los franceses se quisieren retirar á la ciudad y allí valerse, les fuese impedida la entrada y aun prendidos de los españoles. Grande fué el sobresalto que los franceses recibieron en ver al español, el nombre del cual temían como al fuego. Y así, atónitos y sin orden, iban descarriados los unos á una parte y los otros á otra, sin tener lugar seguro donde se pudiesen amparar. De suerte que los que se querían recoger á la ciudad por salvarse, eran presos y muertos por los españoles que á la guarda, como dicho es, se habían puesto, y los del real, como desapercibidos y salteados de los otros españoles que á ellos fueron, asimismo eran heridos, muertos, presos y robados, como siendo salteados y sin sospecha fuesen tomados en todo des-

cuido y desarmados, y así infinitos de ellos pasaron por el filo de las espadas de los españoles. Los franceses que en este trance murieron fueron muchos, y muchos se dieron á prisión, entre los cuales murió el Conde Ameri, persona de mucha virtud y fortaleza, peleando como valentísimo guerrero y esforzado caballero en medio del ejército español. Este antes que muriese en confesión descubrió al Gran Capitán muchos secretos de los franceses, de los cuales no poco provecho resultó al Gran Capitán en aquel hecho, y después de esto, el Conde, con mucho arrepentimiento de sus pecados, pesándole cómo había sido contrario al Rey D. Fernando de Nápoles, su derecho señor, dió el ánima á su Criador. De esta manera los españoles dejaron desocupada aquella ciudad de sus enemigos, siendo, según dicho es, casi todos muertos y presos. Los que se pudieron escapar huyeron sin ninguna orden, y sin esperanza de poder tornar sobre sí se fueron á juntar con los otros franceses que estaban aposentados por el reino. El Gran Capitán, viendo la suma bondad de sus capitanes y soldados y cuán á su salvo habían alcanzado aquella tan impensada victoria, distribuyó como buen capitán todo el despojo que en aquella batalla hubo, dejándolos á todos muy contentos y satisfechos de su largueza y magnificencia. E yendo de camino adonde era su designio para el Rey, y viendo de lejos la villa de Atella, que está no muchas leguas de Nápoles, sobre la cual había muchos días que el Rey D. Fernando estaba, porque ya la ciudad de Nápoles estaba limpia de franceses y no creían poder tomar la villa de Atella por la buena gente que dentro de ella había dejado, determinó poner sitio sobre ella y cobrarla y no alzar el cerco hasta haberla tomado, pareciéndole que era menoscabo de la gente española si así no lo hacía; y así hizo lo que adelante se dirá.

#### CAPÍTULO XXVIII

*De lo que el Gran Capitán hizo sobre la villa de Atella y de la muerte del Rey D. Fernando de Nápoles.*

Todos los franceses estaban ya tan alborotados y temerosos viendo que no tenían casi lugar seguro en todo el reino de Nápo-

les, que no sabían qué hacer ni disponer de sí. Y lo que más causa les dió á perder la esperanza que tenían del remedio fué que la gente que aguardaban que había de venir en su favor habían sido todos muertos y desbaratados sobre la ciudad de Laurino, según dicho es. De manera que ya no les quedaba esperanza de salud, especialmente estando en tanto estrecho la villa de Atella, sobre la cual el Rey D. Fernando había estado mucho tiempo y aún estaba; y era aquella de sitio muy fuerte y guarnecida de mucha y muy buena gente, y entre los otros estaba el capitán Virginio Ursino, el cual, como al principio vió que los franceses prevalecían, dejó de seguir al Rey D. Fernando su señor y con sus hijos se pasó al francés. Pues como el Gran Capitán se partiese de Laurino con su gente, dejando en ella la seguridad que convenía, tomó el camino de Atella, adonde el Rey D. Fernando, como dicho es, estaba y había mucho tiempo que la tenía cercada, y llegado á ella en buen tiempo halló que el Rey la tenía con el sitio bien apretada, y cierto la hubiera tomado, sino que le estorbó mucho una grande enfermedad que tuvo aquel verano, de la cual, según diremos, murió. Pues como el Gran Capitán allegó al cerco de Atella, después de haber besado las manos al Rey y él haberle recibido con mucho amor y afabilidad y pasado con él muchas palabras amorosas, de voluntad del Rey tomó cargo de la presa de aquella villa, como lo puso por obra, porque reconociéndola y dando vista alderredor de ella, hallóla por todas partes muy fuerte; pero como era de muy buen juicio y de un entendimiento raro, consideró que si en necesidad puesta no se daba á partido, que por fuerza sería dificultoso el prenderla, porque allende que ella era muy fuerte y estaba en muy buen sitio, dentro, como habemos dicho, había mucha y muy buena gente de guerra para defenderla. Finalmente, después que el Gran Capitán lo consideró todo por menudo y lo trató con sus capitanes, fué entre ellos sacado en limpio que quitasen el uso de los molinos que tenían los de Atella en un arroyo que de los montes cercanos, cae en Losanto, que daba á los cercados gran provecho en moelles el trigo y proveelles de agua, y así por hacer de presto alguna honrada hazaña y mostrar delante los capitanes de

diversas naciones que allí había el esfuerzo, ánimo y destreza de los españoles, envió la infantería española con escudos contra los gascones y otras gentes que estaban en guarda de los molinos ya dichos, y después de aquellos otros infantes piqueros que corriesen y acometiesen los enemigos, y de la caballería hizo dos partes en esta manera: que la una parte, en la cual había algunos hombres de armas, que se pusiesen entre la ciudad y los molinos, opusándose á los franceses si salían á dar socorro á los suyos, y la otra parte, escaramuzando y alargándose por toda parte, tomasen en medio á los enemigos. Comenzóse por ambas partes una sangrienta escaramuza, y los suizos, que eran los primeros, no hicieron rostro sino muy poco, y los gascones habiendo dos veces disparado las ballestas, viéndose tan apretados de los españoles, se metieron en la huida; los caballos ligeros los siguieron hasta la villa, matando muchos de ellos; de la otra parte los hombres de armas que dijimos valerosamente sostuvieron el socorro de los franceses que salían fuera. En este tiempo Gonzalo Fernández envió ingenios para derribar los molinos, y fueron rotas todas las ruedas, quitándoles todo el uso del moler, de donde se les sucedió grandísimo daño, y luego mandó tañer á recoger antes que los franceses enviasen mayor número de gente á dar socorro á los suyos. Pues acabada esta tan excelente empresa, ganó Gonzalo Fernández y los españoles para con todos grande honra y loor de presteza y singular prudencia, el esfuerzo y valor de los cuales en las cosas de la guerra aun no eran conocidos. Tres días después los españoles y los italianos ganaron la tierra de Ribacandida, que está puesta en el camino de Benosa. Los franceses, por la venida de Gonzalo Fernández perdido el ánimo y desconfiados de todo buen suceso de su empresa y perdidos los molinos y el agua, por la cual muchas veces aunque con harta pérdida habían cabe el río combatido, y viendo que Pablo Ursino y el Vitellio habían salido fuera para querer ir á Benosa y habían sido en el camino desbaratados, comenzaron á tratár de darse, y monsiur de Persi habiendo hablado sobre ello con el Rey se concertaron de esta manera: Que todos los franceses sin injuria alguna se pudiesen ir todos á Francia y se saliesen

del reino dejando el artillería y los caballos señalados con la señal real. Esto hecho, la gente del Rey D. Fernando se metieron en la villa y el Rey mandó prender al capitán Virginio Ursino y á Jordán Ursino, su hijo, por haberse pasado al francés, siendo traidores á su corona, y así presos los mandó guardar en Nápoles, adonde murieron en la prisión. Pasados algunos meses, los franceses, por ser viciosos en el comer y beber, y con el grande calor del verano y con aire extranjero, después que sucedió un otoño pestilencial, por lo cual murieron muy muchos de ellos en Castellamar y en Puzol, entre los cuales murió el Capitán General Gilberto Mompensier, y Leoncort, llamado por otro nombre el Bayli de Bitri, y cuatro capitanes de suizos, y los que de aquella contagiosa enfermedad quedaron libres embarcándose en sus naves se fueron la vía de Francia, los cuales padeciendo naufragio murieron casi todos en la mar. Después de esto, ya que las cosas del reino estaban en todo sosiego y quietud, el Rey don Fernando, aquejándole todavía una calenturilla lenta y con la intemperancia del otoño, como dicho es, fué Nuestro Señor servido de llevarle de esta presente vida, y murió en el monte de Soma, no habiendo aún gustado de la alegría de la victoria, dejando por heredero del reino á su tío Federico. Muy llorada fué la muerte de este noble Rey de todos los de Nápoles y de toda la mayor parte del reino, y en extremo pesó al Gran Capitán, el cual hizo por su muerte mucho sentimiento: por razón que él era muy humano y familiar con todos, y por su grande bondad, magnificencia y virtud, en lo cual excedía en mucho grado á todos sus predecesores, por lo cual había hallado más gracia y amor en los suyos que no hallaron sus pasados, y lo que más le juntaba á dolor y tristeza para tener mayor sentimiento de su muerte era por haberle salteado la muerte en su juvenil edad y floreciente juventud y cuando había de descansar, pues tenía pacífico el reino. Y de esta manera todo el placer y alegría que tenían del triunfo y victoria que habían habido de sus enemigos se tornó en mucho dolor y tristeza por la muerte de tan noble Rey, y con esto se les acrecentaba muy mucho la pena en ver que en espacio de cuatro años habían sentido la muerte de tres Reyes, que fueron el Rey D. Fernando abuelo de este noble Rey,

y el Rey D. Alonso, su padre, que fué á Sicilia, y agora de este Rey D. Fernando, con quien todos vivían muy alegres y contentos y de ellos era muy amado y ellos de él muy bien y humanamente tratados.

## CAPÍTULO XXIX

*De cómo los de Nápoles alzaron por Rey á don Federico <sup>1</sup>, tío del Rey D. Fernando, y del aparejo que el Rey de Francia hizo para volver sobre Nápoles.*

Después de la muerte del Rey D. Fernando de Nápoles, los napolitanos alzaron por Rey á D. Federico, hijo del Rey D. Fernando primero. Este Rey D. Federico fué hermano de don Alonso y tío de D. Fernando, el que últimamente, según dicho es, fué muerto, el cual de común consentimiento y conforme á la voluntad del sobrino fué declarado por Rey de Nápoles y jurado con la solemnidad acostumbrada. El Gran Capitán, después de ser don Federico alzado por Rey, lo fué á visitar y le dijo el pesar que de la muerte del Rey D. Fernando tenía y lo mucho que lo había sentido, pero que en recompensa de tanta tristeza Dios le había consolado con haber sucedido en aquel reino un tan noble Rey, y haber sido elegido en tanta y tan universal conformidad de todos los de aquel reino, y, pues conocía que todo lo pasado y lo presente lo había hecho Dios, debajo de cuyo poder y amparo son todas las cosas, conformándose con su voluntad, él prometía que todo aquello que su poder y fuerzas bastasen lo serviría como había hecho en vida del Rey D. Fernando su sobrino. El Rey D. Federico, muy alegre y contento de las palabras y ofrecimiento del Gran Capitán de ayudarle y favorecerle en todo lo que tocase á la seguridad del reino, agradecióle mucho y con muy abundantes palabras su voluntad, y dijole muy amorosamente que mucho tiempo había que de su fe y virtud y de su ánimo y esfuerzo tenía entero conocimiento, y asimismo de la fortaleza y osadía de sus soldados, por lo cual no dudaba el estado del reino de Nápoles, que muy quieto y pacífico y sosegado estaba, y lo hallaba permanecer en lo mismo, mayormente siendo él á todo pre-

<sup>1</sup> En la Crónica que nos sirve de original se lee indistintamente Fadrique y Federico, siendo éste el que debe leerse.

sente, y pues que Dios había sido servido darle en su edad y reinado tan buen caudillo y compañero para la defensa de aquel reino, que le rogaba muy afectuosamente que algunos lugares que quedaban en el reino rebeldes, y por el francés, que eran Barleta, Rocaguillerna, Taranto, Gaeta y otros pueblos en Calabria, los conquistase y tornase pacíficos para su servicio, pues que él mejor que ninguno sabía castigar semejantes rebeldes, prometiéndole junto con esto que si la fortuna, que hasta allí había sido contraria á sus predecesores, mudaba su voluble rueda en consentirle gozar de aquel reino más descansadamente que á sus pasados, él vería cómo la gratificación de sus servicios no sería con menos voluntad hecha que sus grandes trabajos merecían, lo que el Gran Capitán, como deseoso de ejercitar su persona en semejantes trances, con alegre cara aceptó. Y así luego dende á pocos días se despidió del Rey D. Federico y puso en orden su gente tomando el camino de Barleta, con muy crecido deseo de cumplir lo que el Rey D. Federico le había encomendado; el cual como llegó sobre Barleta, sin poner mucho trabajo en tomarla, la ganó y redució al servicio del Rey de Nápoles, con algunas otras fuerzas importantes que todavía estaban por el Rey de Francia, y esto causaba que ya las victorias pasadas peleaban por el Rey D. Federico. Hecho esto, el Gran Capitán se pasó sobre Gaeta, la cual por ser fuerte y estar á la costa de la mar, por donde de cada día esperaban socorro de Francia, se estuvieron mucho tiempo sin se querer dar; pero después al fin de mucho y largo trabajo que en el cerco pasaron, así los cercados como los cercadores, el Gran Capitán la tomó á partido para el Rey Federico, y lo mismo hizo de la ciudad de Taranto, la cual visto que casi todo el reino de Nápoles pacíficamente había recibido al Rey don Federico, no pudo dejar de hacer lo mismo; de suerte que en todo el reino de Nápoles no quedó cosa que no siguiese el nombre y parcialidad del Rey D. Federico, y esto en público, porque algunos encubiertamente no dejaron de tener consigo algunos franceses. Entre los otros estaba monsiur d'Aubegni, el cual por la partida de Gonzalo Fernández hacía guerra contra las ciudades desnudas de defensa, pero habiendo entendido la infidelidad de sitio de Atella, y la presa de las ciudades de

Barleta, Gaeta, Taranto y otras muchas fuertes plazas, y sabiendo que se volvía ya Gonzalo Fernández con estas victorias, del cual sabía que le convenía mucho temerse, quiso antes aprovecharse del beneficio del concierto que con vano esfuerzo tomar las armas ya vencidas de la fortuna, y sacada la guardia dejó desembarazada toda la provincia. No muchos días después Gonzalo Fernández fué llamado del Rey Federico para que domase á los olibetanos, porque éstos en la tierra de Aquino y Bruzo con grande obstinación perseveraban en la fe del francés, y habían muerto en la isla de Bico á D. Rodrigo de Abalos Monterisio, hermano de D. Alonso, Marqués de Pescara, capitán de grande valor; pero éstos oyendo y entendiendo la venida de Gonzalo Fernández y juzgando que el perdón de sus culpas estaba puesto en la humanidad y autoridad suya para que los perdonase el Rey, pareciéndoles no esperar la fuerza de un capitán tan valeroso, se le rindieron y volvieron á la obediencia de Federico. Pues habiendo sojuzgado los olibetanos, como dicho está, se volvió al Rey que estaba en Nápoles, siendo seguido de una grande multitud de embajadores de aquellos que se habían reducido á la obediencia real, teniendo por cierto que con su intercesión el Rey les perdonaría su obstinación y rebeldía. En aqueste tiempo el Rey Carlo octavo de Francia, que ya había sabido el estado en que estaba el reino de Nápoles, pesándole en muy grandísima manera de tan inconstante y varia fortuna en tanta brevedad de tiempo, procuró con muy grandísima diligencia de volver otra vez él mismo en el reino de Nápoles y dejar tan castigadas y domadas todas sus tierras y tan amigas de su servicio, que tan sueltamente como hasta allí no recibiesen ajenos señores. El cual con este presupuesto hizo un muy grande y crecido ejército y pasó con él segunda vez en Italia. El Duque de Milán, que bien temía aquella venida del Rey de Francia en Italia, dado caso que al presente fuese su amigo, según que en la restitución de la villa de Novara quedó asentado; pero considerando que aquella amistad antes había sido hecha por el francés con necesidad que con voluntad, que no sería mucho que de esta vez recibiese algún daño en su estado. Por lo cual el más seguro remedio que halló en aquel caso fué tornarse á confederar otra vez con sus amigos y sos-

tener el concierto y liga pasada con ellos de la manera que de primero estaba. Y con esta confederación los venecianos enviaron al Conde de Pitiliano Nicolao Ursino con gente en favor del Duque de Milán. Y asimismo enviaron á suplicar al Emperador Maximiliano viniese con sus gentes á les ayudar, porque se temían del Rey de Francia, que según era fama venía con muy grande poder segunda vez contra el reino de Nápoles. Esto hacía por dos fines: el uno, porque pensaban que viniendo el Emperador con su ejército en Italia, el Rey de Francia mudaría su propósito y no pasaría en Italia y ellos quedarían muy libres y seguros de aquel temor. El segundo fin por que ellos lo hicieron fué porque dado caso que pasase, teniendo ellos juntos los ejércitos de la liga, muy mejor se podrían valer contra el francés en cualquiera peligro que les viniese. Finalmente, el Emperador Maximiliano pasó en Italia con muy buena y escogida gente alemana y vino á Milán, y de Milán pasó á la ciudad de Génova, y de Génova hizo embarcar su gente en las galeras venecianas y genovesas, y fué contra un lugar que se llama Liorno, el cual tenían los florentines; pero como aquel pueblo de suyo fuese bien fuerte y en aquel tiempo hubiese grandes tempestades, así en mar como en tierra, así por las inundaciones de las aguas como por los grandes hielos y nieves, y aquel pueblo fuese marítimo, no hubo lugar de poderse tomar. Por lo cual el Emperador Maximiliano dejada principiada aquella conquista se volvió en Alemania. El Papa Alejandro como fuese amigo de los Reyes de Nápoles, por ser de su nación y tierra, procuró siempre ser enemigo de los que al Rey Federico eran enemigos, y así lo fué de los Ursinos, los cuales siendo como eran de antes tan amigos de los Reyes de Nápoles, por la venida del Rey de Francia en aquel reino, según dicho es, se pasaron á su bando, y por esta razón Virginio Ursino y Jordán Ursino, su hijo, fueron presos en la villa de Atella, como arriba está dicho. Y por estas razones el Pontífice Alexandro sexto envió su gente contra el castillo de Branchano, que era de Virginio Ursino, el cual fué con muy grandísima fortaleza combatido de la gente del Sumo Pontífice, pero con mucha mayor fortaleza fué de la poca gente de dentro defendido. De cuya defensión fué la causa muy principal un caballero de muy grandísi-

ma virtud y muy grande fortaleza, que á la sazón se halló en Branchano, al cual caballero llamaban micer Bartholomé de Albiano. Este dió tan excelentísimo recaudo en el dicho castillo, que no fué poderosa en ninguna manera la gente del Papa de tomarlo; pero tomaron y destruyeron otros muchos lugares y fuerzas de los Ursinos. Venía en compañía de la gente del Pontífice por Capitán general de ellos el señor Borja, Duque de Gandía, hijo del Papa Alejandro y hermano del Cardenal César Valentino, el cual en una refriega que con los Ursinos hubo junto á Basano, el Duque de Gandía llevó lo peor, siendo de los Ursinos preso el Duque de Urbino con otros muchos nobles, por el cual convino al Pontífice ser de ahí adelante amigo de los Ursinos. No muchos días después de esto, andando el Duque de Gandía de noche por Roma con solo un criado suyo, fué súbitamente arrebatado y herido de muchas puñaladas mortales y fué echado en el río Tiber, el cual después fué hallado, aunque con mucho trabajo. Grande fué el sentimiento que en Roma se hizo por la muerte del Duque, pero á la fin se aseogó viendo el daño ser irreparable y que el autor de su muerte había sido su propio hermano el Cardenal César Valentino. La causa de su muerte, porque no se pudo saber ni alcanzar del todo sino por conjeturas, no se escribe aquí.

### CAPÍTULO XXX

*De cómo el Gran Capitán por ruego del Papa fué sobre Ostia y la tomó de poder del francés que la tenía.*

Estando ya las cosas del reino de Nápoles en mucho mayor sosiego que nunca hasta entonces habían estado, sino era Rocaguillerma, una tierra fuerte y rebelde que muchas veces, confiándose en su fortaleza, se había levantado contra el Rey de Nápoles, el Gran Capitán como se había ido á Roma para holgarse en ella y ver algunas cosas que deseaba ver, y también por besar los pies al Papa y dar un poco de descanso á su persona, que no poco trabajo había pasado en aquella conquista, el Sumo Pontífice, que por la fama tenía de él no poca noticia y acordándose que en aquel tiempo Menaldo Guerra, vizcaíno, cosario cruel y capitán del castillo y puerto de Ostia, estorbaba totalmente la

navegación del Tíber, tanto que el pueblo romano estaba muy apretado por la falta y carestía de las vituallas que no venían á la ciudad como solían, porque los mercaderes sicilianos, calabreses, españoles y ginoveses y otros muchos temían la crueldad del cosario y se iban á otra parte, porque cualquiera navío que llegaba á Ostia, si los marineros á la hora caladas las velas y levantando los remos no se juntaban á la ribera que estaba debajo el castillo á dejarse saquear y prender, luego eran con el artillería echados al hondo y abrasados, y había faltado muy poco que no prendiesen las galeras del Papa ó verdaderamente las destrozasen y arruinasen, las cuales descuidadamente habían venido á la boca del río. No se podía la crueldad de este tirano por ninguna condición que le fuese hecha traer á concierto ni derribarle, sino con hacelle justa guerra; pues no estimaba su arrogancia y crueldad las excomuniones del Papa, ni se mostraba otro camino más poderoso y presto que el de Gonzalo Fernández para que pudiesen domar este monstruo y librar á Roma del extremo peligro de la hambre. Fué rogado con mucha instancia fuese contento de hacerle tanta gracia que con su gente fuese sobre la ciudad de Ostia y echase de ella al francés antes que llegase á ella el Rey Carlo, que según era fama venía otra vez en Italia. El Gran Capitán oyendo los afectuosos ruegos del Sumo Pontífice, fué contento de hacer este servicio á Su Santidad, especialmente persuadiéndoselo el Rey Federico, considerando cómo quedarían del todo libres las cosas del reino de Nápoles tomando aquella ciudad. Y así determinó de poner en la expedición de aquel hecho no menor diligencia y solicitud que había hecho en cobrar todo el reino de Nápoles. Por lo cual saliendo de Roma fué la vía de Rocaguillerna, adonde había dejado toda su gente, y dejando sobre la villa el ejército del Rey D. Federico, él con toda su gente se fué la vía de la ciudad de Ostia y se puso sobre ella en lugar conveniente. Menaldo con su soberbia no dejaba de hacer males ni quería escuchar ninguna condición de paz; puesto que el Gran Capitán le había enviado á decir fuese contento de dejar la ciudad en paz y se saliese de ella ó viese lo que determinaba de hacer sobre aquel caso, lo cual el Gran Capitán hizo, no por ser necesario,

sino porque como él fuese dotado de más mansedumbre y humanidad que otro ninguno, quería justificar su demanda y procurar de traerlo á su opinión sin lanzada ni sangre de sus soldados. Pero como el capitán Menaldo fuese de natura soberbio, no tenía al Gran Capitán ni á su demanda en nada, antes luego hizo demostración de defenderse, y aun empezó de ofender al enemigo, porque pensó de sostenerse en la ciudad hasta tanto que el Rey de Francia viniese y le enviase socorro, y también porque como él tenía la ciudad bien proveída de bastimentos y municiones y bien artillada y buena copia de gente de guerra, no recelaba ningún revés. El Gran Capitán, que muy enemigo era de los hombres soberbios, y teniendo por cierto que donde hay soberbia no puede haber fortaleza, habiendo gastado tres días en aparejar lo necesario para dar el asalto, y habiendo reconocido todos los pasos y lugares por donde la ciudad se podía combatir, ajuntó todos los capitanes á consejo y con increíble juicio les dijo el lugar por donde se podía entrar al enemigo, que era plantando el artillería por una banda, por tener allí ocupados los enemigos, y por la otra banda se pusiesen las escalas al muro. Aparejada, pues, la jornada y hecha por el Gran Capitán una muy copiosa oración á su gente, por la cual les persuadió á ser constantes en el combatir y animosos á la honra española diciendo:

#### ORACIÓN DEL GRAN CAPITÁN

«Todos los españoles que aquí estamos pienso que nos movemos á desear la virtud y trabajar de haberla, porque veo que todos nos ejercitamos el cuerpo y lo contentamos con semejante mantenimiento y que todos somos tenidos por dignos de que igualmente con las más naciones antiguas y modernas nos igualemos y que lo mismo se pone delante los ojos del entendimiento. Todos tenemos por presupuesto de servir en esto al Sumo Pontífice y agradar al Rey Federico y ensalzar nuestra nación y ganar honra y fama para nosotros y nuestros descendientes, mostrando cuán clara deba ser la nación española entre las otras. Y así seremos estimados de los presentes y de los venideros; pues mostrarnos valientes contra el enemigo no sólo conviene á los particulares, sino á

todos en general, y esto es lo que cada uno se debe persuadir á sí mismo y lo que ha de tener por mejor. Agora se nos allega ya la hora de haber de pelear y la jornada que los deseos de honra siempre habéis procurado. Y esto veo que todos los hombres lo saben hacer, no tanto por su industria como porque natura se lo enseña, como también lo saben todos los animales, cada cual de su manera, sin que lo aprendan de otro sino de la naturaleza. El buey hiere con el cuerno y con él pelea, el caballo con coces, el perro con los dientes, el jabalín con el colmillo, el asno con los brazos, el unicornio con el solo cuerno, y todos los animales saben guardarse del peligro. Y yo siendo muchacho á escondidas tomaba la espada y esgremía sin que me viesen, porque no solamente me era natural como el andar y correr, sino porque me parecía muy suave para el movimiento natural. Mas pues nos espera el combate donde más es menester el ánimo y osadía, el cual sé que antes podemos perder por sobrado ánimo que por flaqueza, como ya de vosotros, señores, tengo experimentado, demos lugar á las palabras, pues en vosotros, señores, no son necesarias y entendamos en lo que conviene como tenéis entendido».

Y como en todos los de su ejército hallase un ánimo y deseo conforme al suyo, hizo combatir la ciudad por la una parte que le pareció más conveniente y muy apretadamente y por la otra parte allegar las escalas como antes estaba determinado. De cuya causa, como la batería fuese tan recia con la artillería y allí acudiesen la mayor parte de los cercados, por la otra parte de la ciudad acudieron los escaladores, estando de esto bien descuidado el capitán Menaldo, y subieron con grande presteza en lo alto de la muralla y echaron de ella los pocos que la defendían. Y apellidando «España, España», mataron mucha parte de los franceses que defendían aquella parte del muro, y así fué tomada Ostia y junto con el castillo. Menaldo el capitán, viendo sus cosas perdidas y abatida la bravosidad de su ánimo, solamente pidió la vida, dejándose atar vituperosamente para después ser llevado en triunfo y ser de todos afrentado y escarnecido él y otros muchos soldados y gente francesa. Los cuales fueron metidos debajo de estrechas cadenas y guardas hasta que no quedó

que hacer en la ciudad de Ostia. Y después de haber todo esto hecho, hizo meter á saco todas las moradas de los ciudadanos que habían sido de la parte de los coloneses y franceses contra el Pontífice. Y después de esto, dejó mucha, buena y escogida gente en guarnición de la ciudad de Ostia; y dejándola proveída juntamente con el castillo de todo lo necesario á su defensa, se volvió á Roma á dar cuenta al Sumo Pontífice de lo que en su servicio había hecho y por su mandado y cómo había sujetado á Ostia y sacádola de poder del tirano y de los coloneses que tiránicamente la tenían usurpada y oprimida. Y asimismo le presentó al capitán Menaldo Guerra con otros muchos soldados principales que con él prendió, y le hizo presente de muchas joyas y cosas ricas que en el saco de aquellos que le habían sido enemigos hubo. Entró Gonzalo Fernández en Roma por la puerta de Ostia á guisa de triunfante, acompañado de las voces y alegría del pueblo romano, las cuales demostraban verdaderamente el gran beneficio recibido de su mano. Fué reputada aquella alegría por más noble que la de aquel excelente capitán Camillo por muchas razones que para ello se daban, y así despertaba grandísimo regocijo en todos los ciudadanos y moradores de Roma. El capitán Menaldo era llevado atado encima de un caballo flaco, laso y cansado; era su ver espantoso, así por la barba blanca, crecida y revuelta como por los ojos terribles y fieros, el cual con un amargo y enfermo mirar demostraba ser del todo abatido su ánimo, aunque no del todo domado. Era acompañada la pompa de este apacible espectáculo por medio de Roma con muchos atambores y trompetas, siguiéndole detrás la infantería y caballería española. Y llegaron á San Pedro, donde el Papa en una sala muy aderezada y asentado en una silla debajo un rico dosel recogió á Gonzalo Fernández, y el Colegio de los Cardenales se levantó para recibirle, y él se arrodilló á besarle los sacros pies. El Papa se levantó y besó en el rostro al Gran Capitán, y en un largo y grande razonamiento que hizo le loó y engrandeció mucho sus hazañas valerosas, y le dió gracias por haber libertado á Roma de tanto trabajo y haber traído consigo el tirano y sus secuaces con la seguridad de toda la patria, aunque tenía ya entendido todo lo que

el Gran Capitán en su servicio había hecho en la presa de Ostia y los gastos que había sustentado en animar y persuadir á sus soldados que no querían ir á la conquista de Ostia por no ser cosa que tocaba al mandamiento de sus Reyes y señores, por ser cosa fuera del reino de Nápoles. A todas estas cosas Gonzalo Fernández grave y modestamente respondió no demandando otra cosa sino, según su costumbre y la clemencia acostumbrada y cristiana, fuese perdonado el capitán Menaldo, el cual humildemente se le había echado á los pies, y que los ciudadanos, los cuales estaban gravemente trabajados de los gravísimos daños, gozasen por tiempo de diez años de libertad de no pagar derecho ni imposiciones algunas. Todas estas cosas Su Santidad á ruego de Gonzalo Fernández las concedió y al capitán Menaldo fué dada libertad para irse á Francia. El Gran Capitán quedando en Roma por algunos días para descansar de los trabajos pasados, deseando dar fin á las alteraciones de Italia, pedida licencia al Sumo Pontífice se fué á Nápoles para de allí ir á Rocaguillerma, donde había dejado el ejército del Rey Federico.

### CAPÍTULO XXXI

*De cómo el Gran Capitán se fué con su gente sobre Rocaguillerma y la tomó.*

Después que el Gran Capitán hubo cumplido con el mandamiento del Sumo Pontífice, según dicho es, y viendo que en todo el reino de Nápoles no había cosa rebelde, sino Rocaguillerma, sobre la cual había dejado la gente del Rey D. Federico, y aquella no había hecho cosa ninguna después que él la había dejado, acordó de poner en la expedición de aquella empresa mucha diligencia y brevedad, porque ya tenía deseo de tornar en España á dar cuenta á sus Reyes y señores de lo que había hecho en el reino de Nápoles después que de España vino y visitar su mujer y hijos y parientes. Y con esto con mucha brevedad con su gente se puso sobre la villa de Rocaguillerma, con propósito de no levantarse de sobre ella si no la tomaba por fuerza ó á partido. Grande fué el pesar que los de la villa recibieron viendo venir al Gran Capitán, contra cuyas fuerzas y poder no había resistencia ninguna; pero en fin, esforzándose lo me-

jor que podían, persuadiéndose que el Rey de Francia no olvidaría su fidelidad, acordaron defenderse como hasta allí habían hecho. El ejército del Rey D. Federico, viendo al Gran Capitán en su compañía, de las victorias del cual el universo estaba lleno y sus enemigos atemorizados y ellos como amigos hechos animosos, no pusieron duda en la victoria y conquista de aquella villa. Luego que el Gran Capitán y su gente hubieron descansado del trabajo del camino, puso su gente en orden y plantada su artillería hizo batir la villa con grande ánimo, y allegando la gente al muro (aunque hacía muy grande resistencia), como puese de entrarla, no hubo su designo tan buen efecto tan presto como quisiera, porque como la villa, como dicho es, fuese muy fuerte y bien defendida por los de dentro, aquel primer acometimiento no surtió el efecto que deseaban. Algunos días estuvo el Gran Capitán sobre aquella villa, dándole cada día asaltos, y acometiéndola á horas impensadas y de diversas maneras, con ingenios exquisitos y combatiéndola fuertemente, y todos en vano; pero los de la villa, considerando que puesto que por algún tiempo se pudiesen defender, á la larga creyeron que de necesidad habían de venir á las manos del Gran Capitán, así porque con el tiempo les faltarian las vituallas y no tenían esperanza de socorro, acordaron que el mejor remedio y partido era dar la villa debajo de condición honesta, que era que no les fuese hecho daño en sus personas ni haciendas y que pudiesen salir libremente si quisiesen. El Gran Capitán, entendido esto y viendo que le era mejor que no gastar en vano el tiempo sobre aquella villa tan fuerte, tuvo por bien de los recibir debajo de aquel concierto, que no había pasado poco trabajo en la conquista de aquella villa; pero la gente del ejército, hostigados de las muchas fatigas que habían sustentado en el sitio de aquella villa, no quisieron venir bien en ello, antes metidos bien en armas arremetieron todos contra la villa con muy grande deseo de saquearla ó morir en la demanda. El Gran Capitán, metiéndose en medio procuró con todo su poder de apartar á los soldados de aquella obstinación y fuerza que hacer querían; pero viendo que era imposible resistir á una furia de gente como era aquella de los soldados, se apartó afuera, dejándolos hacer lo que querían, pues no podía más. Los sol-

dados, metidas sus personas en toda afrenta, hicieron tanto en aquel día en acometer á los de Rocaguillerma que tomaron la villa, aunque con harto daño suyo, y metiéndose dentro la saquearon, que no dejaron cosa en la villa que no fuese puesta en toda perdición. Finalmente, la villa de Rocaguillerma, bien castigada de su contumacia y rebeldía, fué de esta manera que dicho es puesta debajo de la corona del Rey D. Federico. El Gran Capitán, viendo tomada aquella villa y que ya no habia cosa que le detuviese en el reino de Nápoles, dejando aquella villa á buen recaudo, se fué al reino de Nápoles á ver al Rey D. Federico, del cual fué muy bien recibido, haciéndose de ahí adelante en aquella ciudad y reino muy grandes fiestas y regocijos por ver el reino por la virtud de tan grande capitán puesto en toda libertad y restituído á su natural señor. En esta su venida el Rey D. Federico le salió á recibir fuera de la ciudad, y los napolitanos aderezaron las calles y ventanas muy ricamente, y le aposentaron en Castel-Novo, y por común consentimiento de todos fué juzgado ser verdaderamente merecedor del nombre de Gran Capitán. Pocos días después el Rey D. Federico, en recompensa de sus magníficas obras y los servicios que le habia hecho á él y al Rey D. Fernando, su sobrino y antecesor, como ya se lo habia prometido al principio de su reinado, le hizo merced del señorío de Santangel, que es dos ciudades y siete castillos, y de ello le dió su patente privilegio, decorándolo de muy excelentes títulos, como por el proemio del dicho privilegio se demuestra cómo él de ello era merecedor. El cual proemio es de este tenor:

PRIVILEGIO DEL DUCADO DE SANTANGEL, CONCEDIDO POR EL REY D. FEDERICO AL GRAN CAPITÁN.

«D. Federico de Aragón, Rey de Nápoles y de Jerusalén, etc. Por cuanto la principal de todas las escogidas virtudes, que es la liberalidad, fué siempre tan necesaria á los Reyes, que en ninguna manera se puede por ellos menospreciar y es tan grande que con mucho cuidado se debe abrazar, de donde se sigue que Nós, cuyos antepasados sobrepujaron en bien hacer y liberalidad, no solamente á los Reyes que hoy son, más aún á toda la antiqüedad y memoria de los buenos Príncipes y Emperadores, y por ello debemos esforzarnos

con mucho cuidado y diligencia, con las mismas virtudes pasar adelante á los otros. Y como los merecimientos y virtudes de Gonzalo Fernández de Aguilar y de Córdoba, ilustre y fuerte varón, Gran Capitán de armas de los serenísimos Rey y Reina de España, hayan sido tales, D. Fernando segundo, Rey de Sicilia, nuestro muy caro sobrino, tuvo por bien de loar el singular esfuerzo y excelencia de ánimo del dicho Gonzalo Fernández, y de lo ennoblecir con ornamentos de honra de fortuna; conviene á Nós ciertamente esforzarnos que el resplandor de nuestra liberalidad en este hombre esclarecido resplandezca. De manera que pensemos no tanto en acrecentar su hacienda, cuanto en ganar para Nós la alabanza de esta virtud de liberalidad; mayormente, como los Príncipes deseen ser estimados por tales cuales son aquellos á quien han por bien de hacer merced. Pues qué diremos de este tan gran varón, que lo podemos igualar con sus alabanzas, dejemos su voluntad, amor y acatamiento que nos ha tenido en los tiempos de nuestra adversidad, con qué esfuerzo, con qué consejo, con cuánto peligro de su vida quitó tan presto de las manos de los crueles franceses toda la Calabria y puso so nuestro poderío. Y como quiera que libremente debemos confesar que de todo ello somos deudores á aquellos invictísimos Rey y Reina, padre y madre nuestros muy católicos, que con su favor esta guerra francesa tan feroz y tan dañosa y peligrosa ha sido acabada. Pero el esfuerzo, lealtad, bondad, consejo y gravedad del dicho Gonzalo Fernández, no menos nos ha ayudado que la grandeza y autoridad de los dichos Rey y Reina. Tanto, que no solamente con gran razón creemos que nos fué por ellos enviado, mas que descendió del cielo para Nós. Y como quiera que á sus Majestades (porque una cosa digamos muchas veces) confesamos de muchas cosas y más verdaderamente de todas serles en cargo, á las cuales creemos no podríamos satisfacer con el precio de nuestra vida, pero no podemos afirmar que Sus Majestades nos hayan hecho mayor ni más agradable beneficio, que habernos dado manera de mostrar en los buenos hombres el agradecimiento y buena voluntad de nuestro ánimo; que cualquiera cosa que en Nós hay de cuidado, de consejo, de trabajo, todo ello nos parece que se debe emplear en ejercitar estas excelentes virtudes. Por ende, aunque

al dicho Gonzalo Fernández no es necesario, pero á Nós es cosa muy útil y honestísima honrarle de títulos y mercedes y remunerarle de premios y honras, aunque él por su vergüenza y templanza singular no lo pida ni lo desee, y que así como sus merecimientos y servicios hechos por él á Nós era al dicho Rey D. Fernando, de que es testigo la Calabria, son testigos las aldeas y casares de Cosencia, es testigo el estrago que hizo en los enemigos cabe Murano, es testigo aquella hazaña digna de memoria de Laurino, es testigo la victoria que nos dió su venida en Atella, es testigo Barleta, que poco antes se había rebelado con la Calabria, otra vez por él recobradas, es testigo esto postrero del Duque de Sora y del prefecto, es testigo todo este nuestro reino, son testigos los enemigos vencidos y desbaratados, somos en fin testigo Nós mismo del esfuerzo de su corazón y las cosas por él noblemente hechas. No las hemos sospechado, no pensado, mas sabémoslas; no las hemos oído, mas visto. Así que de la liberalidad de nuestro ánimo y debido agradecimiento, queremos que dé testimonio este nuestro privilegio, con el cual queda para los venideros perpetua memoria y demostración de nuestro amor, gracia y buena voluntad que tenemos al dicho Gonzalo Fernández, con soberana alabanza suya. Sea, pues, á Nós y al dicho Gonzalo Fernández y á sus hijos y á nuestro reino próspero, favorable, que Nós hacemos Duque de título y nombre y con insignias de Duque le ennoblecemos y damos el señorío del Ducado de Santangelo, con sus tierras, ciudades, villas, lugares y fortalezas, etc.»

Por donde claro se muestra las cosas del Gran Capitán ser tales, que en mucho mayor volumen que éste no podrían explicar ni exprimir, no digo todas por menudo, pero aun algunas de ellas que por olvido han quedado sepultadas, pues son tenidas por tan heroicas y alabadas de un tan excelente Rey como el Rey D. Federico de Nápoles.

### CAPÍTULO XXXII

*Cómo el Gran Capitán pasó á Sicilia para irse de allí á España, y de cómo fué necesario tornar en el reino de Nápoles por razón de muchas tierras que se habían rebelado.*

Habiendo el Gran Capitán descansado algunos días en Nápoles, pasando todo el tiempo

que allí estuvo mucho á su contentamiento, y viendo que ya era tiempo de volverse á España á dar cuenta á sus Reyes de lo que había hecho en el reino de Nápoles, considerando que se le pasaba el tiempo en placeres sin buscar cosa en que se ejercitase é hiciese algún fruto su fama, para que fuese puesta en mayor estimación y alteza, determinó, dejando sus delicias y al Rey D. Federico en el mayor sosiego y estado de su reino que jamás había estado, de pasarse en Sicilia para dar orden en la administración del gobierno de aquel reino, porque así se lo habían enviado á decir los Reyes de España, y que había entendido que los sicilianos estaban quejosos del Visorrey D. Juan de Lanuza, que no gobernaba aquel reino á su voluntad, y las salidas del trigo se cobraban con poca diligencia y no muy fielmente, en muy grande daño y deservicio del Rey y menoscabo de las haciendas de los del reino. Y así queriéndose partir mandó llamar toda su gente que tenía aposentada en Rocaguillerna y sus confines, á los cuales dixo que era su intención pasar en Sicilia por lo que convenía á su Rey y á aquel reino, y que en tanto les rogaba sirviesen al Rey D. Federico, porque él determinaba dejarlos aposentados en aquel reino en tanto que otra cosa no determinaba el Rey de España, su señor, en donde podían descansar algún tiempo hasta que en otras cosas su virtud fuese menester emplearse. Y así dejándolos con harta tristeza por su partida él se fué á Nápoles á pedir licencia al Rey D. Federico para pasar en Sicilia, como dicho está, el cual con mucho pesar y tristeza se la dió, viendo que no podía hacer otra cosa. Y de esta manera besándole las manos se despidió y se pasó á Sicilia, donde era muy esperado de los sicilianos. Y llamáronse luego Cortes en Palermo, y en breves días, con grande autoridad y moderación concertados los negocios, proveyó muy sabiamente en lo que al estado de aquel reino cumplía; y ciertamente todo el tiempo que en Sicilia estuvo no pasó hora que no fuese gastada en provecho y utilidad y aumento de aquella tierra y servicio de su Rey, entrando cada día en consejo, haciendo fortalecer muy bien las ciudades, villas y castillos de la costa. Finalmente, él hizo por entero todo aquello que un tan valeroso y excelente Capitán debía hacer conforme á lo que le había sido cometido por su Rey, porque era tan univer-

sal el Gran Capitán y le dotó Dios de tantas y tan extremadas gracias, que no sólo metido en las cosas de la guerra era para aquello de gran prudencia, ánimo y consejo, pero aun en los casos de la gobernación de gente, de reinos y provincias en tiempo de paz era sagacísimo y avisado cuanto convenía. Y así severamente persuadió á D. Juan de Lanuza, Visorrey de Sicilia, que amorosamente y sin extrañeza gobernase aquel reino. Pues habiendo, como dicho es, sosegado todas las alteraciones de aquella tierra, como algunos lugares del reino de Nápoles antes hubiesen obedecido al Rey D. Federico más con temor del Gran Capitán que no de su voluntad, y como vieses ya ser pasado Gonzalo Fernández en Sicilia, reveláronse contra el Rey de Nápoles y se comenzaron á desasosegar, por lo cual necesitado el Rey D. Federico envió á llamar al Gran Capitán, rogándole que diese la vuelta para Nápoles, porque algunos lugares de aquel reino se le habían rebelado y temía no se le alborotasen y causasen alguna sedición contra él en aquel reino. Por donde el Gran Capitán, habiendo ya dado orden en lo que al reino de Sicilia convenía, volvió en Italia con mucha presteza y halló al Rey en campaña allende el río Silario, estando para combatir la noble ciudad de Diano. El Gran Capitán recogió su gente que había dejado aposentada por el reino de Nápoles, viendo que los dianeses vasallos de Antonello, Príncipe de Salerno, de la casa de S. Severino, favorecían la parte Anjoína, y estos solos entre todos los otros no habían perdido en nada la esperanza y favor del francés, porque tenía por cierto que la armada francesa había de venir en aquella ribera á renovar la guerra, confiados en la fortaleza del lugar y en la muchedumbre de vituallas que aparejadas tenían de antes. Y pensaban que les sería tenido á grande honra si habiéndose rendido los otros al Rey vencedor, ellos casi solos entre todos hubiesen mantenido la fe. Probó el Gran Capitán con parlamentos de reconciliar á los dianeses con el Rey, mas todo fué en vano para con la loca multitud de los ánimos obstinados que tenían, ofreciéndoles él como medianero condiciones de humanidad grandísima. Pero al fin el negocio se volvió á la fuerza y rigor de la guerra y armas, y por el mandado del Gran Capitán fué en dos partes plantada la artillería y trinchera, las cuales cubrían á los que combatían.

El batir duró algunos días; la largueza de la fatiga encendía cada día más los ánimos á los soldados españoles en la esperanza de la presa y de la venganza. Los cercados, por el contrario, con el temor de la muerte y del castigo, aunque cansados del cuerpo y con fatiga del ánimo se mantenían en la última obstinación y porfía. Mas la humanidad del Gran Capitán mandó poner fin á la batería; porque los dianeses, domados de la hambre y presos, esperando como merecedores del último castigo, por su intercesión fueron perdonados del Rey Federico. Después de esto fué tomada otra villa, que decían Atrévi, con otros lugares comarcanos que también se habían rebelado. Vuelto á Nápoles con aquella prosperidad y estando con el Rey, recibió cartas por las cuales le mandaba el Rey D. Fernando de Aragón que viniese á España para informarse dél muy particularmente de la cosas acaecidas en el reino de Nápoles. Entendido lo que pasaba, el Rey D. Federico le dijo que tomase lo mejor que le pareciese en el reino por sus trabajos. Pero el Gran Capitán no quiso ninguna más de amonestarle que procurase de conservarse en aquel reino tratando á sus vasallos de tal manera que teniéndole el debido amor que como á su Rey y señor deben tener los súbditos, no les causase lo contrario. El cual después de agradecido su buen parecer, comunicó con él muchas cosas muy importantes á aquel reino en mucho secreto. Pues habida su licencia, aunque con hartas lágrimas y sollozos, embarcado que fué en la armada con la más escogida gente, y en especial con los capitanes de caballos y infantería, los cuales en muchas guerras habían hecho grandes hazañas dignas de grande loor y premio, navegó para España. Cosa digna de memoria es decir con cuánta honra el Rey don Fernando y la Reina doña Isabel recibieron al Gran Capitán, confesando á boca llena el Rey que mucha más gloria había recibido y adquirido la corona de España habiendo tornado á sus parientes en su antiguo reino y echado de aquel los franceses enemigos por medio del Gran Capitán que no él por la presa de Granada y por haber echado los moros de aquel reino. Bien demostró el Rey con efecto que aquel loor y honra que le daba no procedía de lisonja ni adulación, sino de juicio de ánimo libre y verdadero. Y así dijo el Rey al Gran Capitán alargándose de la silla y abra-

zándolo: Gran Capitán, la ventaja que á los vuestros lleváis en la guerra, en la paz os lo han tomado hoy, y esto decía porque el Gran Capitán acostumbraba ser el primero en la lid y el postrero que de ella salía. El Gran Capitán besando las manos á sus Reyes con el acatamiento debido les dió cuenta y relación entera de lo que después que pasó en el reino de Nápoles había hecho, diciendo en cuánto sosiego y quietud quedaba á la sazón el reino de Nápoles, y que según creía duraría muchos años sin tornar á reinar los franceses en él tan libremente como otros años habían

reinado, aunque también les dijo cuán dudoso quedaba de sosiego, porque se decía que el Rey de Francia de nuevo hacía gente y se creía que quería volver sobre aquel reino. Pero sobreviniendo la nueva de la muerte del Rey Carlo octavo, Rey de Francia, ya nombrado, estuvo algún tiempo aquel reino pacífico hasta que el Rey Luis, sucesor de Carlo, pasó segunda vez en el reino de Nápoles, según que en la segunda parte de esta crónica se dirá. Pero en tanto trataremos otras cosas que en este medio sucedieron en España y otras partes.

FIN DE LA PRIMERA CONQUISTA DEL REINO DE NÁPOLES, HECHA POR EL GRAN CAPITÁN  
GONZALO FERNÁNDEZ DE AGUILAR Y DE CÓRDOBA.